

Cristina Coca González

El último  
suspiro



El último  
suspiro

Cristina Coca González

## DEDICATORIA

A mi primo Diego.

Gracias por darme el elixir que necesitaba para escribir esta historia.

Con estrépitos de músicas vengo,  
con cornetas y tambores.  
Mis marchas no suenan sólo para los victoriosos,  
sino para los derrotados y los muertos también.  
Todos dicen: es glorioso ganar una batalla.  
Pues yo digo que es tan glorioso perderla.  
¡Las batallas se pierden con el mismo espíritu que se ganan!  
¡Hurra por los muertos!  
Dejadme soplar en las trompas, recio y alegre, por ellos.  
¡Hurra por los que cayeron,  
por los barcos que se hundieron en la mar,  
y por los que perecieron ahogados!  
¡Hurra por los generales que perdieron el combate y por todos los héroes  
vencidos!  
Los infinitos héroes desconocidos valen tanto como los héroes más  
grandes de la Historia.

**Walt Whitman**

## CAPÍTULO 1

Dicen que mientras el tímido reflexiona, el valiente va, triunfa y vuelve. En mi caso desconozco si llegué a triunfar o si fui tan valiente como decían. Lo único que sabía con total seguridad es que nada ni nadie podría impedirme que dejara mi confortable casa de Bradford para marchar a Alemania tras recibir aquella carta.

Me llamo Elisabeth Connor y en el momento que voy a relatar me encontraba frente a una mujer de unos sesenta años, rubia y corpulenta que trataba de explicarme el funcionamiento de su pensión con un alemán cerrado. A pesar de esto, entendía perfectamente todo lo que decía pues desde pequeña mis padres me habían introducido en el intenso estudio de esta lengua.

En aquel momento, todo lo que aquella buena mujer me explicaba pasaba desapercibido para mis oídos pues lo único que ansiaba era llegar a mi habitación y descansar de tan largo viaje. Me limité a asentir mientras miraba disimuladamente la hortera decoración que adornaba aquella lúgubre recepción; si mi madre hubiese estado allí, jamás habría permitido que me alojara en aquel lugar ni una sola noche. Pero no se enteraría nunca.

Jamás quiso comprender que para mi hermana y para mí los lujos fuesen insignificantes. Por eso elegí este lugar, la Pensión de Petra, pequeña y discreta.

Petra terminó su discurso y me llevó, por fin, hasta mi habitación, dotada únicamente con un armario y una mesita de madera, y una cama cuyo colchón parecía hundirse con tan solo mirarlo.

—Perfecto. —murmuré complacida.

Petra se marchó dejando un poco de agua caliente en un cubo y aproveché para asearme antes de deshacer mi escaso equipaje pues las características del viaje me permitían llevar lo mínimo conmigo.

Muchos se preguntarán como una joven inglesa pudo cruzar sola las fronteras alemanas en 1942, en plena Guerra Mundial. Pertenecer a una familia de clase alta también tenía que tener alguna ventaja para mí y decidí aprovecharla. Acudí a un hombre influyente de la ciudad, conocido por todos por ser una persona corrupta. Le habían detenido en más de una ocasión por traficar y por falsificar identidades a cambio de una buena cuantía de dinero. Solo tuve que dirigirme a él y hacer lo mismo para conseguir una entrada directa a nuestro país enemigo. Pero lo difícil no era entrar, sino salir.

De entre mi lencería extraje la carta arrugada que me había llevado a emprender tal empresa. Pasé los dedos por ella y la guardé con delicadeza bajo la almohada.

Mañana empezaría a buscarla.

Descansé tan bien como pude y madrugué para aprovechar bien el día. No estaba acostumbrada a dormir en aquel tipo de colchones y me dolía un poco la espalda pero no me importaba, me acabaría acostumbrando a ello al cabo de unos días.

Bajé a desayunar saludando por el camino a Petra. Los nervios de comenzar un nuevo día en un país tan distinto y que para colmo estaba en guerra no me dejaban apenas probar bocado.

Antes de regresar a mi habitación, Petra me pidió que le echara una mano para llevar unas cajas al cobertizo que había detrás de la pensión. Con gusto la ayudé y, juntas, fuimos hacia allí rápidamente para huir del frío de la mañana. El tinglado era más amplio de lo que imaginaba y estaba lleno de herramientas y cajas con provisiones para mantener la pensión. Quién podría imaginar que aquel lugar podría servir en un futuro no muy lejano para algo más que aquello.

Me agradeció su ayuda y yo marché a por mi bolso. Decidí tomarme el día con calma y aprovechar para dar una vuelta por la ciudad antes de lanzarme a buscar aquello que me había llevado hasta Lübeck, así que me puse mi abrigo marrón de solapas y salí a pasear.

Había leído mucho sobre aquella bonita ciudad medieval que había sido capital de la Liga Hanseática, una federación comercial y defensiva fundada en 1358.

Todos los edificios estaban contruidos con ladrillo rojo al estilo gótico báltico, y la famosa Puerta de Holsten, una de las puertas más antiguas de la ciudad, era aún más imponente viéndola desde allí. Compuesta por dos torreones semi-redondos que se unían mediante un edificio, este símbolo había servido para defender la ciudad durante la Edad Media.

Paseé toda la mañana tratando de quedarme con las calles por las que pasaba por si alguna vez me hacía falta y acabé almorzando en un pequeño restaurante que encontré a mi paso.

Cuando terminé, saqué la carta del bolsillo de la chaqueta y volví a leerla con la misma atención que cuando la recibí por primera vez.

*Mi querida Lizzie,*

*Sé que ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hablamos. Lamento haberme marchado de aquella forma. Ha ocurrido algo verdaderamente terrible y estoy desesperada. Asustada. Por favor, necesito que, tan rápido como leas esta carta, te pongas en contacto conmigo.*

*Espero que estés bien.*

*Con cariño,*

*Grace.*

Pregunté al tabernero acerca de la dirección que había escrita en el dorso y con total amabilidad me dio las indicaciones necesarias para que pudiera llegar hasta allí sin ningún inconveniente.

El domicilio desde donde había sido enviada la carta no tenía pérdida. Se encontraba situado muy cerca de la Puerta de Holsten por la que había pasado aquella mañana y el número de la casa aparecía indicado con números grandes. Pegué a la puerta y un hombre de avanzada edad salió a recibirme.

—Buenas tardes, me llamo Elisabeth Connor.

—¿En qué puedo ayudarla? —me dijo con amabilidad.

—Me gustaría saber si conoce usted a la señorita Grace Connor. —le expliqué con un alemán casi perfecto.

Aquel hombre me miró pensativo e inmediatamente contestó con un no rotundo al tiempo que se disponía a entrar de nuevo.

—Me envió una carta desde su casa hace unas semanas. —continué diciendo.

—Ya le he dicho que no conozco a nadie con ese nombre, lo lamento, debe haber sido un error.

Me apresuré a sacar una fotografía de ella. Quizás no conocía su nombre pero sí la había visto alguna vez por allí, y por su reacción acababa de dar en el clavo.

—¿La conoce? —volví a preguntar esperanzada.

—Es la señora Barcon. —respondió él. —Conozco bastante bien a su marido, solían frecuentar la taberna a la que yo iba todos los domingos después de misa.

Su marido. Aunque aquella posibilidad era la más segura de todas las que barajamos cuando desapareció hacía ya cuatro años, aún me resultaba extraño imaginarla casada.

—¿Sabe dónde puedo encontrarla?

—Vive al otro lado de la ciudad, le apuntaré la dirección.

El hombre desapareció tras las puertas de su casa y regresó minutos después con una nota donde aparecía escrito el supuesto domicilio de los Barcon.

Le agradecí su ayuda y regresé a la pensión; quería preguntarle a Petra la forma más rápida de llegar hasta allí.

Me sorprendió su semblante serio al ver la nota y su prolongado silencio para darme una respuesta.

—¿Ocurre algo? —pregunté extrañada.

—¿Para qué quiere ir allí?

Su pregunta o más bien la forma en la que lo dijo me desconcertó.

—¿Tiene algo de malo? —respondí evitando su pregunta. No podía explicarle el motivo que me había llevado hasta allí pues acabaría sabiendo que era inglesa y temía las consecuencias de aquella revelación.

—Es un barrio judío.

Aquellas palabras me impresionaron aún más.

¿Qué hacía mi hermana pequeña viviendo en un barrio judío?

## CAPÍTULO 2

Llegué hasta el domicilio de los Barcon que resultó ser también el local donde la familia tenía montado su negocio. En el rótulo de la puerta pude leer que su oficio era el de zapatero.

Sabía que tratar con judíos estaba mal visto así que inmediatamente ideé algo que pudiera servirme de excusa en el caso de que alguien pudiera reprocharme mi comportamiento por el simple hecho de entrar a un local judío, así que, disimuladamente, metí el tacón de mi zapato en una alcantarilla y ejercí presión para partirlo.

Me quité el zapato y caminé hacia el interior de la casa donde encontré a un hombre absorto en su trabajo.

Al oírme entrar se giró bruscamente como si esperara a otra persona que claramente no era yo.

—¿Qué necesita? —me preguntó volviendo a su estado de serenidad inicial. —Se le ha partido el tacón, ¿no es cierto? —siguió diciendo mientras observaba el zapato que sostenía entre mis manos.

Asentí con la cabeza mientras se lo entregaba para que pudiera examinarlo con detalle, y tras unos segundos de silencio me apresuré a decir:

—Lo cierto es que es otra cosa la que me trae aquí.

Aquel hombre de facciones marcadas y pelo desaliñado me miró con curiosidad.

—Estoy buscando a la señorita Grace Barcon, ¿vive aquí?

—¿De parte de quién? —preguntó en tono desconfiado.

—Soy Elisabeth Connor, su hermana.

Abrió los ojos ampliamente sin detenerse en ocultar su sorpresa.

—Espere un segundo por favor. —me pidió mientras desaparecía tras unas cortinas de color burdeos.

Aproveché para quitarme el otro zapato y ponerme a la misma altura en ambos pies y segundos después esas mismas cortinas se movieron para dar paso a una pareja. Entonces levanté la cabeza y la vi.

—Elisabeth —dijo emocionada antes de abrazarme con fuerza.

En aquel momento no supe como reaccionar pero acabé devolviéndole el gesto también.

Me invitó a pasar al interior de su casa, una humilde vivienda que se alejaba de todas las comodidades de las que disfrutábamos en Bradford.

Recogió la ropa que tenía sobre el viejo sofá del salón y me invitó a sentarme.

Joseph, el que deduje que era su marido, me cogió el zapato y con gran entusiasmo se lo llevó para arreglarlo mientras mi hermana y yo hablábamos. No pude obviar la estrella de David, símbolo del judaísmo, que ambos llevaban cosidos sobre las mangas de sus camisas, un mandato que Hitler había ordenado para identificarlos y distinguirlos del resto de la población alemana.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó mientras se sentaba frente a mí.

—Recibí tu carta en la que me pedías ayuda.

—Sí, pero no esperaba que vinieses hasta aquí, y menos estando en guerra.

Desvié la mirada y permanecí en silencio esperando a que me dijese algo más que no fuera un simple “No hacía falta que cruzaras media Europa en guerra para venir hasta aquí”.

—Estás molesta conmigo, ¿verdad? —me preguntó observando mi semblante serio.

—Más que molesta, decepcionada —reconocí sin pudor. —Pensé que teníamos la suficiente



confianza para hablar de estas cosas.

—Lo siento mucho, Elisabeth, temí que pudieras impedírmelo.

—Tenías dieciséis años, Grace, por supuesto que te lo habría impedido. —le dije con absoluta severidad.

—Pero le quería, Elisabeth, y aún lo sigo queriendo. Tú mejor que nadie sabes que mamá nunca me habría dejado casarme con...

—¿Un judío? —la interrumpí. —Grace, mamá solo buscaba lo mejor para nosotras.

—Sí, pero no mi felicidad. —respondió ella.

Callé un instante porque sabía que tenía razón. Mi madre siempre había velado por nuestro bien pero buscando con ello también su propia felicidad, sin tener en cuenta nuestros sueños y nuestros deseos.

—Te entiendo, Grace, pero no por ello tu comportamiento es menos egoísta. ¿Acaso te paraste a pensar un instante en cómo nos sentiríamos al enterarnos de que te habías marchado de casa dejando únicamente una nota? Papá trató de localizarte durante meses y mamá estuvo un año entero encerrada en la casa sin querer salir.

—Seguramente para evitar los chismorreos de la gente. Debe pensar que soy la deshonra de la familia.

—¡Grace! —le regañé.

Ella suspiró y bajó la cabeza. Me quedé mirándola un rato y me asustó ver el cambio tan grande que había dado en los últimos cuatro años. La última vez que la había visto era solo una niña y ahora se había convertido en toda una mujer.

—Elisabeth, marcharme de casa aquel día fue, sin duda, una de las decisiones más difícil que he tomado en la vida. He pensado mucho en vosotros todo este tiempo, créeme. Al principio quise enviaros una carta pero temía que viniéseis a buscarme. Luego vino la guerra y... bueno, ya te puedes imaginar.

—¿Y por qué has vuelto a contactar conmigo ahora? —pregunté con cierta curiosidad.

Ella me miró con aquellos ojos inocentes con los que siempre miraba a la gente y pude encontrar en ellos rastro de la Grace que todos conocíamos en casa.

Se incorporó y me pidió que la siguiera hasta una habitación que había en la parte superior de la vivienda. Caminé descalza por el frío suelo hasta llegar al piso de arriba y entré con ella. Sobre una cuna dormía plácidamente un bebé que no superaba los cinco meses de vida. Su rasgo más distintivo era una mancha oscura que tenía en el cuello y que parecía haber sido provocada por una quemadura.

—22 de septiembre de 1941. —dijo mi hermana con una dulce sonrisa. —Sólo tiene cuatro meses.

—Dios mío, Grace —logré decir emocionada.

—Se llama Ian, como el abuelo.

Yo sonreí. Verdaderamente se la veía feliz y eso me aliviaba.

—Elisabeth, si te escribí fue para que me ayudaras a sacarlo del país. —me confesó finalmente.

—¿¡Qué!?! —exclamé sorprendida.

—Somos judíos, Elisabeth. Tú no sabes por todo lo que hemos pasado durante estos años. Han boicoteado nuestros negocios, quemado nuestras sinagogas, saqueado nuestros locales. Están persiguiendo y matando a todos aquellos que no pertenecen a la raza aria.

—Las Leyes de Núremberg de Pureza Racial. —concluí yo en tono reflexivo.

Había leído sobre eso en los periódicos británicos en varias ocasiones pero, aunque sea poco

empático, siempre lo había visto como algo lejano y jamás pensé que alguien de mi propia sangre pudiese verse tan afectado como lo estaba mi hermana.

—Hoy estoy aquí, Elisabeth, pero mañana no lo sé. No me importa mi destino pero sí el de mi hijo. Jamás me perdonaría que le pasara algo.

—¿Y qué pretendes que haga? —le pregunté asustada.

—Quiero que me prometas que si me pasa algo tú cuidarás de él.

—Grace...

Callé un instante mientras reflexionaba sobre lo que me estaba pidiendo; quería entregarme a su hijo previniendo un fatal destino para ella y su marido, algo que yo jamás habría imaginado cuando recibí aquella carta.

—Prométemelo, Elisabeth. —insistió con una madurez que me heló la sangre.

## CAPÍTULO 3

Caminé rápidamente de vuelta a la pensión. Durante el tiempo que había estado en casa de mi hermana se había hecho de noche y apenas quedaba nadie por las calles, y, aunque parecía una ciudad tranquila y segura, no podía confiarme.

Cuando estaba a la altura de la Puerta de Holsten, un grupo de soldados alemanes que conversaban entre risas y algún que otro cigarro, comenzaron a silbarme y a llamarme desde el otro lado de la calle. Yo seguí andando sin tan siquiera mirarlos para no entrar en su juego, pero enseguida noté como uno de ellos me seguía desde muy cerca.

Era irónico pensar cómo aquellos que debían protegerme eran ahora mis acosadores. ¿A quién se supone que debía pedir ayuda entonces?

Mi perseguidor no tardó en hacerse oír queriendo dar respuesta a mis preguntas.

—No se pare —me susurró.

Apreté los dientes intentando controlar mi inquietud mientras miraba fijamente hacia la calle en busca de algo o alguien que pudiera socorrerme, pero aquel soldado que me seguía volvió a hablar haciéndome frenar en seco.

—Me gustaría saber que hace una inglesa caminando sola a estas horas.

¿Cómo demonios había sabido mi nacionalidad?

—Y quítese eso si no quiere que media ciudad lo sepa también. —me dijo con seriedad mientras arrancaba de mi bolso el broche que mi padre me había regalado por mi cumpleaños con la bandera británica.

En ese momento lo comprendí todo. ¿Cómo había podido ser tan estúpida como para olvidar quitar algo tan significativo?

—¿Va a delatarme? —pregunté manteniendo la compostura y sin girarme para mirarle a los ojos.

—Voy a acompañarla a casa para que llegue sana y salva. —me respondió pillándome por sorpresa.

—No sé si me fiarme de alguien que me ha estado observando tan fijamente como para percatarse de un pequeño broche. —repuse yo, esta vez mirándole a la cara.

—Es mi trabajo observar bien a la gente que pasa por aquí para evitar que nadie se atreva a atentar contra mi patria.

—Pues permítame decirle que no está haciendo muy bien su trabajo. Está hablando con una inglesa con la supuesta intención de llevarla a casa.

—¿Se considera usted nuestra enemiga?

Le miré fijamente tratando de averiguar las intenciones de aquella pregunta sugerente y medité bien mi respuesta.

—Mis únicos enemigos en esta vida son yo misma y cualquiera que se atreva a interponerse en mi camino, sin ningún tipo de distinciones.

—Celebro oírlo. Ahora, ¿me deja que la acompañe o prefiere que lo haga aquel grupo de soldados?

Me giré sin responder y continué caminando hacia la pensión. No podría librarme de él fácilmente y confiaba en que una vez llegara a mi destino y comprobara que no vivía sola me dejara en paz.

Nunca antes un camino se me hizo tan largo como el de esa noche pero finalmente avisté la pensión y me dispuse a entrar rápidamente agradeciéndole previamente y con aparente cortesía que me hubiese acompañado hasta allí.

—¿Me permite darle un consejo, señorita...?

—Connor. —le dije parándome frente a la puerta.

Él asintió antes de seguir hablando.

—Intente pasar desapercibida y si tiene oportunidad márchese de Alemania. Este lugar no es el más seguro para usted.

El soldado dio media vuelta y comenzó a caminar dispuesto a regresar a su puesto otra vez.

—¿Por qué me ayuda? —le pregunté yo finalmente.

—Porque creo que usted no tiene la culpa de esta guerra.

Aún no entiendo por qué aquella respuesta me sorprendió tanto, pero sus palabras se grabaron a fuego en mi mente. Yo no había declarado ninguna guerra, ni yo, ni cualquier ciudadano de todos los países implicados en aquella contienda hasta aquel momento. Ni siquiera el soldado que tenía frente a mí o cualquier ejército que estuviese disparando balas contra “sus enemigos” en aquel instante; sin embargo, eran ellos, nosotros, los que sufríamos las consecuencias de las decisiones de unos pocos.

Me pareció muy bondadosa su forma de pensar.

Antes de que se marchara volví a llamarle porque quería saber algo más de él.

—No me ha dicho su nombre, soldado. —le dije.

—Sargento Peter Hoffman —contestó sin detenerse.

Observé cómo se marchaba y entré al interior de la pensión donde Petra me miraba de forma distante desde la recepción. Me limité a saludarla y me fui a mi habitación. Había sido un día muy largo, lleno de emociones y necesitaba descansar.

A la mañana siguiente, y tal y como había hecho el día anterior, bajé a desayunar. Aquel día había más gente en el comedor y no pude evitar fijarme en una mujer que ayudaba a su hija de unos cinco años a preparar las tostadas. Había una gran complicidad entre ellas y sus risas me atraparon llevándome a años atrás cuando Grace y yo también éramos uña y carne. Pensar en mi hermana me hizo recordar el favor que me había pedido. Sabía que algo grave había ocurrido para que ella me enviara esa carta, pero jamás habría podido imaginar el alcance del problema; ni siquiera sabía si estaba preparada para afrontarlo.

Antes de marchar a casa de Grace, Petra entró en mi habitación. La vi rebuscar entre mis cosas cuando subí a coger mi bolso. Había llegado demasiado tarde y ya había descubierto mi secreto.

—Eres inglesa. —me dijo con seriedad.

—¿Y qué? —repuse sin amedrentarme.

—No puedo dejar que sigas quedándote aquí. Es demasiado arriesgado, entiéndelo.

—Esto es una pensión, señora. No tiene nada de malo que una extranjera se aloje aquí.

—Lo tiene mientras nuestros países estén en guerra. Además, no me fío de ti. Ayer tarde te marchaste corriendo a un barrio judío y regresaste acompañada de ese soldado.

Cerré los ojos y suspiré. Aquella mujer jamás entraría en razón así que no me quedaba otra que resignarme.

—Hay una casa que acoge a gente en su misma situación. Quizás pueda conseguir ayuda allí. —me indicó tendiéndome un trozo de papel con la dirección.

Asentí con la cabeza y me dispuse a recoger las cosas. Si hubiese sabido al menos cuántos días más tendría que pasar en aquella ciudad podría haber intentado persuadir a Petra para que me dejara quedarme; pero hasta yo lo desconocía.

Pensé en acudir a mi hermana en busca de asilo pero me pareció demasiado arriesgado. Si las cosas ya eran complicadas siendo extranjera, no quería ni imaginar como sería si todo el mundo pensara que era también judía, así que decidí probar suerte en la dirección que Petra me había recomendado.

Un hombre de avanzada edad me recibió con una cálida sonrisa. Iba vestido con camisa y corbata de rayón en tonos marrones a juego con sus amplios pantalones que dejaban ver la delgadez de su cuerpo.

—¿Puedo ayudarla en algo? —me preguntó quitándose las gafas que de seguro estaba utilizando para leer el grueso libro que tenía entre sus manos.

—Soy inglesa.

Bastaron solo dos palabras para que aquel hombre comprendiera qué me había llevado hasta allí. Se echó a un lado y me indicó con la mano que pasara.

Me llevó hasta el salón, una gran sala cubierta de estanterías repletas de libros. Me invitó a que me pusiera cómoda mientras él preparaba té «al estilo inglés» tal y como me dijo con una sonrisa cómplice.

Solté mis cosas y me acerqué al ventanal para comprobar que aquello que estaba oyendo era el sonido de la lluvia caer fuertemente contra el suelo. De haber llegado unos minutos más tarde, me habría calado hasta los huesos.

Observé detenidamente los libros que tenía, entre los que encontré uno de Thomas Mann, un escritor nacido allí, en Lübeck y que ganó el Premio Nobel de Literatura en 1929. Lo cogí para hojearlo en el mismo instante en el que el señor de aquella casa llegó con las tazas de té.

—Tiene usted buen ojo, señorita...

—Elisabeth Connor. —me presenté mientras dejaba el libro en su sitio.

—Bien, Elisabeth. Mi nombre es Raymond Wolf, siéntese conmigo, por favor.

Obedecí y me senté en uno de los sillones mientras observaba cómo Raymond miraba con orgullo sus estanterías.

—El libro que usted tenía en sus manos es probablemente uno de los pocos que quedan en Alemania, por no decir el único. Hitler consideró que era nocivo para el espíritu alemán y ordenó quemarlos todos hace unos años. Autores como, Thomas Mann, Ernest Hemingway o Karl Marx. Todos fueron prohibidos. —dijo mientras señalaba con el dedo el lugar donde se encontraban situados aquellos libros en sus estantes.

Le miré sorprendida por su temeridad. De seguro no habría personas tan osadas como él como para acoger a enemigos de Alemania en su casa y poseer libros tan comprometidos.

—Señor, Wolf, ¿sabe usted que se puede meter en un lío importante si las SS <sup>[1]</sup> descubren que aún conserva todos estos libros?

Raymond calló un instante para meditar su respuesta:

—Señorita Elisabeth, si las SS quieren detenerme, lo harán sin importarles qué tipo de libros leo. Al menos, habré podido disfrutar durante todos estos años de tan magníficas obras, ¿no cree?

## CAPÍTULO 4

Charlamos durante horas sobre Inglaterra y Alemania. También sobre los diversos libros que tenía. Me dejó para leer uno de Jane Austen. Sus novelas siempre nos habían gustado a mi hermana y a mí y hacía tiempo que no leía uno de ella.

Me vi en la obligación de contarle lo que me había llevado hasta allí como compensación por su ayuda y fue todo un alivio poder hablar de ello con alguien que no me mirara de otra forma tras conocer la verdad sobre mí.

Más tarde aproveché para deshacer mi equipaje y acomodarme en la habitación que Raymond me había preparado, sin duda mucho más acogedora que la de la pensión.

Como el tiempo no acompañaba para salir a pasear, decidí empezar mi lectura y descansar hasta que llegara la hora de la cena.

El sonido de un violín me hizo dejar las páginas de Austen y bajar para ver de dónde procedía aquella bonita melodía.

Llegué al salón y me detuve a contemplarlo de nuevo. Jamás olvidaré la majestuosidad de aquella sala ni la serenidad que me proporcionaba estar allí. A día de hoy me atrevería a decir que no he vuelto a sentir esa misma paz de la que disfruté aquella semana en la casa del señor Wolf.

Un joven me sorprendió por la espalda sacándome de mis pensamientos.

—Usted debe ser la nueva invitada de Raymond, la inglesa, ¿no es cierto? —me dijo lleno de vitalidad.

—Supongo que sí. —asentí con una sonrisa. —Me llamo Elisabeth.

—Fabian. —respondió él tendiéndome la mano.

—¿Puedo tutearte? Creo que ambos tenemos la misma edad. —le pregunté.

—Debes hacerlo. —contestó con simpatía.

—Bien. —hice una pausa. —Fabian, ¿eras tú el que tocaba el violín hace un momento?

—¡Qué va! El artista de la familia siempre ha sido mi hermano mayor. Mi padre decía que yo era «*a loose cannon*<sup>[2]</sup>» como decís los ingleses.

No pude evitar reírme ante su sincero comentario y él hizo lo mismo.

—Ya veo que ha conocido al menor de los hermanos Meyer. —dijo Raymond acercándose a nosotros. —No permita que la lleve por el mal camino, Elisabeth. Este chico vuelve loco a cualquiera. —me advirtió guiñándome el ojo.

En ese instante, llegó el violinista y hermano mayor de Fabian. Su nombre era Gustav y, aunque ambos tenían cierto parecido físico entre sí, su personalidad y sus gustos eran notablemente distintos.

Fabian era más dicharachero, alegre y jovial, mientras que Gustav parecía más maduro y callado. Aun así, los dos eran encantadores y apenas bastó una cena para que se ganaran mi confianza.

Hablamos sobre nuestros orígenes y fueron ellos los que comenzaron contando cómo habían llegado hasta el amparo del señor Wolf. Al parecer, Fabian trató de defender a una joven que estaba siendo acosada por varios soldados y acabó enzarzándose en una pelea con la mala suerte de que uno de los hombres murió en el acto. Tuvieron que huir para evitar que la policía les cogiera y les acusara de un asesinato que podría decirse que fue accidental.

Después llegó mi turno. Les expliqué toda la historia de la hermana que se fugó de casa para casarse con un judío y que años después mandó una carta pidiendo ayuda. Tras acabar mi relato, toda la mesa permaneció en silencio hasta que yo misma me apresuré a romperlo, incómoda por aquella situación.

—Os debe parecer una locura lo que estoy haciendo. Venir desde tan lejos para ayudar a mi hermana con algo que no sé si voy a poder hacer. —le dije poniendo los ojos en blanco al tiempo que bebía un sorbo de la copa de vino.

—No hay locura en hacer el bien. —dijo Gustav.

—Cierto. —intervino Raymond. —Y como decía tu admirada Jane Austen, tampoco hay distancias cuando se tiene un motivo.

—También decía que el bien no siempre conduce a un buen final. —respondí yo casi a modo de reflexión.

El resto de la velada transcurrió entre risas y música. Fabian y yo bailamos swing durante horas mientras Raymond nos acompañaba bebiendo cerveza y Gustav se limitaba a menear la cabeza de un lado para otro al son de la música, y aunque creo que aquel baile era otra de las cosas prohibidas por Hitler, hacía tiempo que no disfrutaba tanto como lo hice aquella noche.

La semana pasó sin más novedades. Mi hermana y yo habíamos decidido limitar las visitas para evitar levantar sospechas así que solo la había visto la mañana del martes. En casa del señor Wolf todo seguía igual de bien que el primer día. Gustav seguía practicando con el violín y Raymond continuaba enfrascado en sus lecturas clandestinas. Por nuestra parte, Fabian y yo entablamos una buena amistad y cuando ninguno de los dos andábamos ocupados en nuestras respectivas tareas nos dedicábamos a charlar o a jugar a las cartas.

Una tarde, cuando regresaba de un placentero paseo, oí gritos desde el vestíbulo. Dejé mi bolso sobre el aparador y caminé sigilosamente hacia el salón mientras me quitaba los guantes. Sorprendí a una joven de cabellos rubios y piel blanca discutiendo con Fabian junto a una niña de unos cinco años de rasgos similares a los de aquella mujer. Las había visto antes, en la pensión de Petra, durante uno de los pocos desayunos de los que pude disfrutar allí.

Al notar mi presencia ambos enmudecieron y me miraron.

—Disculpad. —dije apurada dándome cuenta de que había interrumpido un momento de tensión.

Tras un incómodo silencio ella tomó la palabra:

—Vamos, Johanna. —le dijo a la niña cogiéndola de la mano. —Es hora de irse.

—Anna, espera. —dijo Fabian yendo tras ellas. —Necesito que me escuches.

—Ya te he escuchado suficiente.

—Déjame hablar con Johanna, por favor. —suplicó.

Anna cerró la puerta tras de sí dejando allí plantado a un abatido Fabian. Yo no supe cómo reaccionar ante aquella escena que acaba de presenciar y permanecí allí de pie, viendo cómo mi amigo daba un puñetazo a la pared lleno de rabia y se marchaba a su habitación sin decir nada más.

Por la noche, él no bajó a cenar. No pude evitar preguntar a Gustav y Raymond acerca de lo que había acontecido aquella tarde pero la única respuesta que obtuve fue la del señor Wolf:

—La vida a veces es demasiado injusta con quien menos lo merece.

Apenas hablamos durante la velada y sin más demora, recogimos la mesa y cada uno regresó a su habitación; la noche no acompañaba a más entretenimientos.

Sin poder concentrarme en la lectura que me ocupaba, bajé al salón movida por la curiosidad de ver la luz encendida. Esperaba encontrarme con Raymond allí pero era Fabian el que estaba

sentado en el sillón con una copa de coñac y escuchando música del tocadiscos.

Me senté junto a él y, movida por la curiosidad y la impotencia de ver a un amigo visiblemente apesadumbrado, le pregunté por lo sucedido.

—Las vi en la pensión antes de llegar a esta casa, ¿quiénes son?

—Mi mujer y mi hija. —me respondió para mi sorpresa.

—No sabía que estuvieses casado.

—Lo estaba. —rectificó. —Ya has visto lo poco que queda de ese matrimonio.

—¿Qué ha ocurrido, Fabian?

—Cree que maté a ese policía. Su padre pertenece a las SS y nunca le gusté para su hija; por eso no ha dudado ni un instante en aprovechar mi huida para convencer a Anna de que era un criminal. Ahora ella no quiere que vuelva a acercarme a Johanna.

—Lo siento. —le dije con total sinceridad.

—Más lo siento yo. —contestó mostrando una forzada sonrisa. —Por salvar a alguien he perdido a las dos mujeres de mi vida.

Conocer aquella faceta de mi amigo me enterneció y sentí lástima por su dura situación.

—Johanna es preciosa. —mencioné tratando de quitar amargura a la situación.

Él sonrió mientras asentía con la cabeza.



## CAPÍTULO 5

Todo cambió la tarde del 27 de febrero de 1942 cuando salí a comprar unas medias que necesitaba a una lencería del centro.

Antes de regresar a casa, paré a tomar un café en una pequeña cafetería situada junto a la Puerta de Holsten, cerca de la Pensión de Petra.

Mientras leía el *Der Stürmer*<sup>[3]</sup>, comencé a oír un barullo que procedía del exterior.

El camarero salió acompañado de otros dos hombres que, movidos por la curiosidad, querían saber a qué se debía tal alboroto. Yo tampoco pude quedarme impassible y tras pagar la cuenta del café abandoné el local para seguir a la gente que se amontonaba a ambos lados de la Puerta de Holsten. Al llegar hasta ellos, presencié una escena que casi con total seguridad fue y será la más escalofriante de mi vida; decenas de personas caminaban encorvadas y con la cabeza agachada rodeadas por varios soldados de las SS.

—¿Qué ocurre? —pregunté inocentemente a la señora que tenía junto a mí.

—Se los llevan a campos de concentración. Son judíos.

Algo en mí se removió por dentro. Busqué con la mirada a mi hermana entre todos los hombres, mujeres y niños que por allí desfilaban mientras rezaba por no encontrarla en aquel grupo de judíos; sin embargo, en aquella ocasión, Dios no atendió mis plegarias.

—Grace —susurré al verla caminar entre la multitud. Su aspecto era horrible. Tenía los ojos hinchados de haber estado llorando durante horas y su cara mostraba la misma palidez que un muerto.

Me hubiese gustado poder decir que pude impedir que se la llevaran de allí pero lo cierto es que no hice nada por ayudarla. Nada. Absolutamente nada.

Ella me reconoció al cabo de unos minutos y sus ojos se iluminaron esperanzados.

—¡Elisabeth! —me gritó desesperada mientras trataba de abrirse paso entre la gente para llegar hasta a mí. —¡Está en el suelo, Elisabeth! —me dijo en inglés.

—¿Qué? —murmuré sin comprender lo que me decía.

—¡Elisabeth! —repitió.

Unos soldados la frenaron en el momento en el que casi lograba llegar hasta a mí.

—¡Soltadme! —chilló mientras forcejeaba con ellos con una fuerza que logró erizarme la piel.

Finalmente logró liberarse y corrió de nuevo hacia mí pero antes de que pudiera alcanzarme el soldado le disparó en la cabeza.

Grace se desplomó en el suelo ante mí. La vi cerrar los ojos por última vez mientras una lágrima caía por su mejilla.

A día de hoy me consuela saber que mi hermana murió antes de poder llegar a aquel monstruoso campo de concentración y que lo último que vio fue mi rostro en lugar de una cámara de gas; sin embargo, la idea de que muriese pensando que yo, su hermana mayor, no había movido ni un solo dedo por salvarla, me sigue atormentando hoy en día.

El soldado que había apretado el gatillo se acercó a mí.

—¿La conocía? —me preguntó.

Miré el cuerpo sin vida de mi hermana y a continuación volví a posar mi mirada en los ojos de aquel soldado que esperaba impaciente la que fue la respuesta más difícil de mi vida:

—No.

El soldado siguió su camino y yo hice lo mismo. Me di media vuelta y fui rápidamente hacia la casa del señor Wolf. Mi estado de alteración me impedía llorar o pensar con claridad sobre lo que acababa de ocurrir; sólo sabía que necesitaba ver una cara amiga como la de Raymond, Fabian o Gustav.

Mi sorpresa fue al llegar, al encontrarme la puerta en el suelo como si alguien la hubiese arrancado por la fuerza desde fuera. Me quedé un instante en la entrada y entré lentamente dejando el bolso sobre la mesa.

—¿Señor Wolf? —pregunté esperando a que alguien me respondiera.

Caminé hacia la cocina y vi tirado en el suelo el libro de Karl Marx que Raymond estaba leyendo aquellos días, y junto a él, minúsculos cristales esparcidos por el suelo.

Comencé a alarmarme y tras recoger el libro me apresuré a buscar por el resto de la casa.

—¿Fabian?, ¿Gustav?, ¿hay alguien aquí...?

Un hombre rubio, que por su uniforme deduje que trabajaba para las SS, estaba sentado en mi cama rebuscando entre mis cosas.

—Tú debes de ser la inglesa. —me dijo mostrándome mi pasaporte.

—¿Qué está haciendo aquí? —le pregunté con atrevimiento.

—Eso mismo querría saber yo de usted.

—Me alojo aquí, ¿hay algún problema?

—¿Eres una fulana? El dueño de esta casa solía acoger a este tipo de personas.

—No, no lo soy. —repliqué molesta.

El soldado se incorporó y se acercó a mí.

—Eso podemos arreglarlo. —me susurró en el oído antes de comenzar a caminar en círculos a mi alrededor. —¿Sabes qué se ha hecho a lo largo de los siglos con las mujeres de los países enemigos cuando los ejércitos conquistaban un nuevo territorio?

Yo no contesté y él dio por respuesta mi silencio, y cuando intentó acercarse a mí con nefastas intenciones le aseté en la cabeza con un candelabro que reposaba sobre la cómoda. Aprovechando su desconcierto cerré la puerta de un portazo y bajé corriendo las escaleras tratando de huir. Me siguió de cerca durante un tiempo y tuve que girar varias calles hasta perderlo de vista. Sólo entonces pude detenerme a recuperar el aliento y fue en ese momento, sin nada más que un libro prohibido entre mis manos, cuando fui consciente de mi situación.

Estaba perdida.

## CAPÍTULO 6

Caminé sola por la silenciosa calle de aquel pueblo que se había convertido en fantasma tras lo sucedido en la Puerta de Holsten. No solo la vida de mi hermana parecía haberse esfumado de allí tras aquello, pues todo el mundo se había encerrado en sus casas antes de lo habitual. Quizás para protegerse. Quizás para olvidar. Quizás para mirar a sus familias y convencerse a sí mismos de que lo que acababan de presenciar era lo correcto y lo mejor para el país. Y que su impasibilidad estaba justificada.

Es increíble cómo funciona nuestra naturaleza humana en situaciones de estrés para intentar sobrevivir en el momento en el que todo parece perdido. Cuando no tienes nada que perder te agarras a un clavo ardiendo para aprovechar la más mínima rendija por la que escapar del pozo sin fondo en el que te has metido.

Mi pozo estaba llegando a su fin. Sólo me quedaba un pequeño hueco por el que salir de nuevo a la superficie y por el que nunca antes me habría atrevido a pasar de no ser por las circunstancias.

Llegué al cuartel de la Wehrmacht, las fuerzas armadas de Alemania que habían sido desplegadas por todo el país para velar por la seguridad de todos los alemanes, o al menos, de aquellos considerados como *raza pura* durante la guerra.

Me acerqué a un soldado que fumaba en la puerta y que al verme pareció estar dispuesto a todo con tal de lograr un acercamiento hacia mí.

—Buenas tardes, estoy buscando a alguien —comencé diciendo.

—Celebro oírlo. Ha llegado usted al lugar idóneo. —respondió en un tono seductor que rozaba lo vulgar.

—Se llama Peter Hoffman. —continué explicándole mientras trataba de frenar sus intenciones.

El soldado se dio media vuelta y llamó a Peter elevando la voz. Oí como sus compañeros bromeaban con él cuando aquel hombre le avisó de que había una mujer esperándole en la puerta.

Entre risas, el sargento Hoffman llegó ante a mí, y al verme, cambió su sonrisa divertida por una cara de asombro.

—Señorita Connor, ¿qué hace usted aquí?

—¿Tiene un momento? Me gustaría hablar con usted. —Hice una pausa y miré al joven con el que había hablado segundos antes para hacer una aclaración. —A solas.

—Acompáñeme. —me dijo mientras bajaba las escaleras y se dirigía a un jardín que había frente al cuartel.

Cuando nos alejamos del resto, el señor Hoffman volvió a hablar.

—Tiene una forma muy interesante de pasar desapercibida, señorita Connor.

—No habría acudido a usted si no fuese verdaderamente importante, créame.

—¿Qué ocurre? —preguntó intrigado.

—Antes de nada, necesito saber si confía en mí tanto como lo estoy haciendo yo con usted en estos momentos.

—Confío en usted todo lo que se puede confiar teniendo en cuenta que es prácticamente una desconocida para mí. Pero si a lo que se refiere es a su nacionalidad, descuide, ya le dije que no me importaba.

—Me basta. ¿Puede acompañarme hasta el barrio judío?

Peter Hoffman me miró visiblemente sorprendido. Supongo, que entre todas las cosas que se le pasaron por la cabeza, jamás imaginó que fuera a pedirle aquello.

—¿Para qué?

—Se lo explicaré una vez hayamos llegado hasta allí.

Peter dudó durante unos segundos y finalmente la curiosidad pudo con él haciéndole ceder a mi petición.

Caminamos deprisa, sin hablar, hasta llegar a la casa de mi hermana. Sin titubear, abrí la puerta de la tienda en la que trabajaba su marido y accedí al interior de la vivienda a través de las cortinas, seguida por el sargento.

—¿Señor Barcon? —grité por toda la casa mientras registraba todas las habitaciones. — ¡Joseph!

—Señorita Connor. —me llamó Peter.

Yo no respondí y seguí concentrada en lo mío.

—Señorita Connor. —repitió agarrándome del brazo para que frenara. —¿Qué demonios está haciendo?

Antes de que pudiera contestar, el llanto de un bebé comenzó a resonar por toda la casa.

Peter me miró desconcertado y entonces yo comencé a seguir el sonido de sus sollozos hasta llegar a la cocina.

Inmediatamente recordé las últimas palabras de mi hermana antes de que le dispararan delante de mis ojos: «Está en el suelo».

Me puse de rodillas y acerqué la oreja al suelo de madera. Estaba ahí.

Con cuidado, intenté buscar alguna tabla suelta que poder quitar y no tardé en dar con ella. Cuando la aparté encontré al pequeño Ian cubierto con una manta.

—Dios mío. —dijo Peter detrás de mí.

Le saqué con cuidado y le mecí entre mis brazos para calmarlo.

—¿De quién es este niño?

—Es mi sobrino. —dije con un hilo de voz. —Ian...

—¿Eres judía?

Negué con la cabeza antes de explicarle lo sucedido.

—Mi hermana se convirtió en judía al casarse. Me pidió que cuidara de él si a ella le pasaba algo.

—Señorita Connor, sabe que no puede hacerse cargo de él. Si alguien la descubre acabarán los dos frente a un pelotón de fusilamiento.

—Diré que es mi hijo. Nadie sabrá que es judío. Solo necesito que usted nos ayude.

—¿Yo?

—Me echaron de la pensión en la que me alojaba porque descubrieron que era inglesa y les preocupó verme llegar la otra noche acompañada por usted. Me fui a vivir a una casa donde me dijeron que acogían a gente en mi situación, pero esta tarde cuando regresé, las SS se lo habían llevado todo. He perdido mi documentación, mi dinero, mi ropa. No sé cómo volver a mi país ni tampoco a dónde ir. Lo único que tengo claro es que voy a cumplir la promesa de mi hermana y voy a cuidar de este niño aunque me cueste la vida.

Sé que lo que le estoy pidiendo es demasiado arriesgado y entendería perfectamente que se negara a ayudarme pero no habría acudido a usted si no estuviera lo suficientemente desesperada... —confesé de sopetón.

Peter se llevó las manos a la cabeza sin saber qué hacer y comenzó a dar vueltas por la habitación de forma nerviosa. Le había puesto en una situación complicada y me sentía mal por

ello.

—Espere aquí, ¿de acuerdo? —me dijo finalmente.

Asentí con la cabeza mientras él abandonaba la vivienda. Pasaron unas dos horas y el señor Hoffman no había regresado aún. Si había algo peor que estar en aquella situación era tener tiempo de sobra para poder darle vueltas a la cabeza, pues la mente suele torturarte con todo tipo de pensamientos negativos cuando las circunstancias ya son de por sí malas.

Cuando el cielo ya estaba totalmente negro y las estrellas se veían con claridad, oí voces que provenían de la calle. Me acerqué con cautela a una de las ventanas y observé, a través de las viejas cortinas, cómo Peter se acercaba a la casa en compañía de un oficial de las SS.

Sus palabras de la otra noche me habían hecho sentir que podía confiar en él y aquello me había dado seguridad para lanzarme a pedirle ayuda; pero estaba claro que una cosa era ser de otro país y otra muy distinta proteger a la raza más odiada en los últimos tiempos.

Decepción. Aquello fue lo que sentí cuando fui consciente de que sus ideales no estaban a la altura de lo que yo había imaginado y sin embargo no pude culparle a él sino a mí, por haber pecado de confiada.

Con Ian en mis brazos, corrí hacia la puerta trasera y me escabullí de allí antes de que me atraparan por completo. Callejeé por aquel barrio desconocido hasta llegar a una plaza que me resultaba familiar y a partir de ahí me encaminé hacia la pensión de Petra. Sabía que ella no me daría alojamiento pero podría pasar la noche oculta en el cobertizo que había junto a la pensión.

Quizás la noche fuera como las otras pero en aquel momento pude notar de verdad el frío de aquella ciudad. Temí que Ian pudiese enfermar y acostándolo junto a mí para darle calor le rodeé con la manta que había cogido antes de salir de la casa.

Apenas pude pegar ojo y cuando parecía que empezaba a coger el sueño, los llantos de mi sobrino me hacían despertar.

Entre las cajas de alimentos que Petra guardaba allí, encontré algo de leche con lo que alimentarle. Me quité el guante de cuero que llevaba y como pude le abrí un pequeño orificio en una de las extremidades del mismo para que pudiera servir de tetina. Introduje la leche y mi sobrino empezó a beber, calmándose por completo.

A la mañana siguiente supe que no podría sobrevivir mucho más tiempo de aquella forma así que tuve que salir de aquel escondite y buscar ayuda del exterior.

Entré en la pensión junto a Ian y Petra me miró visiblemente sorprendida.

—Deduzco que no esperaba verme aquí después de la redada de ayer en casa del señor Wolf. —le espeté con recelo.

—¿Qué quieres decir, muchacha? —inquirió desconfiada.

—Digo que es demasiada casualidad que después de que usted me llevara hasta esa casa, las SS irrumpieran en ella tan solo días después.

—Yo no tengo nada que ver en eso.

Y yo lo sabía. Sabía que lo que estaba haciendo no era justo. No solía acusar a las personas sin motivo alguno pero en aquella ocasión la rabia que sentía se apoderó de mí.

—He perdido todo lo que tenía y no tengo con que pagarle ahora mismo pero le ruego que me de una oportunidad. Prometo no darle problemas.

—Sabe que no puedo hacerlo. Ya la eché una vez de aquí y después de lo ocurrido mi decisión es mucho más firme.

Asentí con la cabeza manteniendo la compostura y antes de abandonar de nuevo aquella pensión le pedí una cosa más.

—Me gustaría hablar con alguien que se aloja en esta pensión.

—¿De quién se trata? —preguntó intrigada.

—De Anna Meyer. Viaja con su hija.

—Lo lamento, ambas abandonaron la pensión anoche.

Aquella respuesta casi acaba con la poca esperanza que me quedaba.

—¿Sabe en qué ciudad vive?

—Aunque lo supiera no podría decírtelo.

—Petra, necesito encontrar a esa mujer, le ruego que me ayude.

—No puedo revelar información sobre mis clientes. Es algo confidencial, entiéndalo.

Suspiré tratando de contener los nervios. ¿Por qué aquella mujer no podía mostrar ni siquiera un poco de empatía?

Dándole las gracias, aunque no las sintiera de verdad, me giré hacia la puerta y cuando me disponía a salir añadió algo más:

—¿Quién es ese niño?

—Lo mío es también algo confidencial. —respondí con orgullo. —Supongo que, al igual que yo, sabrá entenderlo.

## CAPÍTULO 7

Nunca he sido de las que se dan por vencida fácilmente, y aunque lo fuese, no estaba en condiciones de abandonar y limitarme a que ocurriese un milagro que nos ayudase a Ian y a mí, así que cuando salí de aquella pensión sabía que no tardaría en volver.

No necesité estar mucho tiempo en aquel lugar para conocerlo casi como la palma de mi mano. Conocía los horarios, la hora en la que Petra marchaba a dormir y también la existencia de una puerta trasera junto a la cocina por la que estaba dispuesta a entrar aquella misma noche. Un plan perfecto de no ser porque desconocía que alguien llevaba un buen rato siguiéndome desde cerca y podía ser capaz de frustrar todas mis intenciones.

A medianoche, cuando la última luz de la pensión se apagó, dejé a mi sobrino dormido en el cobertizo y me acerqué sigilosamente a la puerta. Con una horquilla que sustraje de mi pelo forcé la cerradura. Mentiría si dijese que sabía lo que me hacía. De hecho, jamás imaginé que podría hallarme en semejante situación, a punto de irrumpir en el interior de una casa en busca de una información que la dueña se había negado en proporcionarme.

La puerta finalmente cedió y pude entrar en el interior hasta llegar a la pequeña recepción. Los papeles los tenía guardados en cajones cerrados con llave, pero aplicando el mismo procedimiento que anteriormente, logré abrirlos y sacar de ellos los libros con el registro de clientes. Busqué el nombre de «Anna Meyer» y no tardé en encontrarla, pues los datos estaban ordenados cronológicamente según habían sido registrados en la pensión.

—Anna Meyer y Johanna Meyer, procedentes de la ciudad de Dresden. A 15 de febrero de 1942. —leí en un susurro.

De repente alguien habló a mis espaldas:

—Devuelva ese cuaderno a su sitio. —me ordenó. —Ahora.

Me giré rápidamente para cercionarme de que era él quien estaba ahí.

—¿Qué demonios está haciendo aquí? —me dijo.

—Sobrevivir. —me defendí.

—Te pedí que me esperaras en aquella casa.

—Te vi regresar con ese oficial. ¿De verdad creías que me quedaría de brazos cruzados viendo como me detienen o matan a mi sobrino?

Peter Hoffman me miró sorprendido mientras encajaba mis palabras, comprendiendo al fin lo que había sucedido.

—No la delaté, me crucé con él mientras regresaba. Tuve que ingeniármelas para que no entrara en esa casa y al final todo fue en vano porque usted ya se había ido.

Su revelación me hizo sentir un tanto más aliviada, pero sabía que no podía bajar la guardia.

—¿Cómo me ha encontrado? —pregunté.

—Mi instinto me llevó esta mañana hasta aquí. Era el único sitio en el que pensaba que podía estar. La señora de la pensión me dijo que había acudido a ella pero que no sabía hacia dónde había ido. Hace un rato la vi entrar en ese cobertizo y solo tuve que esperar para verla en plena acción. —respondió como si de una novela de detectives se tratara. —Ahora va a devolver ese libro y va a acompañarme hasta fuera.

—No me fio de usted. —confesé.

Antes de que él pudiera decir nada, la luz del piso de arriba se encendió. Petra comenzó a dar

voces mosqueada por los ruidos que estaba oyendo.

Peter me quitó los papeles de las manos y los guardó en el cajón rápidamente mientras señalaba hacia la puerta para que me ocultara tras ella.

Yo le hice caso, y justo cuando me escondí ella llegó hasta la recepción soltando un grito tras ver a Peter allí plantado.

—Disculpe, señora. —dijo cortésmente.

—Otra vez usted, Sargento Hoffman, ¿qué hace aquí?

—Oí ruidos desde la calle. Pensé que podría ser un ladrón. Hay muchos merodeando por la zona últimamente.

Sin comprender por qué, me di por aludida con aquella frase. Sabía que él se refería a mí cuando mencionó aquello.

—Entré por la puerta trasera, lamento haberla asustado.

—No se preocupe. ¿Dice que están robando mucho? —quiso saber desviando su desasosiego a otro asunto.

—Eso parece. —se limitó a decir Peter.

Cuando logró persuadir a Petra, ésta se ofreció a acompañarle hasta la puerta, momento que yo aproveché para largarme de allí velozmente.

Corrí hacia el cobertizo pero antes de que pudiera llegar, el señor Hoffman me alcanzó.

—¿Qué estaba haciendo allí dentro?

Yo no respondí inmediatamente.

—No me obligue a hacer algo que no quiero. Le advierto que mis compañeros no serán tan considerados a la hora de interrogarla.

Presionada por sus amenazas me acabé sincerando de nuevo con él.

—Intentaba localizar a una mujer que podía ayudarme a dar con el paradero del padre de Ian.

—¿Y qué pensaba hacer cuando diera con él? Es judío; nadie va a sacarle de su situación así porque así.

Me encogí de hombros porque sabía que tenía razón; pero aún así una parte de mí necesitaba encontrar a aquel hombre que tanto había significado para mi hermana y que al fin y al cabo era el padre de mi sobrino, y si no podía ayudarme en esa tarea, al menos esperaba que Anna, a sabiendas de la buena amistad que tenía con su marido, pudiera sacarme de alguna forma de esta situación.

—Coja a su sobrino y sígame. —me dijo con benevolencia.

Obedecí y, guardando en el bolsillo de mi abrigo el libro del señor Wolf que aún conservaba conmigo, le seguí por las calles de Lübeck. Durante todo el camino permanecimos en silencio hasta llegar a una casa donde nos detuvimos y donde Peter me preguntó por mi nombre de Pila.

—Elisabeth. —respondí yo.

—Elisabeth, ¿confía en mí? —me preguntó frunciendo el ceño a la espera de mi respuesta.

Le miré fijamente mientras sopesaba los pros y contras de aquella respuesta. Sentía que en aquel lugar no podía confiar en nadie pero también sabía que hacerlo era posiblemente la única opción que me quedaba para no morir de hambre o de frío en cualquier momento.

—Sí. —contesté con aparente seguridad.

Él asintió satisfecho mientras sacaba unas llaves del bolsillo.

Observé la fachada de ladrillos característica de todos los edificios de la ciudad y no tardé en preguntarle por aquel sitio donde nos disponíamos a entrar. Mi asombro fue inmenso al enterarme de que aquella era la casa en la que el señor Hoffman y sus padres vivían y en la que él pretendía esconderme hasta encontrar alguna forma segura de sacarnos a Ian y a mi del país.



—¿No les importará? —pregunté, incómoda por la situación.

—Claro que sí. Por eso le rogaría que no dijese nada mientras hablo con ellos. Limítese a ver, oír y callar, ¿de acuerdo?

—¿Qué se supone que voy a decir? —le contesté ofendida por su respuesta.

—Bueno, ya ha dejado claro en más de una ocasión que no es una mujer dada a callarse las cosas. Es usted de armas tomar, señorita Elisabeth.

Traté de reprimir una sonrisa ante aquel sincero comentario; me alegraba saber que aquella era la imagen que ofrecía y no la de una mujer dócil y manejable.

Me abrió la puerta y me cedió el paso. Entré lentamente mientras observaba con disimulo la refinada decoración del salón que se divisaba desde el vestíbulo.

Enseguida el señor y la señora Hoffman se incorporaron del sillón para recibir a su hijo y no pudieron ocultar su sorpresa al verle llegar acompañado de una mujer y un bebé. Peter me miró y pude percibir en sus ojos cierta inseguridad pero a pesar de ello siguió adelante con el plan que él mismo se había trazado para ayudarme y que no quiso compartir conmigo hasta aquel momento.

—Madre, padre. He de contaros algo.

La señora Hoffman se acercó lentamente hasta su hijo con el ceño fruncido como si con aquellas cuatro palabras pudiese intuir lo que estaba sucediendo.

—¿Qué ocurre?

—Ella es Elisabeth Connor. Mi... mi prometida. —titubeó.

Noté cómo las miradas desconcertadas de sus padres se posaban rápidamente sobre mí sin darme tiempo a reaccionar. Ahora entendía por qué Peter me había pedido que no dijera nada, seguramente creería que me lanzaría contra él por decir aquello y probablemente, en otras circunstancias, lo habría hecho.

—¿Tu prometida? —dijo finalmente el señor Hoffman. —¿Desde cuándo os conocéis?

—Lo cierto es que desde hace poco. —respondió Peter con serenidad. —Pero una serie de imprevisto han acelerado nuestra relación.

—¿Qué clase de imprevisto?

—Es inglesa. Y judía. Ha perdido todas sus cosas y el niño que tiene en sus brazos es mío. —dijo de sopetón.

Observé sus reacciones que como cabía esperar no fueron nada condescendientes. El padre de Peter le propinó un bofetón a su hijo que me sobrecogió al tiempo que su madre abandonaba el salón con gran disgusto.

—No voy a dejarla en la calle. —continuó diciendo Peter con la misma entereza con la que había empezado. —Soy tan responsable de ese niño como ella. Si no estáis dispuestos a aceptarlos aquí, me iré de casa yo también.

—Escúchame bien, Peter. —contestó el señor Hoffman agarrándole del uniforme con exasperación. —Por el bien de tu familia, si es que aún te importa lo más mínimo, procura que nadie descubra la verdadera identidad de esa mujer.

Peter asintió y su padre se marchó a la habitación junto a su esposa, dejándonos a solas en aquel salón que desde aquel momento sería también mío.

—A partir de ahora tutéame. —me dijo sin tan siquiera mirarme —Acompáñame, te mostraré la habitación para que podáis acomodaros.

—¿A qué ha venido todo esto? —le frené antes de que continuara con aquel sinsentido.

—Pensé que necesitabas mi ayuda. —contestó sin girarse.

—Sí, pero cuando te la pedí jamás pretendí que arruinaras tu propia vida por ello; nadie haría algo así por alguien a quien no conoce de nada, Peter.

Él se dio por fin la vuelta y pude contemplar sus ojos verdes clavados en los míos.

—Me metí en el ejército porque quería salvar vidas, ayudar a la gente, defender a mi país; ¿qué clase de militar sería si le negara la ayuda a alguien que lo necesita y que me lo ha pedido?

Le aparté la mirada sin saber qué responder ante tal explicación. Su forma de ser y de pensar me tenía encandilada desde la noche en que me contestó de una forma similar a aquella. Sin duda, Peter Hoffman era un buen hombre.

—Lamento si no te ha gustado la idea pero necesito tiempo para sacaros del país y ésta es la mejor forma que se me ha ocurrido para conseguirlo. —continuó diciendo.

Me llevó hasta la habitación donde pasaría la noche acompañada de Ian y de Peter. No pude evitar ocultar mi descontento ante la idea de dormir junto a él; jamás había compartido habitación con un hombre y no era mi intención hacerlo hasta que encontrara una pareja formal con la que pasar el resto de mis días; sin embargo, Peter tenía razón, a ojos de todos Ian era nuestro hijo y por consiguiente habíamos tenido que compartir cama anteriormente. Era necesario que todos siguiesen creyendo aquella patraña y para ello debía dejar a un lado mi obcecación y fingir que no me importaba. Al final, Peter volvió a hacer alarde de su gentileza y se ofreció a dormir en un sofá que había en ese mismo cuarto.

Una vez resuelto el problema, me mostró uno de los baños de la casa que estaba incorporado a la habitación de Peter y me entregó unas toallas y un camisón de satén blanco para que pudiera cambiarme para dormir.

—Puedes darte un baño si lo deseas. Yo me quedaré con el niño mientras.

Mis ojos se iluminaron como los de una niña con zapatos nuevos; aquello era justo lo que necesitaba para desconectar de aquel horrible día, aunque solo fuese por unos minutos.

—Peter, no sé cómo agradecerte todo esto. Espero poder pagártelo algún día, de verdad.

Él asintió mientras tendía sus brazos para coger a mi sobrino. Yo se lo entregué con suma delicadeza y con el temor propio de alguien que no se ha acostumbrado todavía a tener entre sus manos a un ser tan frágil.

Peter lo meció mientras paseaba por la habitación para evitar que llorara.

Entretanto yo me dispuse a bañarme, y mientras llenaba la pila de agua comencé a desnudarme sin apartar la vista del espejo que tenía frente a mí. Hacía días que no me veía reflejada en uno; pero me dio la impresión de que mi cuerpo había cambiado como si de meses se tratara.

En las últimas dos semanas había adelgazado notablemente. Mi bonito cabello cobrizo había perdido su brillo y mis ojos marrones apenas destacaban por las oscuras ojeras que cubrían mi blanca piel.

Me metí en la bañera y cerré los ojos al tiempo que me sumergía en el agua. A mi madre nunca le gustó que hiciese aquello y más de una vez se llevó un buen susto por mi desobediencia, pero me daba igual. Ella no estaba allí.

Un sentimiento de rencor apareció desde lo más profundo de mi alma; jamás le reproché nada pero estando en aquella situación la maldije. La maldije por haber provocado que mi hermana se fugara de casa por culpa de su egoísmo y la maldije por su muerte.

Creo que en el significado de «guerra» debería estar incluido el concepto de «odio», pues la guerra me hizo odiar a muchas personas, incluso aquellas a las que quería. También me enseñó a perdonar, por muy difícil que pareciese en determinados momentos.

Peter llamó a la puerta sacándome de mis pensamientos. Yo me incorporé rápidamente mientras me secaba las lágrimas; el recuerdo de mi hermana me quemaba por dentro ahora que era capaz de ser consciente fríamente de la realidad.

—¿Elisabeth? —insistió.

—¡Ya voy! —respondí mientras me vestía.

Salí del baño ruborizada, con los brazos cruzados ocultando mis pechos por temor a que pudieran entreverse tras la fina tela del camisón.

—¿Estás bien? —me preguntó.

—Perfectamente. —mentí.

Tras varios segundos de silencio, él apartó la vista incómodo por aquella situación. Entonces me apresuré a meterme en la cama, junto a mi sobrino, que ya dormía plácidamente.

—Buenas noches. —dijo Peter mientras apagaba la luz.

Yo no respondí. De haberlo hecho, mi voz se habría resquebrajado.

## CAPÍTULO 8

Creo que apenas pasaron dos horas desde que logré conciliar el sueño cuando Ian comenzó a llorar desconsoladamente. Traté de calmarlo preocupada por si despertaba con sus llantos a toda la casa, una casa en la que sabía que no éramos bienvenidos.

Inmediatamente noté como Peter se incorporaba del sillón en el que dormía para sentarse en él.

—¿Va todo bien?

—No. —confesé apurada.

—Es un bebé, necesita alimentarse cada cierto tiempo. ¿Cuánto hace que comió?

—¡No lo sé! —dije desesperada.

—Está bien. Espera un momento. —dijo pacientemente mientras salía de la habitación.

Minutos después apareció con un pequeño biberón lleno de leche caliente y me lo tendió para que se lo diese a Ian.

Yo le miré extrañada mientras buscaba una conexión entre aquel objeto y Peter pero finalmente fue él quien me dio la respuesta.

—Es de mi sobrino. Mi hermana siempre deja uno aquí por si algún día le hace falta.

Asentí con la cabeza y se lo di de beber a Ian que por fin cesó de llorar.

Peter permaneció de pie apoyado en la pared frente a nosotros, observándonos fijamente.

—Siento que te haya despertado. Supongo que mañana tendrás que madrugar.

—No importa. —me contestó distante.

Otros segundos de incómodo silencio inundaron la habitación.

—Elisabeth, no me gusta entrometerme en asuntos ajenos pero creo que tengo derecho a saber como has acabado en este pueblo y con ese niño bajo tu tutela, ¿no crees? Más que nada para saber a qué clase de persona acabo de meter en mi casa.

Peter tenía razón. Aunque no me gustase la idea de ir contando mi vida a otras personas, él se merecía sin lugar a dudas una explicación de lo que estaba sucediendo.

—Mi hermana se escapó de casa hace varios años. Por la carta de despedida que nos dejó intuimos que se había ido para casarse con un hombre que había conocido; pero jamás tuvimos pruebas de ello hasta hace apenas unos días. Mi hermana, Grace. —dije con una leve sonrisa al volver a pronunciar su nombre. —viajó hasta Lübeck para casarse con el señor Barcon, un judío de la ciudad. Ella sabía que mi madre jamás aprobaría aquella relación y por ello decidió dejarlo todo para marcharse con él.

Hace unas semanas recibí una carta de ella en la que me pedía ayuda para un asunto de suma importancia. No me dijo nada más, así que en cuanto terminé de leerla comencé a gestionarlo todo para viajar hasta aquí y buscarla.

—¿Tú sola?

—No encontré a nadie lo suficientemente loco como para acompañarme a semejante aventura. —bromeé.

Él sonrió y entonces continué hablando.

—Cuando encontré a mi hermana me explicó el motivo por el que contactó conmigo tras cuatro años de ausencia. Me hizo prometer que, dadas las circunstancias que se están viviendo en Alemania, si a ella le pasaba algo yo cuidaría de Ian por ella. —hice una pausa. —Mi hermana era una de aquellas personas que desfilaba ayer bajo el puente de Holsten, y también fue la única

que no llegó a subirse a aquel camión que iba a transportarles a Dios sabe dónde porque un policía la disparó antes de que ella pudiera llegar hasta a mí para rogarme una vez más que protegiese a su hijo.

Peter cerró los ojos consternado por la historia que acababa de narrarle.

—Créeme si te digo que jamás habría acudido a ti de no ser porque estaba desesperada. Intenté pedir ayuda al señor que me acogió en su casa pero las SS lo encontraron y me temo que se lo llevaron también.

—¿Por qué?

—Digamos que no compartía las ideas de Hitler.

—Entiendo. —respondió en tono reflexivo.

Él movió la cabeza mostrando su conformidad ante lo que acaba de relatarle y volvió al sillón dispuesto a seguir durmiendo.

El siguiente día fue probablemente el más incómodo de mi vida. Tuve que acostumbrarme a ser la madre de un niño que, aunque de mi misma sangre, no era mi hijo; además de convivir con una mujer que apenas se molestó en ocultar su aborrecimiento hacia mí. Por ello, nuestra relación se basó en permanecer en distintas habitaciones y limitando nuestras conversaciones a lo más estrictamente necesario, y aunque traté de conocer un poco más a la familia del hombre que me había acogido en su casa, lo único que logré averiguar es que Bernard Hoffman, el padre de mi supuesto prometido, era el gerente de uno de los astilleros más importantes de la ciudad, *Hermann Werft*.

Cuando Helen, su madre, salió a hacer las compras aproveché para ver con más detalle la casa. No es que me guste fisgonear todos los sitios a los que voy, es solo que cuando pasas todo un día encerrada entre las paredes de una habitación con la única compañía de un niño de tres meses y sin posibilidad de salir al exterior, todo el cuarto se te hace pequeño y asfixiante, y pasear por aquella casa fue la única solución que se me ocurrió para no perder la cordura en mi primer día allí.

Entré en la cocina, pequeña pero práctica, y aproveché para coger un vaso de agua. Seguí mi ruta por el salón pasando por una pequeña habitación que por su decoración y por sus muebles —entre los que destacaba un tocador con un enorme espejo de cristal— deduje que pertenecía a una mujer, probablemente la hermana de Peter. Junto a este cuarto, se encontraba el otro baño de la casa y otra habitación en la que dormían Helen y Bernard y al que por respeto a ellos no quise entrar.

Finalmente, terminé mi itinerario llegando al elegante salón que se conectaba con el comedor dotado de una gran mesa de madera maciza barnizada a juego con varias sillas que la acompañaban y dos grandes vitrinas que dejaban mostrar una bonita vajilla que debía ser heredada de generaciones pasadas. En el salón, lucía una estantería repleta de libros que me hizo recordar a la casa del señor Wolf. Por supuesto, aquella biblioteca jamás podría superar ni en cantidad ni en contenido a la del bueno de Raymond; pero allí encontré una forma de pasar los días que me quedaban en aquel lugar sin acabar muerta de aburrimiento antes de poder regresar a Bradford.

Entre los libros que había, hubo uno que me llamó especialmente la atención, *Leaves of Grass*, uno de los libros que el señor Wolf había estado leyendo antes de que el infortunio se adueñara de nosotros la tarde anterior.

Reconozco que no soy una amante de la poesía, no porque no me guste dicho género sino porque considero que aún no he encontrado ninguna obra que logre captar mi atención lo suficiente como para permitirme disfrutar de ellas como verdaderamente se merecen. A pesar de ello, decidí

cogerlo y hojearlo, y admito que muchos de los poemas plasmados por Walt Whitman en aquel libro no me dejaron indiferente; quizás no lo supe en aquel instante, pero sí que lo haría en un futuro, y no demasiado lejano.

La tarde se me hizo aún más larga que la mañana; Bernard había regresado de su trabajo y la indiferencia hacia mí se había duplicado. Además, tener tanto tiempo libre me dio para pensar en lo sucedido el día anterior. Mi hermana ya no vivía, poco más podía hacer por ella salvo cumplir su última promesa; sin embargo, desconocía el destino del señor Wolf y de los hermanos Meyer, y me apesadumbraba barajar las distintas hipótesis sobre su paradero.

Por todo esto, cuando Peter llegó no pude evitar que se me iluminaran los ojos de mitigación, y él debió darse cuenta porque al verme frunció el ceño y después sonrió levemente como si comprendiera en qué circunstancias me encontraba.

—Buenas noches —saludó a todos al entrar.

—Date prisa, la cena está lista. —contestó su madre sin más aspavientos.

Peter se acercó a mí y me pidió que le acompañara hasta la habitación.

—¿Qué tal todo?

—Bien. —mentí.

—Vamos, Elisabeth, te ha faltado lanzarte sobre mí cuando me has visto llegar. —dijo divertido.

Cerré los ojos abochornada y luego sonreí también.

—No les caigo muy bien, aunque creo que eso ya lo sabes. —le respondí. —Debe ser difícil aceptar que su hijo va a casarse con una judía que para más inri ni siquiera es alemana.

—No son como piensas Elisabeth; mis padres jamás han sido antisemitas.

—Pues déjame decirte que lo disimulan bastante bien.

Peter me miró y sin decir nada comenzó a quitarse el uniforme para ir a cenar. Por un momento temí haberle disgustado con mi comentario, pero no tardó en responderme de nuevo.

—La otra noche me dijiste que tus únicos enemigos a parte de ti misma eran aquellos que se interpusieran en tu camino, ¿no es cierto?

Asentí con la cabeza un poco desconcertada.

—Bien, pues para ellos es lo mismo. Ven en ti una amenaza para nuestra familia porque temen que puedas ponernos en peligro; pero eso no significa que te odien por ser judía o inglesa.

Diciendo esto, Peter se marchó al comedor. Yo le seguí mientras reflexionaba sobre lo que acaba de decir; quizás tenía razón y en ese caso, lo único que el señor y la señora Hoffman necesitaban era algo más de tiempo para confiar un poco en mí.

Durante la cena el ambiente se tornó, si cabe, aún más embarazoso. El silencio se apoderó de nosotros hasta que Helen, con gran seriedad tomó la palabra.

—Deberíamos pensar en una fecha para la boda. Es necesario que os caséis inmediatamente.

Sentí como el trozo de carne que acababa de masticar se me atragantaba al decir aquello.

Peter permaneció callado y siguió cortando el filete como si el tema no fuese con él.

—El sacerdote Dominik no verá con buenos ojos que sigáis amancebados por mucho más tiempo. Mañana mismo hablaré con él y...

—Madre. —la cortó Peter. —No vamos a casarnos aún.

—¿Acaso no me has oído lo que acabo de decirte?

—Perfectamente; pero el padre Dominik seguirá viendo igual de mal nuestra relación si me caso ahora o el año que viene. No habrá boda hasta que esta guerra termine y no hay más que hablar.

Helen, airada, claudicó en su intento de convencer a su hijo de celebrar una boda de forma

inmediata y siguió comiendo para mi alivio, pues una cosa era fingir que estaba prometida y otra muy distinta casarme realmente con él.

Cuando terminamos de cenar volvimos a la habitación. Peter se disculpó por lo sucedido en el comedor y yo traté de quitarle importancia ya que me resultaba incómodo seguir hablando de aquel tema. Mientras le daba de comer a Ian, él se percató del libro que descansaba sobre mi mesilla.

—Con que te gusta la poesía. —me dijo haciendo referencia a la obra de Walt Whitman.

—Bueno, con algo tenía que entretenerme. —le respondí. —¿Tú lo has leído?

—Lo cierto es que leer nunca ha sido mi fuerte.

Tras unos segundos de silencio y tras comprobar que Peter se mostraba cercano en todo momento con nosotros decidí abusar una vez más de su bondad para pedirle un último favor.

—Empiezo a tener miedo cada vez que dices que necesitas mi ayuda. —bromeó.

Yo sonreí apurada.

—No voy a pedirte que secuestres a Hitler ni nada por el estilo, si es lo que te preocupa —contesté tratando de quitarle hierro al asunto.

—Vaya, eso supone un gran alivio.

Ambos nos reímos y entonces él me animó a que le contara lo que me estaba rondando por la cabeza.

—Se trata de alguien a quien conocí hace unos días, el señor Wolf y los hermanos Meyer. Fueron las personas que me acogieron en la casa antes de que las SS entraran y les arrestaran. Estoy preocupada por ellos y pensé que igual tú podías saber algo.

—Me temo que no, Elisabeth.

Suspiré abatida mientras recostaba a Ian sobre la cama.

—¿Puedo saber de qué se les acusa?

Le hablé sobre la biblioteca de libros prohibidos de Raymond y sobre cómo Fabian y Gustav llegaron hasta su casa tras matar accidentalmente a un policía que trataba de abusar de una chica. Le aseguré que los tres eran buenas personas a pesar de sus culpas y que no suponían un peligro para nadie, y le hice saber cuánto bien me habían hecho sus compañías los días anteriores. Peter escuchó atentamente mi explicación y debió creerla porque se comprometió a informarse sobre el paradero de mis amigos.

La noticia apenas tardó tres en día llegar. Peter regresó del trabajo cuando yo andaba bañando a Ian. Él se acercó a nosotros y se arrodilló junto a mí para jugar con mi sobrino salpicándole con el agua a lo que él respondía con una dulce sonrisa. Era solo un bebé, pero parecía darse cuenta de todo lo que sucedía a su alrededor. Notaba cuando alguien jugaba con él de la misma forma que sabía que su madre ya no estaba. A pesar de su buen comportamiento, extrañaba a Grace y eso era algo que no podría evitar porque hasta yo misma la echaba de menos. Además, estaba dispuesta a cuidar de Ian tan bien como lo habría hecho ella pero jamás tuve intención de sustituirla.

Cuando lo saqué del baño, Peter se ofreció a ayudarme y cogió a Ian en brazos para ponerle su ropa. Durante todo ese rato su comportamiento y su forma de mirarme y de hablar me parecieron extrañas, y decidí preguntarle entonces qué le ocurría. Temí que fuera a echarnos de la casa o que alguien nos hubiese descubierto pero el negó cada uno de mis terribles pensamientos.

—Tengo noticias sobre el señor Wolf y compañía. —me confesó finalmente.

Mi respiración se entrecortó al mismo tiempo que los latidos de mi corazón aumentaban su velocidad. Dejé a Ian sobre la cama y me puse frente a él, cara a cara.

—¿Qué ha pasado? —logré preguntar con desasosiego.

Peter hizo una pausa y me apartó la vista antes de contestar.

—A Raymond Wolf se lo llevaron hace dos días a Berlín para juzgarlo y lo más seguro es que lo condenen allí mismo. Ha desafiado uno de los mandatos de Hitler y no lo dejarán ir así sin más.

Raymond siempre supo que iba morir y jamás le importó. Decidió disfrutar de la vida y hacer lo que más le gustaba a cualquier precio, y ayudó a personas, como yo, cuando estaban desamparadas. Sin duda, un ejemplo de valentía en todos sus sentidos.

Sentí como una lágrima estaba a punto de caer por mi mejilla pero traté de contenerla.

—¿Y los hermanos Meyer? —continué interrogándole con entereza.

—Fabian y Gustav serán fusilados esta medianoche en el cuartel de las SS. Saben lo del policía asesinado.

Me llevé, con un gesto impulsivo, las manos a la boca y tuve que hacer un gran esfuerzo por seguir respirando.

—¡Tienes que hacer algo! ¡Fue un accidente! —exclamé alterada.

—No puedo hacer nada, Elisabeth, lo siento.

—Quiero verlos. Necesito hablar con ellos. —continué diciendo mientras me encaminaba hacia la puerta invadida por los nervios como nunca antes lo había estado.

—Elisabeth, tranquilízate. —me dijo con suavidad agarrándome para que frenara.

Entonces comencé a llorar.

—La dejé morir... —reconocí por fin, en voz alta, entre sollozos.

Peter me miró desconcertado.

—Mi hermana murió por mi culpa y ahora también lo harán ellos.

La culpa brotó desde lo más profundo de mi alma con aquella noticia. Desde que llegué a Alemania, todas las personas que me habían importado habían acabado frente a un fusil y el nudo en la garganta que llevaba arrastrando desde aquella fatídica tarde se deshizo aquella noche, en aquel instante.

Peter no dijo nada. Supongo que era consciente de que por más que intentara consolarme no había nada que pudiera perdonar o justificar aquellas muertes.

Aquella fue la primera vez que él me vio llorar. La segunda y última sería más adelante, en un futuro no muy lejano, y en la que también temería por otras tres vidas, incluida la mía.



## CAPÍTULO 9

Los días transcurrían entre silencios y melodías de jazz, como si el mero hecho de canturrearlas me asegurara que había algo que merecía la pena en aquel mundo de guerras y sufrimientos.

Soñé tantas veces con formar una familia, amar y sentirme amada por alguien y vivir rodeada de amigos con los que compartir los distintos momentos de la vida, que aquella situación me trastocaba y me hacía casi imposible fingir una felicidad que en el pasado había deseado pero que en aquel momento no sabía interpretar. Estaba metida en un personaje que me venía grande, convertida en madre y esposa de la noche a la mañana, algo difícil de asimilar para alguien que no lo esperaba hasta hace apenas unos días.

Peter se esforzaba por hacerme sentir cómoda en aquella casa. Siempre valoré y agradecí sus buenas intenciones pero ninguna palabra suya podía mitigar mis deseos de volver a mi hogar, junto a mi verdadera familia. Les extrañaba. Extrañaba el amor y el apoyo que solo unos padres te pueden dar, pero aún más extrañaba el poder desahogarme con alguien que fuera capaz de sentir algo similar a lo que yo estaba viviendo.

Una tarde, me dirigí hacia la percha donde tenía colgado el abrigo y extraje de él el libro de Karl Marx. Necesitaba cerrar aquella herida para poder continuar, y lo que era más importante aún, acabar con la única prueba que podría llevarnos ante las SS si aquello llegaba a sus manos.

Cogí unas cerillas y fui arrancando páginas para prenderlas. Dejé las hojas en el cubo y observé como el fuego las convertía en ceniza.

La muerte de Fabian, Gustav y Raymond me había despojado del poco optimismo que aún conservaba y era consciente de la gravedad que eso conllevaba en mi situación, por eso meforcé por olvidar y limitarme a cumplir la promesa que me tenía atrapada en aquella ciudad del norte de Alemania.

Para mi suerte, el domingo por la tarde llegó un poco de aire fresco a la familia. La hermana de Peter venía cada domingo a cenar a casa junto a su marido y sus dos hijos, Adam y Daniel, de seis y dos años respectivamente.

Cuando llegaron, observé sus caras de desconcierto al verme allí plantada en el salón de la casa, junto a Peter. Estaba nerviosa por aquella visita pues tenía miedo de que mi supuesta cuñada no supiera encajar tampoco la idea de que fuera la prometida de su hermano bajo la etiqueta que me habían puesto de inglesa, judía y amancebada.

Pero Berta resultó ser todo lo contrario a sus padres. Al principio, la confusión se adueñó de ellos. Peter trató de actuar con naturalidad como si el hecho de comunicar inesperadamente a su propia familia que el hijo que yo sostenía entre mis brazos era también suyo fuese lo más normal del mundo.

—Vaya, qué buena noticia, Peter —dijo finalmente Hans, el marido de Berta, con una fingida sonrisa.

—Oye, Hans, será mejor que vayas a saludar a mi madre; lleva un rato esperándote para mostrarte el *Kaiserschmarrn*<sup>[4]</sup> que ha hecho para ti. —le indicó Peter tratando de quedarse a solas con su hermana mayor.

No supe hasta más adelante el contenido de aquella conversación que ambos mantuvieron minutos antes de sentarnos a cenar, pero desde ese momento, Berta me acogió en la familia como a

una más y se mostró cercana a mí en todo momento.

Al principio de la velada, la tensión envolvió la mesa. Aproveché el silencio que se había instaurado para observar a mi nueva familia al completo allí reunida.

Me sorprendió lo poco que Berta se parecía a su hermano físicamente. Era rubia, con la piel muy blanca y las mejillas sonrosadas, de baja estatura y delgada teniendo en cuenta su avanzado embarazo; en cambio, Peter era alto, un poco más moreno que ella, de ojos verdes y mirada intensa.

Por lo que Peter me contó, Hans, un hombre alto y delgaducho, era médico en el hospital de la ciudad. Llevaban una vida bastante acomodada y vivían a unas manzanas de allí, viendo crecer felizmente a sus hijos.

Durante la velada, el silencio, que ya parecía ser un miembro más en aquella casa, se había instalado por completo sobre nosotros. Fue Berta la que lo rompió comenzando a charlar sobre diversos asuntos que no eran demasiados relevantes hasta acabar preguntando distintos aspectos sobre mí, siempre con su característica y envidiable actitud, alegre y jovial.

—¿De qué parte de Inglaterra eres? —inquirió antes de meterse el tenedor en la boca.

—De Bradford, del condado de Yorkshire.

—¿Está cerca del mar? —intervino Hans.

—Me temo que no. —respondí con una tímida sonrisa.

—Debe resultarte muy distinto a todo esto, ¿no es cierto?

—Bueno, mi madre es alemana, así que mi hermana y yo hemos crecido siempre entre ambas culturas.

—No lo sabía. —dijo Peter con gran interés. —Eso explica tu excelente nivel de alemán, supongo.

Yo asentí con la cabeza orgullosa de que las clases intensivas de dicho idioma a las que mi madre nos sometió desde pequeñas hubiesen surtido efecto.

—¿Y has heredado de tu madre la religión judía también? —indagó Helen con retintín.

Miré a Peter sin saber que decir y él, con aparente paciencia y serenidad, contestó por mí.

—Que su madre sea judía no implica que Elisabeth también lo sea, madre.

—Fuiste tú el que dijo que lo era.

—Dije muchas cosas, madre, pero usted ni siquiera se ha molestado en intentar conocerla un poco más, porque si lo hubiese hecho se habría dado cuenta de la medalla de la virgen que cuelga de su cuello.

La mesa entera volvió a callarse expectante de cómo se desarrollarían los hechos después de aquel enfrentamiento. Yo me llevé la mano al pecho en busca del colgante que Peter había mencionado y lo agarré con fuerza.

—¿Por qué no tomamos el postre? Llevo toda la cena deseando que llegara el momento de probar esos *Kaiserschmarrn*. —dijo Hans tratando de romper el hielo.

—Me parece una idea brillante, iré a por él. —dijo Berta levantándose de la silla. —¿Me acompañas, Elisabeth?

La seguí hasta la cocina y la ayudé a servir el postre en cada plato.

—Me ha dicho Peter que no tienes muchas cosas para ese niño vuestro. —me comentó quitándole importancia a lo que acaba de ocurrir en el comedor.

—Lo cierto es que no.

—Mañana le diré a Hans que os acerque una cuna, un carricoche y algo de ropa. Mis dos niños ya son más mayores y hasta dentro de dos meses que nazca la otra criatura no me hará falta. —me indicó acariciándose el vientre.

—Gracias, Berta.

—Los agradecimientos guárdatelos para cuando mi madre te acepte por fin en la familia, porque será un momento único —bromeó.

Ambas comenzamos a reírnos y regresamos al comedor junto al resto.

Pude probar por fin aquel postre y entendí el interés que Hans había mostrado hacia ellos desde que llegaron a la casa. Los *Kaiserschmarrn* eran *pancakes* con uvas pasas, manzanas y almendras, cubierto de azúcar y acompañado de mermelada.

—Están deliciosos. —dije tratando de ser cortés.

—Apuesto a que no conoces su origen.

—No le hagas caso Elisabeth, mi marido es un amante de las historias. —intervino Berta.

—De la Historia. —le corrigió levantando el dedo índice. —No es lo mismo.

—Estoy deseando saber de dónde vienen estos *pancakes*. —le animé divertida.

—Se dice que la mujer del emperador Francisco José I mandó a sus cocineros preparar un postre que no engordara demasiado; al ver el postre, dijo que era excesivo y fue su marido el que se acabó comiendo todo.

—Intuyo que le gustó.

—Mucho. —concluyó divertido.

El resto de la velada transcurrió sin más percances. Como Daniel y Adam estaban cansados la familia no tardó en regresar a casa dejándonos de nuevo en la monotonía y el silencio.

Había sido una noche agradable, a pesar de la tensión vivida en un determinado momento con Helen.

Aquella noche fue un chute de energía; sin embargo, vivir encerrada entre las paredes de una casa tanto tiempo es agotador, por muy sorprendente que parezca. Cuando estaba en Bradford, deseé en muchas ocasiones tener tiempo para descansar y poder estar unos días en mi habitación, tumbada en la cama y leyendo un buen libro, y ahora que tenía la oportunidad de hacerlo, quería todo lo contrario.

Una tarde en la que Peter regresó de trabajar, aproveché para darme un buen baño mientras él cuidaba de Ian. Cuando salí tuve la suerte de contemplar una de las escenas que con más cariño recuerdo a día de hoy; vi a Peter y a Ian reír y jugar con tanta ilusión que por un momento llegó a parecer que la mentira que habíamos preparado era totalmente cierta.

Peter se percató de mi presencia y me miró. Yo sonreí y él hizo lo mismo.

—¿Qué le ocurrió a Ian en el cuello? Nunca te lo he preguntado.

—No lo sé, parece una quemadura. Ya la tenía cuando le conocí.

Él asintió pensativo.

—Ojalá Grace pudiera ver lo feliz que es este niño. —me dijo. —Te estaría muy agradecida por ello.

—Y a ti también. Sin tu ayuda probablemente su sonrisa no habría durado mucho. Además, está claro que Ian te adora. ¿Te han dicho alguna vez que se te dan bien los niños? —bromeé.

—Mi hermana me lo repite a menudo. —se rió. —Una pena que no sea igual con las mujeres.

Yo fruncí el ceño desconcertada por su comentario.

—Está claro que tú no estás bien. —aclaró incorporándose de la cama.

—Eso no es cierto. —traté de disimular.

—Elisabeth...

Giré la cabeza un tanto molesta; ¿por qué Peter tenía que ser tan observador? Mantenerme fuerte ante todos me ayudaba a sobrevivir allí, no quería que nadie pudiese ver cómo mis propios cimientos se tambaleaban.

—Estoy bien. —insistí. —Es sólo que estar encerrada aquí dentro me desespera.

—¿Cuánto hace que no sales a la calle?

—Ocho días, y a este paso, podré especificarte las horas, los minutos y los segundos porque voy a volverme loca.

—Ya veo.

Tras varios segundos de silencio en los que Peter parecía estar reflexionando sobre algo, éste se levantó con Ian en brazos y salió hacia el salón.

—Madre, ¿le importa quedarse con Ian? Elisabeth y yo vamos a salir a pasear.

Helen, sin decir nada y sin hacer ningún gesto, cogió a mi sobrino.

—Te espero abajo. —me indicó dirigiéndose a la puerta.

Corrí a cambiarme y me puse el único vestido que aún conservaba, el azul marino de mangas largas cogidas a las muñecas. Saqué el abrigo del armario y me encaminé hacia la salida con cierta ilusión.

Bajé los escalones de la entrada y me detuve a respirar el aire puro de la noche.

—¿Mejor? —me dijo Peter sorprendiéndome por la espalda.

—Mucho. —sonreí.

—¿Te apetece dar un paseo por la ciudad?

Asentí con la cabeza y comenzamos a caminar hacia el centro. Peter se convirtió, entonces, en el mejor de los guías, porque además de mostrarme cada uno de los rincones de Lübeck me hizo disfrutar de aquella noche como si hubiese estado encerrada en una prisión durante años sin poder ni siquiera mirar las estrellas.

Recorrimos las calles para ver la catedral y el ayuntamiento, en el que según me explicó se establecía un mercado por las mañanas donde la gente acudía a comprar la comida. Luego llegamos hasta la Iglesia de Santa María, una basílica de dos torres acabadas en piñones triangulares que representaba perfectamente al arte gótico y cuya altura era superior al resto de edificios de la ciudad. Dicha iglesia era uno de los principales símbolos de Lübeck, llegando a ser incluso más importante que la propia catedral.

Me quedé un instante contemplando su majestuosidad hasta que Peter me sacó de mi ensimismamiento llevándome a un lado de la iglesia donde la estatua de un diablillo reposaba sobre un muro de piedra.

—Intuyo que te gustan las historias así que voy a contarte una. —Me dijo sentándose al lado de la figura e indicándome que hiciera lo mismo. —Dicen que cuando esta iglesia se mandó levantar, el diablo creyó que lo que se pretendía construir era, en realidad, una taberna, un lugar donde la gente mostraba su lado más vicioso, así que atraído por esta idea, ayudó a los ciudadanos de Lübeck a construir rápidamente dicha iglesia. Pero cuando el diablo descubrió que aquello era un templo dedicado a la Virgen María decidió destruirla con el mazo de piedra sobre el que estamos sentados ahora mismo. No llegó a derribarla porque las gentes de la ciudad pactaron con él que se construiría también una taberna dedicada al demonio en esta misma calle.

Yo sonreí y él hizo lo mismo.

—A veces pienso que ese demonio no quedó muy satisfecho con el trato— añadió al final casi a modo de reflexión.

Yo le miré desconcertada.

—La gente porfía en continuar con las guerras y en hacer daño, se mueven por la avaricia y por su estúpido egoísmo.

—Supongo que todos tenemos un demonio dentro. —respondí.

—Sí, pero hay gente que no se molesta en apartarlo.

Aquella meditación se quedó flotando en el aire unos minutos más hasta que al final Peter se incorporó y me tendió la mano.

—Miss Connor, me gustaría mostrarle un último lugar. —me dijo con un divertido acento inglés.

Yo le seguí por aquellas oscuras calles hasta detenernos en una bonita casa de fachada blanca que destacaba sobre el resto.

—¿Sabes quién es Thomas Mann?

Yo asentí con la cabeza recordando el día en el que llegué a la casa del señor Raymond y me pilló observando uno de los libros de dicho autor.

—Aquí es donde vivía con su familia antes de la guerra. Marcharon al exilio cuando ésta comenzó. —hizo una pausa— Pero no es aquí a donde quería llevarte.

Continué caminando hasta acabar junto al Trave, uno de los ríos que rodeaba la ciudad. Ya había tenido ocasión de verlo anteriormente cuando llegué a la ciudad pero, como me pasó con muchas otras cosas, hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo bonito que era. Las farolas lo iluminaban y reflejaban en el agua las fachadas de ladrillos característicos de la ciudad dejando una maravillosa estampa ante nuestros ojos.

—Es una ciudad preciosa. —reconocí finalmente aspirando el aire fresco de la noche.

En nuestro regreso a casa ninguno de los dos habló como si temiéramos que al romper el silencio toda la paz que se respiraba se desvaneciera con las palabras.

Al entrar, observamos cómo Helen mecía con ternura a Ian entre sus brazos. Sin duda, la imagen de aquella mujer en aquel instante se alejaba de la persona fría que conocía. Peter me miró incluso más sorprendido que yo y se quedó plantado junto a la puerta. Cuando su madre se percató de nuestra presencia, reaccionó y se acercó a mí rápidamente para entregarme a mi sobrino con total brusquedad.

—Menos mal que habéis llegado. Estaba llorando y temí que despertara a los vecinos.

Diciendo esto regresó a su habitación y se encerró dejándonos allí.

Entonces Peter se rió ante el estúpido intento de su madre de disimular que no sentía ningún tipo de afecto hacia aquel bebé. Yo le rogué, tratando de contener mi propia risa también, que bajara la voz. Suficiente tenía con que aquella mujer me odiara como para que pensara, además, que estaba tratando de herir su propio orgullo.

Volvimos a la habitación y acostamos a Ian en la cuna que Hans nos había traído el día anterior tal y como la hermana de Peter nos había prometido.

Aquella noche le propuse compartir la misma cama. Mi sobrino ya no dormía conmigo y era una estupidez que Peter siguiese durmiendo en aquel incómodo sofá mucho más tiempo. A pesar de todo, la idea me incomodaba y las primeras noches tuve que hacer un gran esfuerzo para evitar que se notara; pero finalmente entendí que si ninguno de los dos le daba importancia a aquella situación no tendría por qué tenerla.

A la mañana siguiente una inesperada visita nos sorprendió mientras desayunábamos. Berta llegó dispuesta a que le acompañara a hacer las compras. Ella necesitaba ayuda por su avanzado embarazo y yo necesitaba la compañía de alguien que no fuera la de su madre (tal y como ella me hizo ver). Al parecer, Peter le había hablado de lo sola que me sentía encerrada en aquel lugar día tras día.

Insistió en que Ian viniera con nosotros pues a él también le vendría bien sentir un poco de aire fresco en su pequeño rostro.

Berta me llevó de compras a las tiendas más sofisticadas de Lübeck, argumentando que la prometida de un militar no podía lucir siempre el mismo vestido. Con aquella excusa me instó a

que comprara varios modelos de ropa sin tan siquiera darme tiempo a rechistar. Luego fuimos al mercado por el que la noche anterior habíamos paseado Peter y yo y que se encontraba junto al ayuntamiento. Con la luz del día se apreciaba mejor la belleza de aquel edificio de ladrillo negro que contrastaba con el rojo del resto de la ciudad. Aquello era muestra del esplendor que Lübeck había alcanzado siglos atrás y que todavía podía observarse.

Antes de regresar a casa, fuimos a ver a Peter al cuartel. Berta tenía que entregarle algo que su marido le había dado para él así que fuimos hasta allí.

Fue un momento incómodo al principio. Berta saludó a su hermano con un sincero abrazo pero nosotros no sabíamos qué actitud mostrar en aquella situación. Finalmente, Peter optó por un cordial saludo que nos situara en un término medio entre la mentira y la verdad. A continuación se acercó a Ian y lo cogió en brazos con delicadeza mientras le daba un beso en la frente.

—Hola pequeñín. —le susurró.

Berta me miró con perspicacia y luego pasó a contarle todo lo que habíamos estado haciendo aquella mañana sin olvidar mencionar mis nuevas adquisiciones. Peter y yo sonreímos por la actitud de Berta. Era una mujer activa, alegre y charlatana y su forma de hablar era clara y directa.

Su compañía llenó de vida aquellos difíciles días. Se convirtió en una amiga en la que poder confiar y a quien acudir cuando algo me perturbaba. Me ayudó a cuidar de Ian mientras yo la acompañaba en sus últimos meses de embarazo. Pasar juntas aquellos momentos fue una de las cosas que con más cariño recuerdo de aquellos meses en Alemania.

Pese a todo, mi estancia allí se estaba prolongando más de lo que hubiera esperado. Peter seguía buscando la forma de llevarnos a Ian y a mí de vuelta a Inglaterra pero aún no tenía nada certero. Comencé a cansarme de la monotonía de los días, sin nada de provecho en lo que dedicar mi tiempo, un tiempo que antaño había valorado mucho y que trataba de aprovechar al máximo cada día con un sin fin de tareas. Traté de no pensar en ello y dedicarme enteramente a cuidar de mi sobrino y a procurar que no le faltara nada. Con las mismas, recordé el plan que había elaborado semanas atrás para entrar en la pensión de Petra y encontrar información sobre el paradero de Anna y Johanna Meyer. Decidí entonces intentar encontrarla para rogarle que me ayudara a localizar al padre de Ian. Además, necesitaba decirle que el que fuera su marido había sido ejecutado días atrás y que aunque no pude acompañarle en aquel trance estaba convencida de que sus últimos pensamientos fueron para ella y para su hija. Quizás no quería oírlo pero sentía que se lo debía a Fabian; por todo lo que habíamos pasado, por todo lo que le había ocurrido.

Berta propuso enviar una carta al cuartel de Dresde. No tenía intención de hablar con el padre de Anna, pero quizás él podría darnos indicaciones de dónde se encontraban. Aquella misma tarde, le escribí. Desconocíamos su apellido pues el único que sabíamos era el apellido de casada de Anna, así que no pudimos poner a ningún destinatario. Nuestra única esperanza era que la persona que leyese la carta la entregase a su verdadero receptor y éste nos contestase pronto.

## CAPÍTULO 10

Ian y yo nos entendíamos perfectamente. Extrañábamos a Grace, cada uno a su manera, pero aquello me hacía sentir más unida a él y a día de hoy puedo asegurar que fue eso lo que me permitió superar su muerte. Aquel niño fue mi salvación como yo, junto con Peter y su familia, lo fuimos para él.

La relación con mis atribuidos suegros no cambió mucho. Me había acostumbrado a ser invisible para ellos y eso permitía que en aquella casa siguiese reinando la paz; pero no me gusta abandonar las oportunidades cuando se me presentan y más cuando sé que nada tengo que perder, por eso, cuando Bernard regresó aquella noche a casa con un humor de perros me alegré de su mala suerte.

El contable de su astillero había abandonado su puesto de trabajo para alistarse en el ejército y luchar en las líneas alemanas. Sin una persona que registrara todas las operaciones que se producían diariamente, Bernard fue consciente de que no podía llegar lejos y su principal objetivo en aquel momento era encontrar a un contable con urgencia.

Permanecemos callados en la mesa mientras él se desahogaba con nosotros durante varios minutos hasta acabar con un largo suspiro que puso fin a su monólogo.

—Bueno, descuide, seguro que encuentra a alguien pronto. En tiempos de guerra, todo el mundo desea un trabajo con el que sacar a su familia adelante. —trató de tranquilizarle su hijo, aunque sin éxito.

—Puedo ayudarle si quiere. —me atreví a decir, con más miedo que vergüenza. —Hasta que encuentre a un contable. —aclaré.

Todos dejaron de cenar y me miraron con sorpresa.

—¿Te ríes de nosotros? —me achacó Helen con enojo.

—A mí me parece buena idea. —intervino Peter con una sonrisa de complicidad.

—Deja de decir estupideces, Peter. Dónde se ha visto que una mujer trabaje fuera del hogar. Su obligación está aquí, en casa, con su hijo. *Kinder, Küche, Kirche*.

*Kinder, Küche, Kirche* fue un lema usado en Alemania para describir el rol de las mujeres en la sociedad, cuyo papel se basaba en los hijos, la cocina y la iglesia.

Había visto varios folletos propagandísticos por las calles que mostraban dicho eslogan desde que llegué al país y me llamó la atención porque en comparación con Inglaterra, aquel lugar parecía estar más atrasado socialmente.

—En Gran Bretaña, las mujeres ocupan todo tipo de puestos de trabajo durante la guerra. — continué diciendo, ahora con más seguridad sabiendo que contaba con el apoyo de Peter. — Incluso hay muchas que se han alistado en el ejército, han aprendido a usar armas y participan en la defensa del país. La mismísima princesa Elisabeth es subalterna segunda en el Servicio Territorial Auxiliar de Mujeres.

—*Gott steh' mir bei!* —exclamó Helen visiblemente sorprendida. —¡Válgame Dios!

Yo sonreí satisfecha por haber llamado la atención de los padres de Peter por primera vez desde que llegué a aquella casa.

—¿Tú trabajabas? —me preguntó Bernard.

—En la fábrica textil de mi padre. —corroboré. —Producimos estameña, un tipo de lana con el que se fabrican abrigos, aunque con la guerra, muchas de nuestras producciones van también

destinadas al ejército británico, usted lo sabrá mejor que nadie.

El silencio apareció durante un instante hasta que Peter, con resolución, volvió a insistir para que me dejara ayudar en el astillero.

Pese a la oposición de Helen que no cesaba en su intento de buscar excusas que apoyaran su argumento de que debía quedarme en casa y de que aquel trabajo no era para mí, Bernard decidió darme una oportunidad, por lo menos hasta que encontrara un nuevo contable.

Aquella noche, Berta y su familia pasaron por casa antes de regresar a la suya. Mientras Peter jugaba con sus sobrinos yo le conté a su hermana el motivo por el que ya no podría acompañarla por las mañanas a hacer las compras. Ella se quedó atónita; jamás imaginó que sus padres, de mentalidad conservadora, accedieran a algo así.

—Tienes ropa adecuada para ir a trabajar, ¿verdad? —me susurró entusiasmada. —En este mundo de hombres es importante hacerse respetar y la imagen de una persona dice mucho de ella.

—Descuida. —la tranquilicé.

Ella sonrió.

—Demuéstrale a esa panda de mojigatos lo que vale una mujer.



## CAPÍTULO 11

Nunca imaginé que estaría tan nerviosa en una situación así como lo estuve aquella mañana.

Berta vino temprano para llevarse a Ian pues creyó que sería lo más conveniente teniendo en cuenta lo poco satisfecha que Helen estaba con aquello, y allí aprovechó para pasar revista a mi vestimenta de trabajadora. Tal y como me aconsejó me puse el traje de falda y chaqueta rojo con una blusa blanca. Me acomodé el pelo y me maquillé sutilmente dando un poco de color a mis mejillas y carmín a mis labios.

Peter nos acompañó aquel día hasta el astillero pues no quería dejarme sola en semejante tesitura; un favor más para sumar a la lista de todos los que le debía.

El lugar de trabajo de Bernard estaba más lejos de lo que yo había imaginado y la forma más práctica y rápida de llegar hasta allí era utilizando el automóvil. Peter condujo el Mercedes-Benz 130 de color negro de su padre hasta llegar a nuestro destino y una vez allí se despidió de nosotros antes de marchar al cuartel.

—*Good luck, miss Elisabeth!* —me dijo Peter cuando llegamos con una sonrisa divertida. — Buena suerte.

En aquel momento me vi tentada a regresar a casa con la tediosa compañía de Helen; renunciar a aquel puesto provisional que yo misma había pedido y regresar a mi zona de *comfort*; pero no lo hice. Quería hacer aquello, necesitaba sentirme útil y tener mi cabeza ocupada en algo, así que respiré profundamente un par de veces y seguí a Bernard hasta las profundidades del astillero *Hermann Werft*. Jamás había visto ninguno y me impresionó mucho puesto que la idea que tenía en mi mente era completamente distinta a la que mis ojos veían.

Decenas de trabajadores se hallaban enfrascados en diversas tareas en barcos de distintas dimensiones que descansaban en el muelle. Nuestro alrededor estaba repleto de máquinas, herramientas y materiales que se utilizaban para la construcción y reparación de embarcaciones y el ruido formaba parte de aquel chocante escenario que combinaba lo artificial con la belleza del agua donde se reflejaban los barcos del puerto.

Tampoco me pasaron desapercibidas las miradas curiosas de los que me observaban con sorpresa; apuesto a que ninguno de ellos pensó, al levantarse aquella mañana, que se encontrarían a una mujer trabajando junto a ellos. Bernard también se percató de esto y a más de uno riñó para que regresara a su puesto y dejara de fisgonear.

Aquel primer día, el astillero me pareció interminable. Es increíble la cantidad de familias que, gracias a aquel lugar, podían vivir de él. No pude dejar de observar cada detalle que componía aquel sitio y por supuesto no habría podido pasar desapercibido el impresionante submarino que tenía frente a mí.

La empresa de mi atribuido suegro era la única empresa de Lübeck que construía barcos para la *Kriegsmarine*<sup>[5]</sup>. Aquel fue construido en 1937 pero había sido devuelto para una reparación a su lugar de origen. Me detuve a contemplarlo y Bernard hizo lo mismo.

—¿Habías visto algún submarino antes? —me preguntó.

Yo negué con la cabeza y el retomó la marcha sin decir nada más.

Me llevó entonces a un edificio donde tenían situadas las oficinas de *Hermann Werft*. Había varias mesas dispuestas unas frente a otras, en dos filas y separadas por un pasillo que llevaba al despacho del gerente, Bernard Hoffman. En ellas, tres empleados trabajaban intensamente poniendo los cinco sentidos en un sin fin de papeles que tenían amontonados sobre sus escritorios.

Bernard me llevó hasta la única mesa que quedaba libre y que a partir de aquel momento sería la mía. Me explicó brevemente el funcionamiento de su empresa, los principales clientes y proveedores y la función exacta que yo tendría que desempeñar, dejándome sola allí, en mi nuevo puesto.

El día se me pasó relativamente rápido, estaba tan enfrascada en organizar todos los documentos y poner al día la contabilidad que el anterior trabajador había dejado a medias que ni siquiera me percaté de que había llegado la hora del almuerzo.

—*Fräulein* —me llamó el hombre que estaba sentado en el pupitre de al lado. —Señorita.

Yo alcé la vista por primera vez desde que me senté en aquella silla y pude comprobar cómo algunos de los que estaban allí me miraban atentamente.

—No pretenderá usted sola sacar adelante esta empresa, ¿verdad? — continuó diciendo. — Descanse un poco y coma algo.

Yo sonreí con timidez mientras soltaba el lápiz que sostenía entre mis dedos.

—Tiene razón, ni siquiera me había percatado de la hora. —le respondí.

Él aproximó su silla hasta mí y me tendió la mano para presentarse.

—Derek Fischer.

—Elisabeth Connor. —le correspondí. —¿Tan raro es que alguien se olvide de almorzar? La gente no para de mirar. —bromeé.

—Sí que es raro sí; pero más raro es ver a una mujer ocupando un puesto como el suyo. —me dijo con desparpajo.

—¿Tiene algo de malo? —inquirí con aparente ingenuidad.

—En absoluto. Verdaderamente la admiro.

—Gracias.

Nuestra distraída conversación se vio interrumpida por la llegada de Bernard quien no vio con buenos ojos nuestra incipiente amistad y trató de cortarla inmediatamente.

—Señor Fischer, deje a la señorita en paz.

—Disculpe, señor Hoffman. —contestó mientras regresaba a su mesa.

—Aquí venimos a trabajar, no a andar detrás de las faldas de una mujer, ¿entendido?

Observé cómo Derek asentía con la cabeza antes de retomar su trabajo, repeinándose el pelo castaño hacia atrás con las manos y colocando su chaqueta con gracia antes de sentarse de nuevo.

Cuando Bernard se fue, el joven Fischer volvió a hablarme con disimulo sin levantar la cabeza del papel.

—Pues sí que debe ser usted un genio para que este hombre la proteja de tal forma.

No pude evitar reírme ante su comentario.

—Me alegra saber que es eso lo que piensas y no que me protege por ser mujer. —le respondí obviando los verdaderos motivos que tenía Bernard para actuar de tal forma.

Aquel fue el inicio de una divertida amistad que me devolvió una verdad que una de las personas más importantes de mi vida porfió en ocultarme.

Mientras tanto, yo veía en Derek Fischer al joven lleno de vitalidad que había perdido la vida frente a un pelotón de fusilamiento, mi querido amigo Fabian. La forma de ver y entender la vida de ambos era fascinante y admirable.

Le hablé de él a Peter en varias ocasiones y él me escuchaba con atención y una media sonrisa que indicaba lo satisfecho que estaba al verme sonreír por fin.

Sin embargo, cuando todo parecía encauzarse, surgió un percance que todos temíamos que ocurriese tarde o temprano.

El domingo por la mañana acudimos a la iglesia de Santa María para oír la misa. Allí nos

encontramos con Berta y su familia y permanecemos junto a ellos durante toda la eucaristía.

Al término de esta, cuando nos disponíamos a salir para regresar a casa donde comeríamos reunidos como cada semana, el comentario de un grupo de mujeres que cuchicheaban a nuestro alrededor nos hizo detenernos antes de cruzar la puerta. Lo más odioso de vivir en una ciudad como aquella es que todo el mundo te conoce y se cree con derecho a entrometerse en tu vida.

—Ignóralas. —me susurró Peter agarrándome del brazo con delicadeza.

Traté de seguir su consejo, pero oír mi nombre una y otra vez me sacaba de mis casillas, ¿cómo podrían saber cómo me llamaba?

Empujé el carricoche en el que llevaba a Ian dispuesta a ignorar aquella incómoda situación; pero entonces, una de las mujeres volvió a arremeter contra nosotros:

—Mírala, paseando a esa criatura por aquí como si estuviera orgullosa de ello. Será descarada.

—La culpa aquí la tienen los señores Hoffman. Si mi hijo se presentara con su amante jamás les dejaría vivir amancebados bajo mi techo. ¡Qué vergüenza! —repuso la otra.

Cerré los ojos y respiré profundamente antes de girarme.

—Oiga, señora, usted puede decir lo que quiera de mí, pero no consentiré que diga una palabra más de cualquiera de mi familia, ¿me ha oído? Yo seré todo lo que han dicho pero ustedes están a criticando a gente que no conoce, no sé quien es más indigna.

—Déjalas, Elisabeth. Seguro que ellas son unas ciudadanas ejemplares. —intervino Berta con sarcasmo. —Hipócritas.

Nos fuimos de allí dejando a aquellas mujeres con la palabra en la boca. Me sentía tan enfurecida que yo misma habría podido destrozarse aquella iglesia sin la ayuda de ningún demonio tal y como rezaba en la leyenda de la ciudad.

—*Wo der Zaun am niedrigsten ist, da steigt man über.* —me dijo Hans. —A palabras necias, oídos sordos.

Asentí con la cabeza y me encaminé con paso firme hasta la casa, seguida por el resto de la familia, quienes no se atrevieron a decir nada más. Fue Peter el que me frenó antes de entrar para interesarse por mí.

—Todos sabíamos que esto acabaría pasando.

—Lo sé. —me limité a decir queriendo dar por zanjado el tema, entonces él volvió a agarrarme del brazo.

—No me importa lo que digan de mí, Elisabeth. A ninguno de nosotros nos importa, quiero que lo sepas. —me dijo con confianza mirando a su familia quienes, a excepción de Helen que se limitó a bajar la cabeza, asintieron conformes a sus palabras.

—Gracias. —respondí.

A pesar de conocerme poco, todos sabían que no me preocupaba que hablaran de mí, de hecho, hace tiempo que dejó de importarme. Lo único que me inquietaba eran las consecuencias que aquello podría tener para la familia de Peter; sin embargo, me hicieron saber que lo que pensara un grupo de mojigatas no les quitaría el sueño tan fácilmente.

## CAPÍTULO 12

Llegué al astillero y todos me saludaron cordialmente. Parecían haberse acostumbrado a mi presencia allí y sus miradas furtivas habían desaparecido.

—Buenos días, princesa. —me dijo Derek sin levantar la mirada de sus papeles.

Me detuve ante él y lo contemplé desconcertada.

—¿Princesa? —pregunté finalmente.

—¿De qué otra forma, si no, podría referirme a la futura nuera del gran Bernard Hoffman? —inquirió sin ningún ápice de rencor.

—¿Cómo te has enterado?

—Te vi con su hijo en misa, ayer.

—¿Estabas allí?

—Lo creas o no soy un buen cristiano. —bromeó.

—No soy su nuera. —traté de aclarar. —Al menos, no todavía. Peter y yo estamos prometidos.

Él levantó la cabeza por primera vez desde que iniciamos la conversación.

—Ahora entiendo todo el empeño del jefe por protegerte los primeros días. —declaró con una sonrisa burlona. —Pero descuida, princesa, yo sigo pensando que este trabajo es el tuyo.

No pude evitar sonreír y tratando de evitar sus bromas al respecto, le volví la mirada y me dirigí a mi escritorio.

—¿Piensas llamarme princesa siempre? —quise saber antes de dar por zanjado el tema.

—Ya lo creo que sí.

Pasé el resto de la mañana poniendo al día todos los documentos relacionados con las operaciones que se llevaban a cabo en la empresa y tratando de encontrar un error que llevaba arrastrando desde el primer día. Las cuentas no salían y por más que lo revisaba no entendía por qué. Así se lo hice saber a Derek pero él tampoco supo ayudarme. A medio día, en el descanso para el almuerzo, me acerqué a Bernard para explicarle el problema; sin embargo, estaba demasiado ocupado en sus propios asuntos y apenas prestó atención a lo que le estaba intentando explicar, así que le propuse acercarme a la casa del anterior contable para consultarle a su familia o a él mismo si aún continuaba allí, si existía la posibilidad de que algún documento se hubiese quedado olvidado en aquella vivienda.

—No creo que sea buena idea importunarles. Mi anterior contable murió ayer en el frente. Hace apenas unas horas que su hermano me dio la noticia.

Aquella repentina confesión me dejó helada y él debió percatarse de ello puesto que inmediatamente añadió con resignación:

—Murió como él deseaba, defendiendo a su país.

—Supongo que es algo que todos tenemos en común. No importa que seas ruso, inglés, americano o alemán; todos estamos dispuestos a darlo todo por algo en lo que creemos, ¿no es así?

Él asintió.

—Aunque sinceramente espero que el precio a pagar no sea siempre la muerte.

Sabía a qué se refería. Sabía que con aquellas palabras se dirigía a mí y a todo el caos que podría formarse en su familia si las SS descubrían nuestra verdadera situación.

Apenas pude probar bocado aquel día, traté de centrarme en mi trabajo pero aquel error en la contabilidad lo descuadraba todo y me inquietaba que todos pudieran pensar que no estaba a la

altura de lo que se esperaba de mí. No muchas mujeres tenían la oportunidad que a mí me habían brindado y no estaba dispuesta a defraudar a nadie con aquello.

Como si hubiese notado mi desasosiego, Berta se presentó en el astillero acompañada de su marido.

—Hola, Elisabeth. —me dijo dándome un abrazo fugaz. —¿Cómo estás?

—Bien. —titubeé sorprendida. —¿Qué estáis haciendo aquí?

—He aprovechado que Hans tenía la mañana libre para venir a verte. Ha llegado la carta.

Mi corazón se aceleró al oír aquellas palabras, entonces Berta sacó de su bolso el sobre y me lo entregó con el mismo nerviosismo que yo mostraba.

La abrí rápidamente y comencé a leerla palabra por palabra.

—¿Y bien? —preguntó impaciente.

—Es ella, Berta, es Anna Meyer.

—¿La esposa de tu amigo al que fusilaron?

Yo asentí con la cabeza. Berta solo conocía aquella parte de la historia porque en lo referente a Ian no podía contarle nada. Para ella y para toda su familia Peter y yo éramos sus padres, por eso, cuando le pedí ayuda a Berta para mandar la carta lo único que le dije es que buscaba a Anna para darle un último mensaje de parte de Fabian.

—¿Y ahora qué? —quiso saber ella.

El contenido de la carta no mostraba nada relevante. Apuesto a que en aquel momento desconocía con quién se estaba intercambiando correspondencia.

No respondí a la pregunta de Berta pero yo sabía perfectamente lo que iba a hacer a continuación; contestaría a aquella carta. Me presentaría, le narraría lo ocurrido con Fabian y su hermano y le pediría ayuda en la búsqueda del padre de mi sobrino.

Al terminar la jornada, regresé a casa. Ian me esperaba con una de sus encantadoras sonrisas que mostró al verme entrar. Helen lo tenía en brazos y jugueteaba con él cuando llegué. Me tranquilizaba saber que su actitud hacia él había mejorado. Me lo entregó y se marchó a la cocina a disponer todo para la cena. Mientras, aproveché para pasar tiempo con el pequeñín. Desde que empecé a trabajar apenas le veía, salvo en las noches, para darle el biberón de leche y dormirlo. Peter no tardó en llegar y se unió a nosotros, y como cada día, le relaté lo más relevante que había acontecido en el astillero puesto que le divertía que le pusiera al tanto de aquello de lo que su padre nunca le hablaba. No pude obviar el tema del apodo que mi amigo Derek me había puesto al descubrir la relación que me unía con los Hoffman, a lo que Peter respondió con una candorosa carcajada.

Al siguiente domingo, cuando nos dirigíamos a misa, Bernard se situó junto a mí para hablar. Me pidió mi opinión acerca de la situación del astillero y así nos enfrascamos en una conversación que se prolongó durante todo el trayecto.

—Creo que la empresa va bien, Bernard; pero no está al pleno rendimiento de los recursos. Con el saldo actual podría cubrir más puestos de trabajo de los que tiene ahora mismo y considero que aumentaría nuestra productividad. —concluí yo.

—Nada me gustaría más que incrementar la plantilla; sin embargo, la situación que atraviesa el país en estos instantes, me hace difícil encontrar mano de obra. Muchos de los hombres se han marchado a la guerra.

Tras decir esto entramos al interior de la Iglesia dando por zanjado el tema. Me gustó saber que Bernard estaba interesado en mi opinión al respecto y disfruté mucho de aquella charla; aunque a veces pienso que lo que realmente él quería saber era si estaba de verdad preparada para aquel trabajo que se había aventurado a darme.

Observé a las mujeres que el otro día nos insultaban sin reparo y las vi mirar hacia nosotros en repetidas ocasiones pero aquella vez sin decir nada.

Tras acabar la misa, Peter me propuso pasear con Ian para aprovechar el día soleado que hacía.

Realizamos el recorrido que semanas atrás habíamos hecho cuando Peter me enseñó la ciudad y acabamos paseando los tres junto al río Trave.

Se me encogió el corazón al pasar junto a un niño de unos diez años que tocaba el acordeón. Todos sus atuendos estaban hechos jirones y no pude evitar sentir un escalofrío al pensar que probablemente el poco dinero que allí recaudase sería lo único que tendría para subsistir. A Peter se le debió pasar lo mismo por la cabeza y sacando su cartera del bolsillo se acercó a él para darle limosna.

En ese instante, una voz conocida me sorprendió por la espalda.

—¡Hola, princesa! Me alegro de verte por... —su voz enmudeció al ver a Peter junto mí y su semblante palideció en cuestión de segundos. —Di...di...disculpe, señor Hoffman, no sabía que estaba usted aquí.

Peter permaneció callado y con el rostro serio mientras yo me mordía el labio para evitar reírme ante aquella divertida situación.

—Y no me refiero a que me dirija hacia su prometida de esa forma en la intimidad, cuando usted no está— continuó diciendo Derek tratando de salir del supuesto lío en el que creía estar metido.

—¿En la intimidad? —inquirió Peter levantando una ceja.

—No, no, no me entienda mal, señor Hoffman, me refiero a cuando estamos trabajando, ya sabe, en el astillero de su padre. Lo que quiero decir es que la señorita Elisabeth y yo somos simplemente amigos y nada más, se lo aseguro.

Peter me miró y tras observar a un pobre Derek visiblemente agobiado y abochornado, intervino:

—No conocía esta faceta tuya, Derek, no recuerdo haberte visto nunca tan apurado.

Derek Fischer me miró desconcertado e inmediatamente Peter sonrió.

—Relájese, hombre, que estaba bromeando. —le tranquilizó.

—¿Cómo? —preguntó confundido.

—Me alegro de conocerle, señor Fischer, mi prometida me ha hablado mucho de usted —le dijo tendiéndole la mano. —Incluido el tema del apodo con el que se dirige a ella.

Más relajado, Derek le estrechó la mano y respondió:

—El placer es mío. —hizo una pausa y se dirigió a mí— Ya podrías habérmelo dicho, me habrías ahorrado este mal trago.

Los dos nos reímos mientras él se desabrochaba el botón del cuello de su camisa. De repente, Ian comenzó a llorar y fue en ese momento cuando Derek se percató del carricoche que descansaba junto a nosotros mismos.

—Otro pequeño detalle que debí haberte contado. —le expliqué mientras cogía a mi sobrino en brazos.

—¿Es vuestro?

Peter asintió inquieto y a continuación Derek se acercó al bebé.

—Hola pequeñín, ¿sabes que tienes unos padres un poco mentirosillos, verdad? Acaban de hacerme pasar por una situación de lo más embarazosa. —le habló mientras le hacía carantoñas.

Peter y yo nos miramos sabiendo que había verdad en sus palabras. Odiábamos mentir a nuestros amigos y a nuestra familia, pero sabíamos que era necesario para protegerlos a ellos y

protegernos a nosotros. Cuanta menos gente supiera mi secreto, más a salvo estaría.

Finalmente nos despedimos de Derek que volvió a estrechar la mano de Peter.

—Espero verle pronto, señor Fischer, y disculpe si le he asustado antes.

—Queda perdonado, y déjeme decirle que es usted un afortunado por tener a Elisabeth y a su hijo a su lado. Son dos personas maravillosas.

Peter me miró y yo le aparté la vista incómoda.

—Lo sé. —se limitó a decir.

Al final de la semana, una buena noticia inundó el astillero. El grandioso submarino había sido reparado en su totalidad y estaba listo para volver a sus aguas.

Aquel día Peter nos acompañó a Bernard y a mí hasta el astillero. En ocasiones, el deber le obligaba a marchar fuera de la ciudad y aquel lugar le pillaba de paso.

Derek aún no había entrado a las oficinas y al vernos llegar se acercó rápidamente a nosotros saludando con efusividad a Peter y a Bernard, quien lo miró con recelo.

—¿No les parece increíble que esa cosa pueda navegar bajo el agua?

—Lo cierto es que sí. —respondí mirando su enorme estructura.

—Acompañenme. —ordenó de repente Peter caminando hacia el submarino.

Derek y yo nos miramos desconcertados y nos dispusimos a seguirlo.

—No me jodas. —exclamó mi amigo entendiendo qué pretendía hacer.

—¡Señor Fischer! Cuide su lenguaje. —le recriminó Bernard que caminaba detrás de nosotros.

—Disculpe, es que jamás había entrado en semejante sitio.

Peter se dirigió a uno de los oficiales al que parecía conocer bien y tras decirle algo que ninguno de los dos logramos entender, nos permitieron la entrada al interior del buque.

Un soldado acompañado por mi prometido, se acercó a nosotros y nos regaló una interesante visita guiada por el interior del submarino. El espacio era bastante reducido, todo estaba repleto de cables, tuberías, válvulas y motores, y para aprovechar el espacio todo tenía una doble utilidad. Apenas una fina cortina separaba las estrechas literas, donde dormían por turnos, de la zona de trabajos. Pudimos ver la sala de máquinas y la de los torpedos en la que apenas nos detuvimos pero que me sorprendió bastante. Finalmente acabamos junto al periscopio del que Derek disfrutó como un niño.

—Tiene mayor encanto cuando se mira desde el mar, pero si quieres, puedes probarlo. —me animó Peter tendiéndome la mano para ayudarme a sortear una caja de herramientas que había en el suelo.

Yo accedí divertida.

—Es increíble. —confesé maravillada.

—¿Sabe que fue una mujer quien lo inventó? —me dijo con simpatía el soldado que nos acompañaba.

—Sarah Mather. —dijimos Peter y yo al unísono, haciéndonos sonreír.

Tras dejar que Derek lo utilizara un par de veces más, nos fuimos a nuestro puesto de trabajo agradeciéndole a aquel marino y a su oficial que nos hubiesen prestado su tiempo.

Me despedí de Peter cortésmente y él también se marchó. De camino a las oficinas Derek se dirigió a mí emocionado.

—Gracias, princesa. De no ser por tu enchufe jamás habría visto por dentro a un bicho de estos. —me dijo Derek. —¡Es alucinante!

—¡Casi tienen que echarte a patadas de allí! Igual deberías plantearte cambiar de profesión. —bromeé.

Él se rio.

—No aguantaría mucho y aprecio bastante mi vida, así que el astillero está bien, gracias.

Más adelante sabría que aquel lugar no era suficiente para él. Mi amigo Derek Fischer tenía una pasión oculta que a día de hoy sólo puedo darle las gracias por acceder a compartirla conmigo.

Dicen que el destino pone a cada persona en su lugar y en esta ocasión él me confesó que yo había sido ese destino.



## CAPÍTULO 13

Una tarde, cuando regresé a casa y aprovechando que Ian descansaba plácidamente, decidí ayudar a Helen con la cena antes de que Peter llegara.

Estando en la cocina sonó el timbre y Bernard fue a abrir. Segundos después se acercó a nosotras acompañado de un hombre de unos sesenta años, estatura media y semblante serio. Observé a Helen y pude comprobar cómo su cara palidecía por momentos

—Hermano, ¿qué haces aquí? —titubeó.

—He venido a cenar con mi familia, ¿acaso supone algún inconveniente? —contestó sin esperar invitación alguna.

Helen y Bernard negaron en silencio y entonces aquel imponente hombre de mirada fría posó sus ojos en mí. No me gusta juzgar a las personas ni dejarme llevar por mi primera impresión pero conocer a aquel hombre me inquietó.

—¿No vais a presentarnos? —preguntó mirando a su hermana, que se secaba el sudor de la frente con la mano.

—Bueno, ella... ella es la prometida de mi hijo.

—¿Prometida?

Me dirigí a él dispuesta a presentarme y le tendí mi mano mientras le anunciaba mi nombre.

—¡Qué magnífica noticia! ¿Por qué nadie me avisó antes de esto?

—Nos hubiese gustado que se diera en otras circunstancias. —respondió Helen, nerviosa, antes de aclarar: —Tienen un hijo.

Aquel hombre me miró fijamente y después se dirigió a Bernard.

—Tu hijo es un buen hombre; sabe asumir responsabilidades.

A continuación, colocándose bien el cuello de la camisa se acercó a mí y se presentó con altanería:

—Soy el coronel Rolf Schneider, encantado de conocerla.

A continuación, observé cómo Bernard y Rolf se dirigían al comedor para charlar mientras nosotras terminábamos de preparar la comida. En ese instante Helen me agarró del brazo con brusquedad y se acercó a mi oído.

—No hables si no se dirige a ti y si lo haces, llámale coronel. Ni se te ocurra hablar de tu pasado, tú eres una alemana más. Mi hermano defiende las ideas de Hitler a muerte. Si sospecha de ti, ten por seguro que acabará descubriendo hasta la talla de zapatos que usa tu madre y no le importará que nosotros seamos o no su familia, nos matará a todos si se entera de que protegemos a una judía inglesa.

Sentí cómo se me hacía un nudo en la garganta ante aquellas palabras y mi respiración se agitaba por momentos. Traté de mantener la calma y parecer lo más serena posible pero el temor a que aquel hombre pudiese descubrirme y la intimidante forma que tenía de mirar a las personas tampoco ayudaba.

Cuando Peter regresó, una parte de mí se relajó, sentirlo cerca me hacía sentir más segura. Cuando él se percató de lo que sucedía su rostro cambió de la misma forma en la que lo había hecho su madre, y tratando de recobrar la compostura se acercó a él y lo saludó con naturalidad.

—Tío Rolf, qué sorpresa verle por aquí.

—Lo mismo digo, sobrino, y déjame darte la enhorabuena por tu pronto matrimonio y tu incipiente paternidad.

—Gracias. —se limitó a decir mirando a sus padres que lo miraban con seriedad.

—¿No piensas saludar a tu prometida? ¿Dónde ha quedado la caballerosidad en esta familia?

Peter me miró y pude observar inquietud en su mirada. Se acercó hasta donde yo estaba sentada y se inclinó lentamente sobre mí. Mi corazón comenzó a latir con fuerza y por un momento pensé que era lo único que podía oírse en aquella sala. Cerré los ojos porque sabía que si los mantenía abiertos no habría podido seguir con aquello; entonces sentí su respiración sobre mí y Peter me dio un suave beso en la comisura izquierda de mis labios. Sentí cómo el rubor subía hacia mis mejillas y tuve que apartarle la mirada disimuladamente para evitar que aquel momento se hiciese aun más incómodo. Por suerte, Helen salió en nuestra ayuda para no demorar aquella situación y comenzó a servir la comida. Durante toda la tertulia, Rolf conversaba animadamente dirigiendo todos los temas que se trataban y gracias a Dios, no se percató del clima de tensión que envolvía la mesa.

De vez en cuando oíamos a Ian llorar y Helen me acompañaba hasta la habitación hasta que lográbamos dormirlo de nuevo. Bajo ningún concepto permitió que su hermano lo viese, como si el simple hecho de que le mirara a los ojos hubiese podido desvelar nuestro secreto.

Antes de marcharse nos habló de una fiesta que tenía pensado organizar antes de regresar a Berlín y nos invitó a Peter y a mí a asistir.

—Deja tranquila a la muchacha, Rolf, no conoce a nadie en esa fiesta y tiene un bebé al que atender.

—¡Tonterías! —exclamó con seguridad. —Peter debe presentar a su futura esposa en sociedad.

—Tío Rolf...

—No hay más que hablar, Peter. Os veré el sábado en esa fiesta y no aceptaré un no por respuesta. —le cortó. —Por cierto, dadle la enhorabuena a Berta por el nacimiento de su tercer hijo.

Me sorprendió mucho aquel último comentario; aquel hombre ni siquiera sabía que Berta aún no había dado a luz a su bebé. Rolf Schneider parecía la clase de persona a la que no le importa nada más que él mismo y su autoridad para mandar sobre otros fueran o no militares.

Cuando se hubo marchado, Helen comenzó a dar vueltas por el salón bastante alterada.

—¡Sabía que esto no acabaría bien!

—Helen, por favor, cálmate. —trató de tranquilizarla su marido.

—Tenemos que buscarle un vestido de gala para el sábado, con urgencia.

—Madre, aún no he dicho que vayamos a ir. —le advirtió Peter con aparente calma.

—¿Pero tú no has oído a tu tío?

—Perfectamente, madre, pero no obligaré a Elisabeth a asistir a esa fiesta.

Enseguida noté como todas las miradas se clavaban en mí hasta cohibirme como nunca antes lo había estado desde que entré en aquella casa.

—Iré. —afirmé sin saber muy bien cómo reaccionar ante aquello.

Peter se arrodilló frente a mí para ponerse a mi misma altura y con deferencia se dirigió a mí:

—Elisabeth, no tienes porqué hacer esto.

—Tranquilo, Peter, no pasará nada.

—Hablarán de ti. —me advirtió.

—No me importa. —respondí con total seguridad.

Sabía lo importante que era aquella fiesta y sentí la necesidad de pagarles por todo lo que habían hecho por mí desde que llegué. Ahora me tocaba a mí sacrificarme y estaba dispuesta a hacerlo costara lo que costara.

## CAPÍTULO 14

La mañana del 23 de marzo de 1942 fue como otra cualquiera. Acudí a trabajar como cada día con la tranquilidad de alguien que vive sin noticias del resto del mundo. La guerra continuaba su curso, aun favorable para Alemania; sin embargo, lo que para muchos era una gran noticia y motivo de felicidad, para otros se convirtió desgraciadamente en el día de su muerte. No supe de la masacre de los judíos de Lublin hasta un tiempo después de que se produjera. Más de treinta mil personas fueron asesinadas en el campo de exterminio de Belzec, en Polonia, y pensar que mi hermana pudo ser una de esas personas, de no ser porque murió antes de subir a ese camión que la llevaría a cualquier campo de concentración, me erizaba la piel.

Al llegar, saludé a Derek. Él había logrado que mis días fuesen más amenos y a día de hoy aún extraño su compañía y su buen humor capaz de alegrar la vida de cualquiera; siempre supe que él era una de esas personas que llevas en el corazón para el resto de tu vida y eso es imposible de olvidar por muchos años que pasen.

Derek notó un aire de preocupación en mi cara; tener que encontrar un vestido para la fiesta del sábado no era lo más sencillo del mundo y solo tenía cuatro días para lograrlo. Así se lo hice saber a él y me extraño su reacción al contárselo; asintió lentamente con la cabeza y, con semblante pensativo, volvió a dirigir la mirada a los papeles que tenía sobre la mesa. El resto de la mañana permaneció callado y poco comunicativo, algo inusual en él, hasta que a mediodía pude comprender el por qué de su extraño comportamiento.

—Creo que tengo la solución para el tema del vestido. —me dijo en voz baja.

Aquello captó mi atención y dejé todos los documentos que tenía en la mano para escucharle.

—¿Te apetece que almorcemos fuera de esta oficina? —me propuso. —No me gusta hablar de esto en un lugar tan concurrido.

Yo acepté, y cogiendo los abrigos salimos al exterior.

—¿Conoces a alguien capaz de hacerme un vestido?

—Creo que sí.

—¿Y bien?, ¿de quién se trata? —pregunté verdaderamente intrigada.

—Se trata de mí mismo. —dijo un tanto acalorado.

Por más que lo intenté no pude ocultar en mi rostro la sorpresa ante su respuesta ya que jamás habría imaginado que él conociera a fondo aquel tema.

—Digamos que me gusta y es a lo que me dedico en mi tiempo libre.

—Eso es genial, Derek. —logré decir.

—Bueno, no todo el mundo piensa igual. Muchos creen que lo de ser modisto es un trabajo más de mujeres que de hombres, por eso prefiero no decirlo. Mi madre vende mis diseños pero los clientes creen que son obra suya.

—No debería darte vergüenza admitir eso. Muchos de los mejores diseñadores de moda son hombres.

—Lo sé, pero no soy uno de ellos, y por tanto prefiero mantener esto en secreto y espero lo mismo de ti. —me advirtió seriamente. —Solo quería decirte que puedo tener ese vestido que necesitas antes del sábado si confías en mí para ello.

Aquella proposición me sorprendió y tardé varios segundos en reaccionar pero finalmente accedí. Por supuesto que confiaba en él.

Hablé con Peter y lo arreglamos todo para que el martes, después del trabajo, acudiera en

compañía de Berta a casa de Derek en busca de mi vestido de noche. Lo cierto es que me ilusionaba la idea de que alguien diseñara algo para mí y me moría de ganas por ver el resultado. Derek Fischer vivía solo en una casa heredada de su abuelo, cerca del astillero. A menudo, se desplazaba hacia el centro de Lübeck para visitar a su madre y hacerle compañía pues desde que enviudó hacía ya dos años, apenas salía de casa si no era para ir a misa.

La casa de Fischer estaba elegantemente decorada al más puro estilo vanguardista, algo que no pasó desapercibido ni para Berta ni para mí. Finalmente, llegamos al sótano. Era allí donde Derek tenía puesto su taller de costura. A diferencia del resto de la casa, aquel lugar era bastante más desordenado. Todo estaba lleno de cajas y maniqués, con telas que rebosaban de los armarios. Una auténtica locura que solo él podía entender y con lo que era feliz.

Nos acomodó en unas butacas y nos tendió varios bocetos para que definiéramos el estilo que buscábamos. Otra vez Berta y yo coincidimos; probablemente no volvería a ver a aquellas gentes nunca más en la vida por eso no estaba dispuesta a cohibirme en cuanto a mi ropa; quería ser yo misma y acudir a aquella fiesta con un vestido elegante que resaltara lo mejor de mí, y Derek supo captar la idea a la perfección.

Enseguida tomó lápiz y papel en sus manos y comenzó a trazar su diseño mientras Berta y yo preparábamos la cena.

## CAPÍTULO 15

Antes de sentarnos en la mesa, Derek ya había terminado su boceto; sin embargo, yo nunca llegué a verlo sobre papel hasta meses después, pues Berta y él acordaron que fuera una sorpresa hasta el sábado.

Durante la cena, Derek nos mencionó a los diseñadores que más habían logrado inspirarle para sus diseños. Habló de los españoles Cristóbal Balenciaga y Fortuny, éste último creador de los vestidos Delphos inspirados en la antigua Grecia; habló también de Elsa Schiaparelli y su originalidad y de la elegancia de Nina Ricci.

Sin duda fue una velada de lo más interesante y amena, de la que los tres disfrutamos enormemente.

Después de cenar, Berta se dispuso a recoger la cocina mientras Derek se ponía manos a la obra. Comenzó a tomarme medidas con la rapidez y profesionalidad que solo otorga la experiencia.

Berta puso el tocadiscos y un sin fin de canciones nos acompañaron toda la noche en la que mi buen amigo cosía y nosotros le hacíamos compañía y ayudábamos todo lo que nuestros conocimientos nos permitían. Miré con curiosidad las telas y los colores tratando de adivinar el tipo de vestido que sería, hasta que Derek y Berta me echaron del sótano cuando aquel iba cogiendo forma.

A la mañana siguiente, una caja descansaba a los pies de la cama de la habitación de invitados en la que Berta y yo habíamos dormido. Ella se despertó poco después y no tardamos en oír ruidos en la cocina, lo que nos hizo intuir que Derek ya se había levantado.

—Buenos días. —nos dijo cuando llegamos hasta él.

—Hola, Derek. —le saludamos al unísono.

—¿Habéis descansado?

—Todo lo que se puede descansar con una criatura de siete meses en la barriga. —respondió Berta con voz cansada.

Derek y yo nos reímos ante su natural comentario.

—Te va a encantar el vestido, Elisabeth. —me dijo Berta con seguridad.

Yo asentí con la cabeza. Me moría de ganas por verlo.

Procedí a sacar la cartera y extraer de ella un sobre con el dinero que habíamos considerado justo por hacerme el vestido y todo lo que ello conllevaba, pero cuando fuimos a entregárselo él lo rechazó.

—Estás loca si crees que voy a cogerlo. —me dijo.

—No voy a aceptar un no por respuesta, Derek. Todo buen diseñador recibe recompensa por lo que hace, y tú no vas a ser menos. —le insistí con seriedad.

—Además, Peter se enfadará si no lo aceptas. Jamás permitiría que después de todo lo que has hecho por Elisabeth no aceptes ese dinero que él tiene a bien darte. Acéptalo. — intentó convencerle Berta.

Tras dudar un instante, él finalmente cogió el dinero y después de insistir una última vez en que aquello era innecesario, nos dio las gracias.

No nos demoramos mucho en el desayuno puesto que el trabajo nos esperaba. Yo acompañé a Berta a su casa, rechazando el ofrecimiento de Derek en llevarnos él mismo hasta allí. Berta quería pasear y yo no iba a dejarla sola en su estado y en tan largo camino. Le di indicaciones a Derek para que avisara a Bernard de que me retrasaría aquella mañana pero que iría, y así lo

hicimos.

El paseo fue agradable a pesar del frío que hacía a primera hora de la mañana. Ambas nos pusimos al día de lo acontecido las últimas semanas, pues desde que yo había comenzado a ir al astillero eran pocas las veces que nos veíamos. Cuando llegamos a su casa, Hans insistió en llevarme él mismo hasta al astillero así que tardé menos de lo esperado en regresar al trabajo.

Al llegar, encontré a Derek concentrado en la lectura de lo que parecía ser un telegrama. Me miró de reojo y pude fijarme en las ojeras que tenía aquella mañana. Me sentí mal al saberme responsable de lo poco que había descansado aquella noche por terminar mi vestido a tiempo.

—No tienes buena cara. —confesé. —Quizás deberías marcharte a descansar. Hablaré con Bernard, lo entenderá.

—Me temo que hoy no podré. Me acaban de llegar noticias de mi tío; falleció anoche mientras dormía.

—Lo siento mucho, Derek. —le dije preocupada.

—Gracias. —se limitó a decir. —Hablaré con tu suegro para pedirle que me deje libre unos días. Recogeré a mi madre y llegaremos a Dresde a tiempo para el entierro. —continuó diciendo mientras cogía su chaqueta.

—¿A Dresde? —musité.

Hacía ya varias semanas que había enviado la carta a Anna Meyer y no había obtenido respuesta alguna. En el fondo siempre supe que aquello podría pasar. Si antes de que Fabian muriera ya no quería saber nada más de él, ahora que ya no estaba suponía que querría olvidarlo cuanto antes. Por eso, cuando Derek dijo que viajaría hasta aquella ciudad, la esperanza se apoderó de mí, otra vez.

Esperé a que saliese del despacho de Bernard y me acerqué a él.

—Necesito pedirte un favor.

Mi amigo me miró desconcertado.

—Llevo semanas intentado contactar con una mujer, Anna Meyer. —le expliqué tendiéndole un papel con el nombre y la dirección que aparecía en la carta que ella me había enviado. —Me temo que no quiere hablar conmigo, pero si pudieses encontrarla y pedirle que me escuche te lo agradecería enormemente.

—¿Quién es? —preguntó desconcertado.

—La viuda de un amigo que murió hace poco.

Derek me garantizó que daría con ella antes de que regresara. Me habría gustado viajar con él pero era consciente de que no era lo más apropiado. No tenía documentación y si alguien se daba cuenta de ello podría acabar metida en un grave problema.

Aquellos dos días fueron interminables. Me ofrecí a realizar las tareas de Derek en su ausencia y como no me daba tiempo a todo tuve que trabajar algunas horas por las noches. Apenas vi aquellos días a Peter y a Ian. Peter se ofreció a cuidar de mi sobrino para que pudiese acabar pronto y sin distracciones y cuando yo marchaba a dormir, ambos llevaban ya un buen rato acostados.

Derek llamó la primera mañana que estuvo allí para decirme que la había encontrado. Al parecer se resistió a atenderle pero finalmente logró convencerla para que hablara conmigo.

Cuando Derek regresó a su puesto de trabajo de nuevo, lo hizo acompañado de una carta cuyo remitente era la mujer cuyo rastro llevaba siguiendo desde que mi hermana murió. Lo leí rápidamente y puse a Derek al corriente de su contenido.

—Me pide que la llame a un número de teléfono para hablar con ella directamente.

—¿A qué esperas? —me animó.

—Muchas gracias, Derek. —le dije mientras le daba un rápido abrazo y cogía mi pañuelo junto con el abrigo.

—Ve tranquila, ahora me toca a mí cubrirte en tu trabajo.

## CAPÍTULO 16

Acudí a una cabina telefónica para hablar con Anna. Había teléfono en el astillero pero prefería llamarla desde otro sitio más tranquilo.

Estaba nerviosa por lo que pudiera acontecer en aquel momento y temía que no quisiera ayudarme con aquello.

—¿Sí? —respondió una voz femenina al otro lado del teléfono.

—Me llamo Elisabeth Connor, me gustaría hablar con Anna Meyer, por favor.

La mujer que me había atendido y que supuse que era la asistenta me rogó que esperara unos segundos mientras iba a buscarla y enseguida Anna se puso al otro lado del teléfono.

—Soy Anna Moritz. Le rogaría que dejara de dirigirse a mí por mi apellido de casada.

Cerré los ojos dolida por aquel comentario. Me apenaba saber que aquella mujer quisiese olvidar tan rápido a mi amigo Fabian.

—De acuerdo. —me limité a decir.

—¿Qué quiere de mí? —me preguntó sin más dilación.

—Fabian me dijo que su padre pertenece a las SS, pensé que podría ayudarme a encontrar a alguien.

—¿A quién?

Dudé un instante sobre si seguir con aquello o abandonar la búsqueda pues temía que Anna pudiese desconfiar de mí y pensar que tenía alguna relación con los judíos. A pesar de los riesgos que suponía aquello decidí terminar con lo que había empezado.

—Un judío, Joseph Barcon. Se lo llevaron de Lübeck hace unas semanas. Necesito saber dónde está y pensé que tu padre podría localizarlo.

—¿Para qué quiere encontrar a un judío? —inquirió con desconfianza.

—Es una historia muy larga. Lo único que puedo decirle es que si de verdad no fuese importante no me habría arriesgado tanto a pedirle su ayuda. Yo también tengo un hijo y una familia, Anna. —mentí.

Tras dudar un instante ella finalmente accedió.

—Haré lo que pueda, pero no le prometo nada.

Tras agradecerle reiteradas veces su ayuda regresé al astillero satisfecha con el resultado de la conversación que habíamos mantenido. Al llegar, oí a Bernard discutir a voces con otro hombre que no supe inmediatamente quién era. Sus gritos se oían desde la entrada y enseguida miré a Derek desconcertada esperando una aclaración a lo que estaba ocurriendo allí dentro.

—Tu suegro no está en sus mejores días, princesa. —me susurró mostrando una leve sonrisa en su rostro.

—¿Qué ha pasado?

—Llevan discutiendo desde poco después de que tú te marcharas. El señor Lerman le está reclamando un dinero que no se ha entregado al completo por unos materiales que nos trajeron hace unas semanas.

Yo asentí con la cabeza mientras me sentaba en la silla. Entonces en mi cabeza todo encajó como en un rompecabezas.

—¿Cómo dices que se llama? —pregunté.

—¿Quién?

—Ese señor que está hablando con Bernard.



—Johann Lerman. —respondió mientras anotaba algo en un trozo de papel— Es uno de nuestros proveedores.

Inmediatamente me levanté y me acerqué a la estantería donde guardábamos todos los Libros Diarios de la empresa en los que anotábamos las operaciones que se realizaban en el astillero. No tardé en encontrar lo que buscaba porque tenía señalado el lugar exacto donde se situaba. Había leído aquel nombre en numerosas ocasiones puesto que aquel proveedor era con el que había tenido problemas al cuadrar el balance de la empresa, el mismo que tantos quebraderos de cabeza me había ocasionado los primeros días cuando trataba de poner en orden todo lo que el antiguo contable había dejado a medias por marchar a la guerra.

Cogí el papel y me encaminé hacia el despacho de Bernard con paso firme a pesar de los intentos por frenarme de un sorprendido Derek.

Llamé a la puerta y entré sin esperar respuesta del otro lado.

—Disculpe, señor Hoffman, pero necesito hablar con usted. —le pedí con absoluta formalidad.

—¡Ahora no, Elisabeth! —vociferó malhumorado. —¿No ve que estoy ocupado?

—Es importante, Bernard, y esta vez no me moveré de aquí se ponga como se ponga. —le advertí recordando el día que había ido a consultarle aquello mismo y me había dado largas sin apenas escucharme.

El señor Lerman me miró sorprendido por mi osadía y sentí cómo Derek hacía lo mismo a mis espaldas, en el marco de la puerta.

Después de que Bernard me fulminara con la mirada me acerqué a él con serenidad sin importarme lo que estuviera pensando en aquel momento.

—Hace unas semanas encontré un error en la factura del señor Lerman. —comencé a explicar notando como captaba la atención del mencionado.

—¿Un error dice? —cuestionó extrañado nuestro proveedor.

—En la factura aparece un número de materiales que no se corresponde con el inventario que se hizo aquel día. —saqué el papel donde mostraba las cantidades anotadas y se lo mostré. —Este es el pedido que debería haber entrado en nuestro almacén, sin embargo, nosotros tenemos registrado la mitad.

Bernard cogió rápidamente la hoja para observarla detenidamente.

—De ahí que no le pagaran la totalidad de lo que debería haber sido. —terminé de decir.

Los dos hombres se miraron desconcertados por lo que estaba ocurriendo.

—¿Cree que pueden haberse equivocado en el inventario? —quiso saber Johann Lerman.

—Es prácticamente imposible. Nuestros hombres lo repasan varias veces antes de registrarlo. —intervino Derek.

Johann volvió a mirar la factura y acto seguido levantó la vista hacia Bernard.

—Averiguaré lo que ha ocurrido y le informaré en cuanto tenga noticias de ello.

Salió del despacho acompañado por Bernard que le despidió cortésmente en la puerta como si la discusión que minutos atrás habían mantenido nunca se hubiese producido.

Derek me miró y me indicó con la cabeza que regresáramos a nuestro puesto. Yo le seguí y cuando salíamos del despacho Bernard me llamó.

—Gracias, Elisabeth. —me dijo.

Yo asentí con la cabeza y volví a mi escritorio.

—*Du bist ja total verrückt!* —susurró Derek cuando nos alejamos de allí. —¡Estás completamente loca! Pero reconozco que eso ha estado jodidamente bien.

Yo traté de reprimir una sonrisa mientras me disponía a regresar a mi trabajo, satisfecha por lo que había hecho.

Al término del día y sin ningún otro contratiempo para la empresa, los trabajadores comenzaron a regresar a sus casas. Los últimos en marchar siempre éramos nosotros, los de la oficina, y Bernard, a quién yo tenía que esperar cada tarde para volver; sin embargo, aquel día fue diferente.

Me hallaba enfrascada en unos papeles cuando Derek me habló logrando captar mi atención.

—Parece que hoy alguien ha venido a verte. —me susurró.

Alcé la mirada extrañada por lo que había dicho y lo vi entrar por la puerta con aquella seguridad que tanto me gustaba. Me levanté de la silla sorprendida por aquella inesperada visita.

—Peter... ¿qué haces aquí?

—He tenido que venir aquí a terminar un trabajo y pensé en acercarme a verte —me dijo mientras llegaba hasta mi mesa.

Yo sonreí y noté cómo Derek me miraba fijamente así que tuve que dirigir la mirada hacia él, un tanto incómoda. Inmediatamente, Peter le saludó con cortesía.

—Gracias por cuidar de mi hermana y de Elisabeth la otra noche. —le dijo con complicidad.

—Créame que ninguna de las dos necesita que nadie las proteja, ellas mismas podrían acabar con esta guerra si se lo propusieran. —bromeó Derek.

Peter me miró y en el mismo tono que había empleado él respondió:

—Ya lo creo que sí.

Volví a reír divertida y en ese instante, Bernard se acercó a nosotros. Derek regresó a su trabajo rápidamente y Peter se acercó a saludar a su padre, quien reaccionó de un modo que ninguno de los que estábamos allí esperábamos.

—¿Por qué no te llevas a Elisabeth a cenar esta noche fuera? Sois jóvenes, es el momento de salir y disfrutar. —le dijo a su hijo.

Peter me miró pasmado. Bernard había pasado de un extremo a otro en cuestión de horas.

—¿Está seguro? Ian tiene que cenar y... —intervine yo antes de que me interrumpiera.

—Helen se quedará con él. Ahora marchaos de aquí antes de que me arrepienta.

Peter sonrió mirándome y yo no pude evitar hacer lo mismo.

—Gracias. —le dijo Peter con una cercanía que jamás había visto en su relación desde que conocí a ambos.

Cogí rápidamente el abrigo y miré a Derek quien me guiñó un ojo.

—Pasadlo bien. —me dijo antes de marcharme.

Cenamos juntos en un bonito restaurante cerca de la puerta de Holsten. Tomamos un delicioso *Sauerbraten*, que consistía en un asado de carne de res marinada en vino tinto, vinagre, sopa de verduras y una mezcla de especias, y que acompañamos con una buena cerveza alemana. Pasamos un rato agradable mientras charlábamos sobre temas poco relevantes de esos que mantienen una comida tranquila y amena, y tras pagar la cuenta decidimos regresar a casa dando un paseo.

Mientras caminábamos, nuestra conversación se fue apagando y dimos paso al silencio de la noche. Tras unos minutos así, Peter volvió a hablar.

—¿Puedo saber qué truco has usado con mi padre para hechizarlo de ese modo? —bromeó Yo me reí y me limité a responder:

—Bueno, digamos que le he ayudado esta mañana con un problemita que le estaba causando dolores de cabeza.

Él asintió divertido.

—¿Y tú? —inquirí yo

—¿Yo qué? —me preguntó él extrañado.

—Siempre hablamos de mí y yo también quiero conocerte. Cuéntame algo sobre ti; qué te gusta

hacer, a qué sueles dedicar tu tiempo aparte de trabajar.

Él miró al frente sin saber qué decir y un tanto incómodo. Siempre es más fácil preguntar a los demás sobre sus vidas que contar tú la tuya.

—Soy más aburrido de lo que piensas, Elisabeth. Hago poco más de lo que ya has visto.

—Ninguna persona que se considere aburrida metería en su casa a una inglesa haciendo creer a su propia familia que es su prometida. —repuse levantando la ceja y con una mirada desafiante.

Él se rió y yo no pude evitar acompañarle.

—¿Has estado enamorado alguna vez? —le solté inmediatamente sin darle tiempo a fingir ninguna reacción que no fuera la suya verdadera.

Su mirada se posó sobre mí y aún manteniendo parte de la sonrisa que había mostrado segundos atrás me respondió con voz suave:

—Supongo que no.

—¿Supones?

—Había una mujer con la que empecé a salir. Sus padres y los míos se llevan de maravilla lo que hacía más fácil nuestra relación. Nunca llegó a ocurrir entre nosotros nada más allá de la amistad pero creo que podría haber pasado de no ser porque...

—Porque estoy yo aquí. —culminé sintiéndome culpable.

—No iba a decir eso. —se defendió. —Puede que hayas tenido algo que ver pero no eres el motivo por lo que lo nuestro jamás habría funcionado. Quiero a esa mujer, Elisabeth, pero no del modo en que un hombre quiere a una esposa. Para mí, es solo una buena amiga.

Yo asentí. Le entendía, le entendía mejor de lo que él podría imaginarse. Su vida y la mía no eran tan distintas y por eso quizás siempre nos llevamos tan bien, porque entre nosotros siempre fuimos capaz de entendernos.

De uno de los locales por los que pasamos comenzó a salir un grupo de hombres dejando ver cierto ambiente en el interior del mismo. Ambos nos quedamos observándolo y tras mirarnos Peter supo al instante lo que andaba rondando por mi cabeza.

—¿De verdad quieres entrar ahí dentro? —me dijo divertido.

—Tu padre dijo que nos divirtiéramos. Hay que hacer caso al jefe, ¿no crees?

Peter miró incrédulo hacia un lado antes de contestar. Entonces le agarré de la mano y tiré de él hacia el local, nos sentamos en una mesa y pedimos una copa. Un grupo de músicos amenizaban la noche tocando canciones populares alemanas que todos, menos yo, conocían. A pesar de todo, bailé junto a la gente y animé a Peter a hacer lo mismo. Él me miraba divertido; apuesto a que jamás imaginó que aquella Elisabeth existía dentro de mí.

En un momento de la noche, Peter me miró y me pidió que le escuchase un instante. El tono en el que lo dijo me desconcertó.

Le miré extrañada mientras buscaba algo en los bolsillos de su abrigo hasta sacar de ellos una pequeña caja que no tardó en abrir dejando al descubierto un refinado y bonito anillo de diamantes.

Yo lo miré boquiabierta incapaz de articular palabra.

—Te conozco y sé que eres capaz de matarme por mi osadía así que antes de que digas nada déjame hablar. —me advirtió con una sonrisa, divertido por mi expresión. —Mañana es la fiesta y te presentaré ante todos como mi futura esposa. Este es el único complemento que le falta a nuestra historia para que sea lo más verdadera posible. Sé que no te hará la misma ilusión recibir este anillo de mi parte que del hombre al que quieres y con el que querrías casarte de verdad; pero al menos espero que puedas aceptarlo como un regalo de un buen amigo para que cuando lo veas en aquellas lejanas tierras inglesas te acuerdes de nosotros.

—No necesito un anillo para acordarme de ti, Peter. —le dije emocionada. —Jamás podré olvidar todo lo que habéis hecho por mí y por Ian, jamás.

Él sonrió y me tendió el anillo. Me lo coloqué en el dedo anular mientras lo miraba con atención; era precioso. Entonces me acerqué a él y le di un cálido beso en la mejilla que él aceptó de buen grado.

Tenía razón, no estábamos prometidos ni nunca íbamos a casarnos; pero aunque él no lo supiera me hizo tanta ilusión como si lo fuésemos a estar.

Aquel mágico momento se vio interrumpido por una desagradable escena que me trajo de vuelta la imagen de mi hermana.

Un hombre con muy mal aspecto irrumpió en el bar seguido por una pareja de las SS. El joven trató de ocultarse entre las mesas aun sabiendo que nada impediría que se lo llevaran de allí preso, o peor aún, muerto.

—¡Sal de ahí maldito judío! —gritó uno de los policías cogiéndole bruscamente de la chaqueta.

Todo el mundo contuvo el aliento.

—Otra vez no. —susurré yo sintiendo cómo todo mi cuerpo se tensaba.

Peter me miró preocupado. El joven judío forcejeó hasta que uno de ellos le apuntó con la pistola.

—Peter... —murmuré impotente mientras le apretaba la mano.

Antes de que apretara el gatillo, él le frenó.

—Este animal lleva escondido semanas. Se creía más listo que nosotros pero se acabó su buena suerte. —le explicó el otro policía lleno de rabia.

—Aquí no. —le rogó Peter sabiendo que no podía hacer nada por aquel pobre hombre.

Le ataron las manos para impedir que volviera a escaparse y lo sacaron del local. La gente comenzó a murmurar y Peter regresó junto a mí.

—Lo lamento. —me dijo. —¿Te encuentras bien?

—Vámonos de aquí. —le pedí desasosegada.

Al atravesar una calle, llegamos hasta la puerta de Holsten. Junto a ella aún permanecían las manchas oscuras de sangre de mi hermana. Inmediatamente mis pasos se detuvieron en una dirección casi de forma inconsciente y toda la adrenalina que llevaba encima desapareció de un plumazo. Miré el cielo oscuro repleto de nubes; la fatídica tarde en la que mi hermana murió tenía la misma forma.

—Necesitas olvidar. —me dijo adivinando mis pensamientos.

—No quiero hacerlo. —repuse yo con la mirada perdida en la calle que desembocaba en el barrio judío.

Caminé hacia allí como si fuese una marioneta y Peter me siguió en silencio. Entré en la casa donde mi hermana había vivido con Joseph e Ian y recordé el primer día que puse mis pies en aquella humilde zapatería.

—Siento mucho haberte traído hasta aquí. De repente, sentí la necesidad de venir. —le dije acongojada.

—Está bien, Elisabeth, no hace falta que te disculpes.

Entré al interior de la vivienda y observé lo destrozada que había quedado. La gente había saqueado las casas abandonadas de los judíos y habían arrasado con todo lo que tenían dentro.

Me agaché a recoger un marco de fotos que había tirado en el suelo y tras quitarle los cristales y el polvo que tenía encima conseguí sacar la foto que tenía puesta. Grace aparecía sonriente junto a Hans mientras éste le acariciaba con delicadeza el vientre cuando mi hermana aún estaba

embarazada. Al darle la vuelta me sorprendió ver que ella había guardado una foto mía junto a la de su marido. Sentí cómo una lágrima caía por mi mejilla y evité darme la vuelta para no dejar que Peter me sorprendiera en un momento de debilidad.

—¿Sabes? —comencé a decir en voz alta. —Cuando mi hermana se fue de casa creí que era una cobarde. Cobarde por no haber confiado en mí, por haber huido, por ocultar lo que sentía. Pero cuando la vi morir ante mí comprendí que era todo lo contrario. Se marchó a otro país para estar con el hombre al que amaba, sin importarle nada más que su propia felicidad, y en todo este tiempo logró serlo mucho más de lo que yo lo he sido en toda mi vida. ¿Acaso hay algo más valiente que eso?

Peter no respondió y en su lugar, un ruido nos sorprendió a los dos.

Al girarnos, vimos cómo un hombre con el uniforme de las SS se adentraba al interior de la casa y, sin ocultar su gesto desconfiado se detuvo en el marco de la puerta.

—¿Qué están haciendo aquí?

## CAPÍTULO 17

Peter me miró y rápidamente se acercó a él.

—Buenas noches, Cabo. —le saludó educadamente asegurándose de que éste se fijaba también en su uniforme y comprendía que no era ningún enemigo.

—Sargento. —contestó él más relajado. —¿Saben qué hora es? ¿Qué están haciendo en esta casa? Era de los judíos.

Mientras Peter respondía con total naturalidad yo escondí disimuladamente la foto de mi hermana en el bolso. Quería tenerla conmigo para que en un futuro Ian supiese cuánto le quisieron sus padres.

—Discúlpenos, Cabo, mi prometida y yo vivimos en casa de mis padres y solo buscábamos un poco de intimidad. Este lugar está desierto y no se me ocurrió un sitio mejor. —mintió.

—Entiendo...—dijo con una sonrisa socarrona.

—Pero ya nos vamos, ¿verdad Peter? —me apresuré a decir, un tanto incómoda por cómo se estaba desarrollando la situación.

—No, por Dios, no seré yo quien rompa este momento. En tiempos de guerra hace falta más que nunca darle una alegría al cuerpo, ¿verdad?

—Desde luego. —disimuló Peter con una sonrisa forzada.

—Además está lloviendo bastante, no creo que sea una buena idea salir ahora mismo.

Instintivamente ambos giramos la cabeza hacia la ventana; «llover bastante» se quedaba corto.

Tras despedirse de nosotros, entre bromas y risas, el Cabo de las SS continuó su ronda de vigilancia por el resto de las viviendas de aquel barrio convencido de que había ayudado a dos personas a vivir una noche de pasión.

—Podríamos correr pero dudo que sirva de algo con la que está cayendo. —advirtió Peter.

Asentí con la cabeza y tras quitarme los zapatos caminé descalza por las distintas habitaciones de aquella abandonada vivienda. Encontré tirado en el suelo, junto a la cama de Grace, el pañuelo que años atrás yo misma le había regalado. Lo recogí y me senté en la misma mientras recordaba aquel día con nostalgia. Peter llegó hasta mí y pudo leer en mi mirada mis pensamientos.

—Tú también puedes ser feliz, Elisabeth.

Sentí cómo las lágrimas se preparaban para brotar de mis ojos pero pude detenerlas a tiempo.

Peter me agarró de la barbilla con delicadeza para hacer que le mirara a los ojos.

—Y no he conocido a nadie más valiente que tú para serlo.

Me resulta difícil explicar con palabras todo lo que pasó por mi mente en aquellos momentos. Lo que sí recuerdo a la perfección es cómo se me erizó la piel ante sus palabras y su mirada.

Sin apenas pensarlo me acerqué lentamente a él y le besé con suavidad en los labios. Él no se movió pero aquello le pilló totalmente desprevenido.

—Creo que el dolor y el alcohol te están llevando a hacer algo que no deseas, Elisabeth. —me susurró sin separarse de mí.

—Estoy lo suficientemente sobria como para saber lo que deseo. —respondí yo.

Peter me miró unos segundos y a continuación posó su mano en mi nuca acercándose hasta él para besarme apasionadamente y en cuestión de segundos, aquella historia que habíamos inventado para mentir al cabo se acabó convirtiendo en realidad sin saber muy bien por qué.

Se quitó la chaqueta dejando al descubierto la camiseta blanca ajustada al torso que llevaba bajo el uniforme. Yo hice lo mismo y cuando estaba en ropa interior, él desabrochó con maestría

mi sostén dejando al desnudo mi cuerpo frente a él. De no ser porque horas antes Peter me había jurado que nunca había tenido ninguna relación, habría creído que aquella no había sido la primera vez que había hecho el amor con una mujer.

Cuando desperté en aquella cama estaba sola. Inmediatamente todo lo sucedido aquella noche me vino a la cabeza y no pude evitar sonrojarme al recordarlo. No entendía cómo habíamos acabado en aquel lugar y de esa forma y sentía miedo de que aquello pudiese cambiarlo todo.

Encontré una nota sobre la almohada y la leí rápidamente.

*Me he marchado al cuartel. No quería despertarte. Si alguien te ve, dile que estabas conmigo.*

*Peter.*

Me vestí rápidamente y salí de allí abochornada. No quise pasar por casa para evitar cruzarme con Helen o Bernard y tener que dar explicaciones sobre lo ocurrido aquella noche así que, como pude, me arreglé y llamé desde una cabina a Derek para que viniese a buscarme con su automóvil.

—No fue mal la noche por lo que veo. —me dijo con una sonrisa burlona.

—¿Qué quieres decir? —pregunté incómoda evitando mirarle a los ojos.

—Nada. —respondió divertido.

Apenas fui capaz de concentrarme aquel día. Por suerte, Bernard no preguntó o no quiso preguntar el motivo por el que ninguno de los dos regresamos la noche anterior a casa.

A esto tenía que sumarle el hecho de que aquella noche tendría lugar la temida fiesta del coronel Rolf y los nervios que llevaba arrastrando toda la semana se acentuaron aquel día.

## CAPÍTULO 18

¿Sabes de esos días en los que tienes algo importante y sólo quieres que pase, pero el tiempo se vuelve en tu contra y las horas parecen semanas?

Pues así me sentía yo aquel sábado 28 de marzo de 1942. Una fecha que lo cambiaría todo y no solo para mí, sino para todo el pueblo de Lübeck.

La boda más directa a la que he asistido fue la de mi prima Louisa. Recuerdo que cuando Grace y yo llegamos a su casa para ayudarla a vestirse todo el mundo estaba nervioso. Su madre corría de un lado para otro procurando que todo estuviera perfecto para el día más importante de la vida de su hija mientras que las doncellas la seguían contagiadas por su nerviosismo.

Algo parecido viví yo aquel día cuando llegó la hora de prepararse para la gran fiesta.

Tenía a Ian entre mis brazos cuando Berta llegó y Helen se apresuró a quitármelo de mis manos sin darme tiempo a reaccionar. Nadie se casaba aquel día, pero aquellas dos mujeres me hicieron sentir igual de especial que si lo hiciera.

Saqué con cuidado el vestido de la caja y lo observé maravillada pues hasta ese momento desconocía cuál había sido el resultado del mismo. Berta me ayudó a colocármelo y ambas nos quedamos sin palabras frente al espejo. El vestido era largo y liso, de seda y de color salmón. Tenía un ligero escote y la parte superior de la espalda al descubierto lo que le daba un toque más sensual, y estaba acompañado de unos guantes negros que cubrían el antebrazo.

—Tu amigo es mejor que ese tal Valencia. —manifestó Berta anonadada.

Comencé a reírme ante su inocente comentario.

—Balenciaga. —le corregí.

—Eso. —hizo una pausa. —¿Crees que si le pido uno me lo hará? Aunque hija, con esta barriga entendería que renunciase a ello sin pensárselo.

—No seas boba, Berta. —repuse divertida. —Debe ser maravilloso sentir cómo crece una criatura dentro de ti.

—Dímelo tú. —me dijo mirándome fijamente como si fuese capaz de leer mi pensamiento a través de mis ojos —Tú también has sido madre, ¿no?

Le aparté la mirada incómoda y traté de disimular. Aquellos errores era los que tenía que evitar cometer aquella noche. Si todos en aquella casa estaban nerviosos no era porque el vestido estuviese perfecto o porque a la fiesta acudiesen las personalidades más importantes de la sociedad alemana. Todos eran conscientes de que al más mínimo fallo podían acabar frente a un pelotón de fusilamiento por proteger a una judía, por proteger a una farsante.

Helen supervisaba cada movimiento de su hija mientras entretenía a Ian para que no llorara.

Terminé de ponerme el último pendiente en el mismo momento en que Berta acabó de colocar el delicado tocado de flores blancas que ella misma había comprado para la ocasión sobre el lado derecho de mi pelo ondulado, lo que le daba un toque natural y elegante.

—Estás perfecta... —susurró Helen detrás de mí.

Berta y yo cruzamos una mirada cómplice y un sentimiento de emoción me recorrió el cuerpo.

—Gracias Helen.

Cuando salimos de la habitación, Peter ya se había arreglado con su traje militar de gala y se estaba terminado de colocar un botón de la chaqueta. Llevaba temiendo aquel encuentro todo el día. Después de lo sucedido la pasada noche tenía miedo de que algo pudiese cambiar en nuestra relación; sin embargo, él normalizó la situación para evitar que fuese más incómoda de lo que ya



era.

Al oír la puerta Hans, Bernard y Peter se giraron.

—Vaya, vaya. —murmuró divertido Hans desde el sillón. —Parece que alguien está dispuesta a ser la envidia de las jóvenes de la fiesta.

Noté como el rubor subía hacia mis mejillas en cuestión de segundos. Nunca he sido muy vergonzosa pero en aquel momento no pude evitar sentirme de otro modo.

—¿Ese vestido lo ha hecho el señor Fischer? —preguntó Bernard tratando de ocultar su sorpresa por las habilidades secretas de su trabajador.

Yo asentí.

—Estás preciosa. —me dijo Peter al tiempo que notaba cómo Berta sonreía junto a mí y agachaba la cabeza.

—Tu también. —le dije con una sonrisa ayudándole con el botón que no lograba poner.

Helen se interpuso entre nosotros y comenzó a meternos prisa volviendo a despertar el nerviosismo entre todos los que allí nos encontrábamos.

Besé a Ian en la frente y le abracé con delicadeza. En los últimos meses él y su bienestar se habían convertido en mi principal motivación.

—Disfruta de esa fiesta y no te preocupes por Ian, está en buenas manos. Mis dos pequeños están encantados con la idea de cuidarlo entre los dos. —me animó Berta.

Yo sonreí y enseguida noté cómo alguien posaba su mano sobre mi hombro. Me giré y vi a Bernard frente a mí.

—No olvides que eres una inglesa en un lugar donde no debes serlo.

Aquellas palabras se me grabaron en la cabeza con fuerza y puedo jurar que jamás podré olvidarlas. Sabía lo que aquello significaba, sabía que Bernard no quería que dejara de ser yo misma, tan solo quería que les salvara; sin embargo, algo dentro de mí sabía que no podría protegerles de lo más peligroso. Sabía que no podía protegerles de mí misma.

## CAPÍTULO 19

El coche nos dejó frente al ayuntamiento de Hamburgo. Durante el trayecto Peter y yo concretamos las respuestas a todas las posibles preguntas que podrían hacernos acerca de mi pasado. Queríamos estar preparados para ofrecer la misma versión a cualquiera que se acercara a nosotros y en cuestión de minutos construimos el personaje que yo debía interpretar aquella noche, el de una joven alemana, que poco tenía que ver con los judíos.

A través de la ventana del vehículo admiré la belleza de la barroca fachada iluminada y adornada con las estatuas de los emperadores del Sacro Imperio Romano, al estilo de la arquitectura neorrenacentista, sobre la que destacaba una elevada torre de ciento doce metros de altura.

Aquel majestuoso edificio de piedra arenisca es sede del Parlamento de Hamburgo y posee seiscientos cuarenta y siete salas, seis más que el Palacio de Buckingham, en mi añorado Londres.

—¿Lista? —me preguntó Peter tras abrirme la puerta y tenderme la mano.

Asentí con la cabeza sin mucho convencimiento y bajé del coche permitiendo que el conductor continuara su viaje de vuelta. Le agarré del brazo y nos encaminamos hacia el edificio.

Tras atravesar la puerta de hierro accedimos al vestíbulo, una elegante sala con pilares de arenisca y una maravillosa escalera de mármol. La decoración interior era espléndida y todo parecía brillar con luz propia. Me hubiese gustado visitar cada una de las habitaciones de aquel majestuoso lugar pero no tuve oportunidad de hacerlo pues un mayordomo dirigió nuestros pasos hacia la sala imperial donde transcurriría la velada.

Aquella impresionante habitación de preciosas alfombras, paredes repletas de cuadros y una espectacular bóveda de la que colgaba una enorme lámpara, estaba ya repleta de personas acicaladas hasta las pestañas.

Nada más entrar observé cómo una mujer entorno a los cuarenta años, de baja estatura y corpulenta, se acercaba a nosotros contoneándose con un pomposo vestido y un excedente maquillaje.

—Es la señora Geisler, la esposa del capitán. —me susurró Peter antes de que llegara hasta nosotros. —Es la persona más repelente que he conocido en mi vida. Todos se ríen de ella pero no se da cuenta y va siempre con aires de grandeza. Hasta su marido es consciente de ello y él mismo llegó a confesarme que no sabe por qué se casó con ella.

No tardó en llegar a nosotros y Peter la saludó con una natural y cautivadora sonrisa de las suyas.

—Buenas noches, señora Geisler. ¡Qué agradable sorpresa verla esta noche aquí!

—Por nada del mundo me perdería la fiesta de tu tío, Peter, y mucho menos la oportunidad de bailar contigo. Casi con total seguridad eres el sargento más guapo de esta sala.

Tuve que reprimir una risa ante el descarado de aquella mujer.

—Gracias, señora Geisler, bailaré con usted, aunque lamento decirle que esta noche la mayoría de los bailes estarán reservados para mi prometida.

Miré a Peter sorprendida y él me hizo un gesto disimulado para que le siguiera la corriente. La señora Geisler me miró desconcertada y no se molestó en ocultar su desagrado.

—¿No es ella también la mujer más bella de esta fiesta? —continuó diciendo Peter.

—Por supuesto. —masculló. —Y ahora, si me disculpan, iré en busca de mi marido.

Peter inclinó cortésmente la cabeza y cuando se fue me miró divertido.

—¿Peter! ¿por qué le has dicho eso a la pobre mujer? —me reí.

—No he dicho nada que no sea verdad. —se defendió.

Lo cierto es que aquella señora parecía una persona bastante superficial y envidiosa y no pude evitar sentir lástima por ella al observarla actuar a lo largo de la noche.

Antes de que pudiéramos decir algo más, Rolf se acercó a nosotros con una amplia sonrisa en su rostro.

—Mi sobrino y su querida prometida. Me alegro de que hayáis venido. —nos saludó con efusividad.

—No nos dejaste otra opción. —bromeó Peter.

No tardó en despacharnos para ir a saludar a los nuevos invitados, así que pasados unos minutos volvimos a quedarnos solos. Fue entonces cuando se dirigió a mí para sacarme a bailar.

—Iba en serio lo que le dije antes a la señora Geisler. —me dijo.

Yo acepté y ambos nos dirigimos hacia el centro del salón donde todo el mundo estaba bailando.

Bailar aquellos compases tan aristocráticos nunca me había gustado. Me parecían lentos y aburridos, pero he de reconocer que me ocasionaba cierta ilusión bailar con él aquella noche.

No obstante, el recuerdo de lo ocurrido el día anterior me asaltaba cada vez que Peter me miraba a los ojos y no podía evitar sentirme incómoda en su presencia.

—Peter, lo de anoche... —empecé a decir, dispuesta a afrontar el tema con madurez.

—Elisabeth. —me cortó. —Soy consciente de que tenemos una conversación pendiente y de que te debo una disculpa por haberte dejado allí sola esta mañana; pero te ruego que lo dejemos para mañana. Disfrutemos de esta noche que tantos nervios ha causado a toda la familia.

Yo asentí con la cabeza, conforme, y empecé a dejarme llevar por la música. Fue entonces cuando comencé a disfrutar de verdad de la velada y ambos pudimos conversar y reír durante todo lo que duró el baile.

Cuando culminó, Peter me llevó hasta un grupo que conversaba animadamente. Al llegar, una joven llena de vitalidad le abrazó alegremente.

—Elisabeth, te presento a Alicia, una buena amiga y esposa de mi amigo y compañero Kurt.

—Encantada. —les saludé con cortesía.

Charlamos durante un buen rato; ambos eran muy agradables y no me sorprendió que Peter los escogiera como amigos. En un momento de la velada Alicia se acercó a mí y con su encantadora sonrisa me pidió permiso para bailar con él.

Observé cómo ambos se dirigían al interior de la pista y bailaban un precioso vals con música en directo. Fue ese instante en el que Rolf aprovechó para acercarse a mí y sacarme a bailar también. No quise negarme por temor a ofenderle; era consciente de que eso no ayudaría en nada así que con una falsa sonrisa accedí.

—Me gustaría conocer un poco más sobre usted, Elisabeth, es importante para mí saber cómo es mi familia y más aún la que acaba de llegar a ella —me indicó mientras bailábamos.

Yo no respondí y pensé en lo hipócrita que era. Cuando le conocí ni siquiera sabía que su sobrina aún seguía embarazada. Era una persona egoísta a la que poco le importaba el resto del mundo.

—¿Y qué quiere saber de mí, coronel? —pregunté yo con aparente serenidad.

—¿De dónde viene?

—De una aldea al sur de Alemania. Dudo que la conozca, es muy pequeña y no suele aparecer en los mapas.

—En ese caso no debe provenir de una familia muy influyente.

—No, pero mis padres me brindaron una excelente educación a la altura de cualquier familia adinerada. —repuse yo con orgullo.

—No lo dudo. —se defendió él mientras me daba una vuelta. —¿Y qué hace una chica de una aldea tan pequeña en Lübeck?

—Siempre me ha gustado viajar. Vine con mi hermana hace un año y ahí fue cuando conocí a su sobrino. Me robaron la cartera y él me ayudó a recuperarla. El resto de la historia puede imaginársela.

Hizo una pausa y se concentró en los últimos compases de la canción. Cuando ésta terminó él no me soltó.

—¿Sabe, Elisabeth? No me gusta la gente como usted. La gente que viene de un día para otro con la excusa de un error que cometió para quedarse con la fortuna de una buena familia.

—¿A qué se refiere, coronel? —repuse sin dejarme amedrentar. —Le recuerdo que ese niño es tan mío como de Peter.

—Mi sobrino es responsable de sus actos pero eso no significa que sea amor. En cuanto se dé cuenta de ello la mandará a usted de vuelta a esa aldea con sus educados padres de la que nunca debió salir. —respondió al tiempo que se separaba de mí. —¿Ha conocido ya a la señorita Silvia? Parece que tiene buena relación con Peter.

Tras soltar aquella pulla se marchó dejándome sola en medio de la pista de baile. Observé a Peter charlar con una mujer al otro lado del salón. Mi corazón latía de rabia por las palabras de aquel hombre tan ruin pero lo que más me enojaba era que tuviese razón; estaba jugando a ser la prometida perfecta de Peter y era cierto que en cualquier momento sería él mismo el que me ayudara a regresar a casa, y aunque tenía ganas de que aquel día llegara, Rolf Schneider había logrado irritarme.

Me acerqué a Peter y tanto él como la joven que le acompañaba me miraron incómodos. En aquel momento supe que ella era la muchacha de la que Peter me había hablado el otro día. Él me dijo que no estaba enamorado de ella pero estaba claro que ella sí que sentía algo por él y eso me partió el alma.

Peter me sonrió y se puso a mi lado.

—Silvia, te presento a mi prometida. —dijo él.

—Encantada. —me saludó ella con timidez.

—Lo mismo digo. —sonreí. —Peter me ha hablado mucho de usted. La tiene en gran estima.

Ella sonrió más tranquila y el ambiente de tensión se disipó dando paso a una agradable conversación que nos ocupó buena parte de la noche.

—¿Todo bien? —me preguntó él señalando hacia su tío cuando Silvia se marchó.

—Perfectamente. —disimulé.

Entonces, entre la multitud, encontré a una cara amiga que se dirigía hacia nosotros.

—Derek, ¿qué hace usted por aquí? —preguntó Peter desconcertado.

—Mi primo estaba invitado a la fiesta y como su mujer acaba de dar a luz a su primer hijo me cedió a mí su invitación.

—¡Cómo ibas a perderte tú semejante acto! —exclamé divertida.

Él asintió divertido.

—Señorita Connor, déjeme decirle, con el permiso de su futuro esposo, que está usted preciosa esta noche. ¿De qué famoso diseñador será ese vestido tan elegante que lleva? —bromeó él.

—Señor Fischer, está usted falto de memoria, pero ya me encargo yo de recordarle que es usted el genio de esto.

Todos nos reímos y entonces aproveché para darle mis más sinceros agradecimientos por lo

que había hecho por mí.

Peter se ofreció a ir a por algo de beber mientras charlábamos pero Derek denegó la invitación anunciando que se marcharía pronto.

Cuando Peter se fue, mi amigo me sonrió y yo hice lo mismo.

—Déjame felicitarte por lo de tu prometido. —me dijo de repente.

—Sí, es un buen hombre. —me limité a responder con aquella frase que tanto había repetido las últimas horas cada vez que alguien me me daba la enhorabuena por nuestra supuesta futura boda.

—Ya lo creo, no todo el mundo asciende a sargento primero de la noche a la mañana.

Fruncí el ceño desconcertada y él se rió.

—¡No me mires así! Todo el mundo lo ha comentado esta noche.

—¿El qué?

Derek me miró fijamente intentando averiguar si le estaba tomando el pelo, aunque desgraciadamente no era así.

—¿De verdad no sabes de lo que estoy hablando? ¿No te lo ha contado él?

—¿Contarme el qué? —pregunté impaciente.

—Lo de su ascenso. Al parecer entregó a dos fugitivos de la justicia que habían huido tras asesinar a un policía, y han decidido ascenderle por su acumulación de méritos, ¿de verdad que no sabías nada?

Fabian y Gustav regresaron a mi mente con más intensidad que nunca. Sentí cómo mi respiración se detenía por momentos y de repente, de todo el bullicio de la fiesta lo único que oía era mi corazón latir con fuerza.

—Igual era una sorpresa. —trató de tranquilizarme Derek observando con preocupación mi rostro empalidecido.

—Seguro que sí. —respondí con una sonrisa forzada.

Derek sin mucho convencimiento trató de cambiar de tema pero el daño ya estaba hecho y por más que hablaba, mi mente sólo podía pensar en que Peter, la persona a la que más había admirado en los últimos tiempos, había sentenciado a muerte a mis dos amigos.

Viendo lo poco comunicativa que estaba, Derek prefirió marcharse. Se despidió de mí dejándome allí, en mitad de un salón repleto de lujos, con una verdad que pesaba.

## CAPÍTULO 20

Giré sobre mí misma y avisté a Peter hablando con sus amigos; lo más seguro es que le hubieran retenido cuando iba en busca de la copa.

Me dirigí hacia ellos lentamente y Alicia me saludó con una sonrisa; sin embargo, fui incapaz de fingir expresión alguna.

Les encontré hablando de la guerra, un tema que sin duda se había convertido en protagonista durante gran parte de la noche. Despotricaban contra los Aliados y comentaban las novedades que había en relación con los judíos. Peter, sabiendo lo delicado que era aquel tema para mí quiso cambiar el rumbo de la conversación disimuladamente pero sus compañeros insistieron.

—¡Les vamos a hacer pagar por todo lo que nos hicieron años atrás!; Recuperaremos lo que nos pertenece! —exclamaba uno al que no había conocido aún.

—Sí, sin duda son los culpables de nuestra situación. —le apoyaba otro.

Sin poder seguir callando decidí intervenir:

—Bueno, no han sido ellos quienes han iniciado esta guerra.

Todos callaron al mismo tiempo y clavaron sus ojos en mí. Peter me miró sorprendido por mi osadía.

—¿Cómo dice? —preguntó el Cabo Mayor un tanto perplejo.

—Dos no pelean si uno no quiere. —aclaré. —Pero no olviden que fue Alemania quien empezó la contienda, no uno de los países Aliados.

—¿Acaso usted defiende a su patria? —preguntó el tío de Peter que había estado escuchando disimuladamente la conversación.

—Sí que lo hago; pero no me pidan que sea una hipócrita como ustedes porque no lo seré.

—Elisabeth. —me recriminó Peter.

—Nadie va a convencerme de que esta guerra es por el bien de Alemania ni mucho menos culparé a los Aliados de las consecuencias que ésta pueda tener. —continué diciendo al tiempo que ignoraba las miradas de Peter. —Una vez alguien me dijo algo con lo que estoy completamente de acuerdo y es que uno de los errores de Alemania durante la anterior guerra mundial fue creer que necesitaban una guerra.

—¿Qué está queriendo decir?

La música que sonaba en aquel instante se terminó en aquel momento lo que enfrió aún más aquella situación.

—No olviden lo que sucedió en el pasado porque como tantas veces se ha dicho «el pueblo que no conoce su historia está condenado a repetirla».

Me marché de allí bajo la mirada sorprendida de los que estaban presentes en la conversación.

Jamás me arrepentiré de lo que dije allí aquella noche; puede que mis ideas estuviesen equivocadas pero había sido yo misma, y en aquel momento era la verdad más grande que existía.

## CAPÍTULO 21

—Elisabeth, ¡para! —me gritó furioso desde la puerta. —¿Se puede saber en qué demonios estabas pensando?

Yo no me detuve y seguí con paso apresurado hacia uno de los taxis que había allí esperando; entonces Peter me alcanzó y me agarró del brazo.

—Te he dicho que pares. —me dijo con severidad.

—Tú no puedes ordenarme nada. —le respondí de igual modo.

—¡Eres mi prometida!

—Tú y yo no somos nada. —vociferé enfadada. —Jamás pensé que podrías caer tan bajo por un estúpido ascenso.

—¿De qué estás hablando?

—Hablo del precio que has tenido que pagar para convertirte en Sargento Primero. ¡Confíe en ti, Peter! Fabian y Gustav murieron por tu culpa, tú los mataste.

Peter cerró los ojos entendiendo el origen de mi enfado.

—¿Cómo te has enterado? —preguntó.

—La gente habla, Peter. Todos comentaban tus hazañas, admirando al héroe que creen que eres pero lo cierto es que eres tan vil como tu tío. —le grité.

—Me da igual lo que me digas, Elisabeth. No me arrepiento de lo que hice.

La entereza con la que dijo aquello me rompió definitivamente por dentro. Le había confiado mi vida y la de Ian. Le había admirado y había halagado su forma de ser y pensar y en aquel momento, la idea que tenía sobre él se resquebrajó en mil pedazos.

Con rabia y dolor volví a dirigirme a él tratando de controlar mis lágrimas.

—Pensé que te habías metido en el ejército para salvar vidas, no para quitarlas.

—¡Es mi deber detener a los malhechores de mi país! —se defendió.

—¡Fue un accidente!

Peter me apartó la vista y miró hacia el cielo al tiempo que suspiraba.

—Dime una cosa, Peter, ¿de verdad estás dispuesto a renunciar a tus principios por un simple ascenso?

—Estoy dispuesto a renunciar a mis principios por salvarle la vida a Ian. No sé si lo sabes pero desde que te conocí me he jugado el pescuezo por sacaros del país mientras tú andabas jugando a ser contable y presumir de familia perfecta.

Aquellas palabras terminaron destapando todo mi enfado y acabé por encararme una última vez.

—¿Te crees que ha sido fácil para mí? He visto morir a mi hermana pequeña a manos de los alemanes. He tenido que aguantar las miradas de reproche y de desprecio de tus padres y los insultos de la gente por la calle por fingir que soy tu prometida; y he tenido que asistir a esta maldita fiesta donde tu tío me ha humillado mientras tu te divertías con todas las chicas, para luego enterarme de que fuiste tú el que mandó matar a mis dos amigos.

Te pedí ayuda porque pensé que eras diferente, pero ya veo que estaba equivocada. —hice una pausa antes de darme la vuelta para irme y a continuación le dije: —Ahora sigue disfrutando de esa espléndida fiesta, Peter, o mejor dicho, Sargento Primero.

Me subí al coche sin darle tiempo a que pudiera decir nada más y le vi quedarse allí plantado mientras el coche se alejaba. Comencé a llorar todo lo que había estado conteniendo a lo largo de

la noche hasta que terminé de desahogarme.

Le pedí al conductor que me dejara junto a la Puerta de Holsten pues quería regresar a casa andando para que me diera el aire y poder así despejarme. Caminé despacio, sin ninguna prisa por llegar. En aquel momento me habría montado otra vez en ese automóvil y le habría pedido que me llevara lejos de allí para no volver a ver a Peter nunca más; pero tuve que tragarme mi propio orgullo para salvar a Ian. Los dos solos ahí fuera no habríamos durado ni una semana.

Cuando empecé a callejear oí de lejos el zumbido propio de los aviones cuando surcan el cielo. Elevé la mirada pero a pesar de estar despejado no llegué a ver nada. Continué mi camino y de repente ese mismo ruido comenzó a escucharse con más intensidad. Entonces, un bombardero pasó a gran velocidad sobre la ciudad y tras él, varias decenas más.

Lo único que recuerdo de aquel momento es cómo una bomba alcanzaba una de las casas al final de la calle haciéndome caer y perder el conocimiento a causa del impacto.

Cuando el bombardeo cesó, la gente comenzó a salir poco a poco de los sótanos en los que se habían refugiado y yo, aún tirada en el suelo tras recobrar el sentido, me levanté como pude mientras notaba como un reguero de sangre corría por mi frente.

El olor y el espeluznante escenario que aquellas aeronaves habían dejado me impactaron. Del silencio del desconcierto se pasó a los gritos; gritos de dolor, tanto físico como algo mucho más desolador como lo es la muerte de alguien a quien quieres.

Aquella estampa marcó mi existencia para siempre y desde entonces siento que tengo una deuda con la vida. Con la mía y con la de aquellos que no logré salvar.

Nunca me había sentido tan inútil como en aquella noche. Bastaron solo unos minutos para comprender que daba igual cómo de buena hubiese sido mi educación ni cuánto alemán sabía si después no iba a ser capaz de salvar una vida.

Recorrí las calles de Lübeck incapaz de ver, oír o sentir algo con claridad. Todo allí era turbación, desorden, caos.

Pasé junto a la Iglesia de Santa María, aquella a la que tengas veces fuimos a misa. La estatua del demonio, intacto, seguía con la misma expresión. Al final se había salido con la suya y la iglesia había quedado destrozada, igual que la catedral, igual que otros mil edificios de la ciudad.

Trescientas veinte personas murieron aquella noche, trescientas veinte personas de las que posiblemente ya nadie se acuerde.



## CAPÍTULO 22

Mis pasos me llevaron hacia el consultorio de Lübeck que aquella noche estaba atestado de gente.

Caminé por los pasillos observando con horror todo tipo de heridas y mutilaciones. La gente me miraba rogándome que le ayudara. Un pobre anciano me agarró del vestido dejando su huella ensangrentada en él mientras me suplicaba que le matara. Vi a niños llorar aterrorizados y doloridos, y entre la multitud vi también a Peter y a su familia.

Mi corazón se desbocó al pensar en Ian y acelerando el paso llegué hasta ellos.

—Dios mío, muchacha... —me dijo Bernard visiblemente preocupado acercándose a mí para examinar la herida que tenía en la cabeza.

—¿Dónde está Ian? —pregunté alarmada.

—Ian está bien. —dijo señalando hacia su mujer que lo mecía con serenidad entre sus manos junto a los dos niños de Berta.

—¿Qué ha pasado? —inquirí dándome cuenta de que ni Berta ni su marido estaban con ellos.

—Mi hermana ha perdido al bebé. —me respondió Peter conteniendo las lágrimas y sin mirarme. —Se cayó por las escaleras cuando intentaba llegar a un sótano para protegerse de las bombas y no pudieron llegar a tiempo al hospital para salvarlo.

Fui incapaz de reaccionar ante aquella confesión y lo único que sentí fue mis piernas flaquear hasta tal punto que pensé que me caería redonda en cualquier momento.

Observé la cara de dolor de Helen y nuestras miradas se cruzaron en un momento en el que ella quiso soltar todo el odio que sentía.

—Esos malditos ingleses pagarán por lo que le han hecho a mi pobre niña. —me dijo con los ojos llenos de ira.

Ingleses. Habían sido ellos quienes habían acabado con la vida de aquel bebé a quien no le dio tiempo ni siquiera a observar el mundo por primera vez. Lübeck fue una de las ciudades alemanas bombardeadas por la Royal Air Force<sup>[6]</sup> con el objetivo de atacar la población civil enemiga.

La gente se empeña en tachar de buenos o malos a los distintos bandos de una guerra pero lo cierto es que no hay ninguno mejor que otro cuando existe violencia de por medio y en una contienda la hay. Nadie mejor que yo lo sabe.

Peter me miró y yo le miré a él, y sin decir nada nuestras miradas intercambiaron reproches por todo lo ocurrido.

Me di la vuelta y me fui de allí bajo la mirada angustiada de Bernard que veía cómo la familia que hasta hace unas horas parecía estar tan llena de alegrías se rompía a cada hora que pasaba.

Pasé el resto de la noche deambulando por las calles, tratando de dejar atrás el horror de lo sucedido y a primera hora de la mañana logré llegar hasta la casa de Derek. Él me recibió preocupado, me dio una taza de café que ni siquiera logré tomarme y me curó la herida.

Le conté lo sucedido con Berta y la pelea con Peter aunque obviando el contenido de la misma.

Más tarde, y cuando había logrado tranquilizarme me entregó un vestido que él mismo había hecho para que pudiera cambiarme y dejar el de la fiesta.

—Mi madre quiere que la acompañe hoy misa. He quedado con ella en media hora. Puedes venir si quieres. —me dijo.

No lograba entender cómo después de lo sucedido la gente podía tener ánimos de acudir a escuchar una misa; pero Derek, con sus sabias palabras logró responder a aquella pregunta:

—A veces la fe es lo único que nos queda. La gente necesita tener fe para seguir adelante.

Los acompañé hasta una de las iglesias que aún se mantenía en pie después del bombardeo. Aquel domingo era Domingo de Ramos, el comienzo de una Semana Santa que fue la más trágica de la historia para aquella ciudad. En la homilía, el pastor luterano Stellbrink<sup>[7]</sup> interpretó el ataque británico como el juicio de Dios:

—¡Esta noche Dios nos ha hablado con potente voz! —anunció.

Días después, él junto a otros tres clérigos que se posicionaron en contra del régimen nazi fueron detenidos y un año después condenados a muerte por traición.

Los días posteriores fueron largos y lúgubres. La ciudad intentaba sobreponerse ante tan duro golpe y sanar las heridas que habían quedado abiertas.

Se llevó a cabo una misa por todas las víctimas del bombardeo y se dio sepultura a los fallecidos. En nuestro caso, acompañamos a Berta y a Hans al cementerio; Derek Fischer vino con nosotros aquella tarde.

El pequeño ataúd en el que descansaban los restos de su pequeña hija permanece con dolor en mi memoria. Vi a Hans llorar desconsoladamente y a Berta arrodillarse en el suelo, abatida.

Sin poder evitarlo me marché de aquel lugar sin dar explicación alguna. Derek, al ver que Peter no había mostrado ninguna intención de interesarse por mí, me siguió hasta las afueras del cementerio.

—¿Estás bien, Elisabeth?

—Ahora no, Derek. —repuse sin miramientos.

—Elisabeth, Berta te necesita, no puedes largarte así.

—No, Berta necesita a su hija. Desde que llegué a esta maldita ciudad me siento como si fuese un huracán que arrasa con todo. La gente que ha intentado ayudarme ha acabado muerta o llena de dolor y sufrimiento. No soporto más esta culpa que llevo dentro. —me desahugué con rabia.

Derek me miró sorprendido y preocupado al mismo tiempo. Debió de pensar que había perdido la cordura pues él poco entendía de lo que estaba hablando.

—¿Qué estás diciendo? —me dijo.

—Nada. —respondí cerrando los ojos mientras intentaba serenarme.

En ese instante Peter se acercó a nosotros.

—¿Puede dejarnos a solas?

Derek nos observó a los dos unos segundos. Desde la noche de la fiesta Peter parecía una persona distinta a la que él había conocido y toda aquella situación le resultaba incómoda y confusa.

Cuando se fue, Peter se dirigió a mí sin mirarme a los ojos.

—Marcho a París esta misma noche. Me han destinado allí una temporada.

Aquello logró captar mi atención.

—¿A París?

—Pienso cumplir mi palabra de ayudarte a sacar a Ian de Alemania así que tanto tú como el niño podéis permanecer en casa de mis padres todo el tiempo que yo esté fuera.

Asentí con la cabeza mientras soltaba un frío pero sincero «gracias».

Las horas posteriores fueron penosas teniendo en cuenta la buena relación que ambos habíamos tenido desde el principio. Fue su madre quien le ayudó a recoger sus cosas ante su inesperada marcha y se fue sin tan siquiera despedirse de mí, cosa que agradecí porque de haberlo hecho no habría sabido qué decir.

No me atreví a visitar a Berta hasta días después; había pasado una semana desde aquella desdichada noche y sentía que no podía alargar aquel momento más.

Aunque no me parecía buena idea llevar a Ian hasta allí, Hans insistió mucho en que así lo hiciera. Tanto Berta como sus hijos habían preguntado por él y Hans pensó que podría ayudarles el tener a alguien tan inocente como para seguir sonriendo después de lo ocurrido. La pérdida de aquel bebé había sido muy dura para la familia y la alegría empezaba a echarse en falta.

Hans me recibió con una ensayada sonrisa y cogió a Ian entre sus brazos con nostalgia.

—Berta te está esperando. Tenía ganas de verte. —me indicó.

La culpa me invadió de nuevo al ser consciente de que había dejado sola a una amiga cuando más me necesitaba; otra cosa de la que me arrepentiría mucho tiempo.

Entré en la habitación y la encontré tumbada envolviendo un ovillo de lana entre sus dedos. Al verme, sonrió levemente y me indicó con la mano que me sentara junto a ella.

—Me alegro de verte... —Me dijo con voz ronca.

—Lo mismo digo. —sonreí yo manteniendo la entereza. —Siento no haber venido antes pero...

—Tranquila, Elisabeth, no tienes que disculparte ante mí.

—Perdóname... —dije con un hilo de voz.

—¿Por qué? —dijo ella sin apenas inmutarse.

—Por todo lo que ha pasado. Yo no quería que...

—Elisabeth. Tú no tienes la culpa de esto. Nadie podía saber que Gran Bretaña iba a bombardearnos.

—Lo sé... —respondí secándome las lágrimas.

—Es lo que nos toca, ¿no?

Yo la miré extrañada.

—Ver cómo esta asquerosa guerra nos quita lo único que merece la pena en esta perra vida. —dijo con la mirada perdida.

—Berta...

—Era una niña, Elisabeth. —me susurró rompiendo a llorar. —Mi primera niña...

La abracé con fuerza y ambas lloramos durante varios minutos; lo necesitábamos.

Tras secarnos las lágrimas y recomponernos Berta me preguntó por Ian y me pidió que lo trajera hasta ella. Fui a por él y volví acompañada por Daniel, Adam y Hans.

Berta lo cogió en brazos y comenzó a hacerle carantoñas junto a sus dos hijos que se subieron a la cama junto a ella.

Hans me miró conmovido y me dio las gracias con un susurro.

Aquello me dio vida y parte del peso con el que cargaba se disipó.

Cuando Hans se llevó a sus dos niños fuera de la habitación y volvimos a quedarnos solas Berta me miró sin dejar de jugar con Ian.

—¿Qué pasó en aquella fiesta? —me preguntó de repente.

Mi corazón empezó a latir con fuerza y fui incapaz de reaccionar así que me limité a devolverle la mirada.

—Tu tío me quiere lejos de aquí. —le dije finalmente intentado desviar el tema a pesar de saber a donde quería llegar.

—Poco me importa mi tío. Me refería a Peter.

—Discutimos.

—Ya, eso lo sé, pero, ¿por qué?

Sólo el hecho de recordar los motivos me dolía.

—Prefiero no hablar de ello, Berta.

—Parecía afligido la última vez que lo vi. Sea lo que sea seguro que puede arreglarse.

—Lo dudo.

—Elisabeth, todas las parejas discuten.

—Lo nuestro es distinto. —repuse negando con la cabeza.

—No, no lo es. —dijo ella con convencimiento. —Yo no puedo cambiar nada de lo que ha pasado pero vosotros sí. Algún día os arrepentiréis de vuestra actitud y de no haber sabido arreglar lo que se rompió entre vosotros aquella noche.

Aquellas palabras parecían una maldición que no supe encajar en aquel momento. Berta desconocía gran parte de nuestra historia. Vivía engañada por dos de las personas más importantes de su vida y eso la mantenía en una burbuja romántica que yo no me atreví a romper; ni por ella, ni por mí.

## CAPÍTULO 23

Las semanas fueron pasando y las cosas volvieron a normalizarse. Yo regresé al trabajo en el astillero, que por suerte no había sido alcanzado por ninguna bomba, y eso me permitía tener la cabeza ocupada. Además, las charlas con Derek siempre terminaban por animarme y en las últimas semanas se había convertido en mi principal apoyo. A él comencé a confiarle todas mis preocupaciones y problemas y eso se podía volver en mi contra en cualquier momento pues él era capaz de sacarme todo lo que yo intentaba esconder dentro de mí.

Dándole vueltas a esto Derek me sorprendió:

—¿En qué piensas?

—Nada —mentí.

—Estás a punto de romper el papel de tanto subrayar la misma palabra. —me advirtió.

Reaccioné y levanté inmediatamente el lápiz.

—¿Has vuelto a hablar con él?

Yo negué con la cabeza. No había hablado con él desde que se marchó y de eso hacía ya tres semanas. Las únicas noticias que tenía de él eran las que me llegaban de Helen y Bernard cuando Peter les llamaba por teléfono. Ahí descubrimos que aquel repentino viaje había sido provocado por su tío Rolf, quien le había asegurado que era una oportunidad única para su profesión, o al menos eso es lo que les hizo creer a todos puesto que yo sabía que aquellas intenciones escondían algo más que un mero acto de generosidad hacia su sobrino.

—¿Cuánto tiempo pensáis estar así? —dijo Derek mientras firmaba unos documentos.

—Hasta siempre. —respondí yo con la mirada perdida en un punto fijo de la mesa.

Derek me miró divertido.

—Nadie deja de querer a su prometido de un día para otro.

Yo alcé la vista para mirarle a la cara y sentí la necesidad de deshacerme de una vez por todas de aquella mentira. Aunque solo fuese una vez.

—Nadie se convierte en la prometida de un hombre de un día para otro tampoco. —añadí antes de contarle toda nuestra historia y el verdadero motivo que me había llevado a entrar en aquella familia.

Derek me escuchaba sorprendido y con atención sin querer perderse ni un solo detalle de lo que le estaba narrando, como si de una novela se tratase.

Cuando culminé mi relato él asintió con la cabeza asimilando todo lo que había oído, y antes de que pudiera darme la vuelta para dar por zanjado aquel tema que me pesaba tanto Derek me dijo:

—Pues lamento decirte que se te ha ido de las manos, princesa.

Le miré desconcertada sin entender a qué se refería.

—He visto cómo lo miras. —aclaró.

—Qué sabrás tú. —contesté con desdén.

—Me ciño a los hechos. Tendrías que verte cuando estás con él. La forma en la que brillan tus ojos no la he visto ni en las parejas más reales.

Yo ignoré su comentario y proseguí con mi tarea, tratando de mantener la mente ocupada.

Cuando nuestra jornada terminó, Derek y yo abandonamos la oficina y esperamos en la puerta a que Bernard saliese. Había empezado a nevar en aquel momento y probablemente fuese de las últimas nevadas de aquella fría primavera.

Al llegar a casa me alegró ver que Berta y su familia habían venido a cenar con nosotros. Daniel y Adam jugaban con su padre en la calle que ya estaba cubierta por varios centímetros de nieve y Berta les observaba desde la puerta. Me acerqué a ella para saludarla cuando el más pequeño de sus hijos le tiro una bola de nieve. La batalla estaba asegurada.

Berta soltó un chillido al sentir el frío del agua en su mejilla y se abalanzó sobre ellos haciéndolos reír. Yo también acabé metida en aquella lucha de bolas de nieve y disfruté viendo sonreír a Berta de nuevo. Se lo merecía.

—¡Agáchate, Elisabeth! —Exclamó Berta poniendo voz ronca —Démosles a estos dos señoritos su merecido.

Adam comenzó a gritar mientras corría hacia su padre para ocultarse detrás de él.

—¡Eso no vale! —se defendió Hans. —No soy un escudo.

A continuación, lo cogió en volandas y lo tumbó en la nieve para hacerle cosquillas a lo que el niño respondió con más bolas de nieve.

Les observé conmovida. Aquella felicidad era a lo único que yo aspiraba en la vida; ¿por qué parecía tan difícil y lejano poder alcanzarla?

Decidí subir a ver a Ian y lo encontré dormido en su cuna al calor de unas mantas mientras Helen preparaba un caldo y mascullaba algo repetidas veces que yo no logré entender.

—Elisabeth, hija, menos mal que has llegado.

La miré extrañada y sin darme tiempo a responder me quitó el bolso de las manos y me tendió un trozo de papel.

—Es la hora de la llamada de Peter. Baja a la cabina y hazla tú mientras termino de preparar la cena.

Aquella llamada era una de las pocas cosas que motivaban a Helen aquellos duros días desde que se fue. Cada martes y jueves por la tarde ella le llamaba a la hora que Peter le había dicho, aprovechando un descanso que él tenía. Nunca faltaba a ninguna y aquel día tampoco estaba dispuesta a dejarlo pasar.

—Helen, será mejor que vaya usted, yo termino lo que esté haciendo. —le propuse deseando con todas mis fuerzas que aceptara.

—No te preocupes, ya hablé yo con él el martes. Querrá oír otras voces y no siempre la de su madre. Aunque como siempre le digo no escuchará una más sincera.

Apreté los dientes y sintiendo que no tenía argumentos para rechazar aquella petición volví a ponerme el abrigo para acudir a aquella cabina. De buena gana le habría pedido a Berta que hiciera esa llamada por mí, pero la estaba viendo disfrutar tanto que no quise molestarla.

Marqué el número y con gran inquietud esperé a que alguien descolgara al otro lado.

—Madre, ya pensaba que hoy no llamaría.

Volver a oír su voz me estremeció.

—Hola, Peter. —dije yo con voz suave.

Él no respondió inmediatamente; apuesto a que jamás pensó que sería yo quien le llamaría aquella tarde ni ninguna otra.

—Hola, Elisabeth. —me correspondió finalmente.

El silencio se interpuso entre nosotros hasta que Peter lo apartó.

—¿Qué tal está Ian?

—Está bien. Ha crecido mucho en las últimas semanas.

Aunque no podía verlo lo sentí sonreír al otro lado del teléfono, desde el primer día Peter había tenido una relación muy paternal con Ian.

—Elisabeth. —me dijo a continuación. —Creo haber encontrado la forma de sacaros del país.

Oír aquello me hizo reaccionar.

—¿Cómo? —me apresuré a preguntar.

—No tengo mucho tiempo para hablar así que solo te diré que necesito que contactes desde un teléfono público con alguien de confianza que tengas en Inglaterra.

—¿Para qué?

—Será nuestro intermediario en la frontera suiza, así que elige a la persona adecuada para ello, ¿de acuerdo?

—Sí. —afirmé yo.

—Bien, ahora te dejo. Saluda a mis padres de mi parte.

Antes de que pudiera responder, Peter ya había colgado. Dejé el teléfono en su sitio y regresé a la casa donde todo el mundo estaba ya preparándose para cenar. Llegué a mi habitación y me acerqué a la ventana apoyándome sobre la pared mientras veía cómo las luces de las farolas se encendían poco a poco. Segundos después me sorprendí a mí misma mirando el anillo que Peter me había regalado la noche antes de la fiesta. A pesar de todo lo ocurrido, había sido incapaz de quitármelo y aquello me desconcertaba.

Berta llegó y se situó junto a mí sin decir nada. Con nuestras miradas puestas en las calles blancas de Lübeck yo le confesé lo que llevaba días sin querer reconocer.

—Le echo de menos, Berta.

## CAPÍTULO 24

Los días pasaron de forma monótona aquellas semanas. Ian crecía por momentos y tenía encandilada a toda la familia con sus sonrisas y su inocencia. Cada noche pensaba en mi hermana y mentalmente le contaba los avances de su pequeño. También los míos, aunque no fueran muchos.

Tal y como Peter me había pedido la última vez que había hablado con él, busqué un teléfono público que estuviese alejado de miradas y oídos indiscretos e hice mi llamada. Había meditado mucho acerca de a quién elegiría para que nos ayudara con aquello y enseguida tuve claro en quién podía confiar casi con total seguridad.

—¿Frank? —le susurré al teléfono.

—¿Sí? —contestó una voz extrañada al otro lado.

—Frank, soy Elisabeth.

—Dios mío, Elisabeth, ¿estás bien? No hemos tenido noticias tuyas desde que te fuiste. Tus padres y yo estábamos muy preocupados.

—Estoy bien, Frank.

—¿Y tu hermana?

Al mencionarla tuve que morderme el labio para evitar dejarme llevar por las emociones. Ahora lo importante era salir de allí y aquella era la única forma que tenía de hacerlo.

—¿Elisabeth? —me llamó al no oír respuesta por mi parte.

—Os hablaré de Grace cuando regrese a casa, es una historia muy larga. —disimulé tratando de evitar el tema en aquel instante.

—¿Cuándo vuelves?

—Verás, Frank, tuve unos problemas al llegar aquí. Me robaron la documentación y estoy atrapada en este país. Por suerte he conocido a una familia que me está ayudando pero ahora te toca a ti.

—Por supuesto, ¿de qué se trata?

—Necesito que viajes a Suiza lo antes posible.

—¿A Suiza? —preguntó sorprendido.

—Voy a salir de Alemania y necesito que estés allí para ayudarme a cruzar la frontera.

Aquella noticia, como era de esperar, le pilló totalmente por sorpresa y no fue capaz de responder inmediatamente a mi petición.

—Frank, nunca antes te he pedido nada. Te ruego que me ayudes en esto, la vida de más personas está en juego por mi culpa. Necesito saber que puedo contar contigo.

—Elisabeth, sabes que siempre podrás contar conmigo.

—Lo sé y te lo agradezco.

—Dispondré todo para salir de aquí cuanto antes.

Suspiré aliviada y volví a darle las gracias.

—Elisabeth.

—¿Qué?

—Ten cuidado, te lo ruego. No soportaría la idea de perderte.

Es increíble lo caprichoso que es el destino en algunas ocasiones. Te pasas media vida tratando de ganar el amor de la mujer de la que estás enamorado desde la adolescencia y de la noche a la mañana esa misma mujer se promete en matrimonio con un alemán al que ni siquiera conocía.



Acordamos un día y una hora para volver a llamar y ultimar lo necesario y luego nos despedimos. Volví a la casa donde Bernard me esperaba para ir al astillero. Nunca solíamos tener conversaciones prolongadas pero aquel día estaba especialmente callado.

Cuando fui a bajar del automóvil, Bernard me frenó.

—Quiero hablar contigo antes de que te marches a trabajar.

La forma en la que dijo aquello me preocupó.

—¿Ocurre algo?

—Te oí el otro día hablar con Derek sobre tu verdadera historia.

Mi corazón comenzó a latir con fuerza al saberme descubierta. Fui demasiado descuidada, debería haberme dado cuenta de que Bernard trabajaba en el mismo sitio que nosotros y que podría andar lo suficientemente cerca como para escucharnos.

—No voy a juzgarte ni a echarte de mi casa. No es a mí a quien le corresponde hacerlo. —me dijo con serenidad. —Nadie más sabrá esto si tú no lo cuentas, solo quiero saber algo.

—¿El qué? —susurré.

—¿Es cierto lo que Derek dijo? ¿Estás enamorada de mi hijo?

Le miré sorprendida e incapaz de articular palabra alguna.

—Porque de no ser así te pido que soluciones tus problemas y te marches de aquí cuando antes. Conozco a Peter, y sé que él sí lo está de ti. Prolongar tu estancia sería provocar más dolor a esta familia.

Cerré los ojos mientras él hacía una pausa antes de seguir hablando.

—Pero si le quieres, si de verdad te importa, entonces déjame decirte, como padre suyo que soy, que mi hijo jamás encontrará a una mujer que sea tan buena para él como tú.

Tras decir esto se bajó del coche sin darme tiempo a responder. Supongo que, al igual que yo misma, tenía miedo a descubrir mi respuesta.

Salí del coche y di varias vueltas al mismo tratando de aclarar mis ideas pero la confesión de Bernard me había trastocado por completo.

Al final de la jornada no tuve fuerzas para regresar a casa en su compañía. No sabía qué decir ni cómo actuar ante él después de la conversación que habíamos mantenido. Derek se ofreció a acompañarme pero yo me negué, necesitaba estar a solas.

Al pasar por el cuartel, vi a Alicia junto a las escaleras. Seguramente debía de estar esperando a que Kurt saliese de trabajar.

Intenté pasar desapercibida fingiendo que no la había visto y acelerando el paso para evitar pararme a hablar con ella pero fue en vano.

—¡Elisabeth! —me llamó mientras corría hacia mí.

—Hola, Alicia. —respondí con una fingida sonrisa.

—¿Cómo está Peter?

La pregunta en sí y el tono de preocupación que empleó para formularla me desconcertó.

—Está bien. —me limité a decir —Continúa en París, no sabemos cuándo regresará.

—¿Cómo dices? Elisabeth, Peter llegó a Lübeck hace un rato. Kurt le llevó a casa porque no era capaz de mantenerse en pie. Tiene neumonía, por eso ha regresado.

La noticia me dejó helada y siguiendo mi impulso corrí de vuelta a casa para verlo con mis propios ojos. Cuando entré, Kurt y otro soldado esperaban de pie, en el salón.

—Kurt, ¿qué ha pasado?

—Llegó hace una hora en muy mal estado. Nuestro médico decretó que se trataba de una pulmonía. Iba a llamarte pero Bernard me dijo que no estabas en el astillero.

Me quité el abrigo y lo tiré sobre el sillón mientras me encaminaba hacia la habitación

rápidamente.

El aspecto demacrado de Peter era horrible. Tenía la tez pálida y el cuerpo tembloroso y empapado de sudor a causa de la fiebre. Apenas era capaz de abrir los ojos y si lo hacía no era capaz de percibir nada de lo que acontecía en su entorno.

—A saber cuántos días lleva así. —se lamentó Helen mientras le tocaba la frente para comprobar su temperatura. —Hay que bajarle esta fiebre inmediatamente. Voy a prepararle un baño de agua fría, ayúdame a quitarle la ropa.

—¿Yo? —exclamé incómoda.

—¿Ahora vas a decirme que te da vergüenza? —me reprendió. —¿He de recordarte que tenéis un hijo?

Helen tenía razón, no era la primera vez que veía a Peter sin ropa, aunque Ian no tuvo nada que ver en aquello.

## CAPÍTULO 25

Preocupación. Aquello era lo que se respiraba en aquella casa. Sólo había pasado un día desde que Peter regresó pero el no percibir mejoría en su estado era, sin la más mínima duda, desalentador.

Berta se había llevado a Ian a su casa para evitar que pudiera contagiarse pues a su corta edad aquello podría ser también peligroso. Ella venía cada día a visitarnos y su compañía nos reconfortaba.

Una tarde recibimos la inesperada visita del coronel Rolf. Helen no quiso separarse de su hijo así que Berta y yo preparamos café y le ofrecimos algunas pastas. Cuando estábamos todos en el salón, Bernard, intentado sacar tema de conversación mencionó lo que Peter nos había contado sobre su tío.

—Sabemos que fuiste tú quien intercedió por Peter para que se lo llevaran a Francia. —dijo con ingenuidad.

—Pensé que podría ser una buena oportunidad para él. Peter necesita recorrer mundo, vivir la vida.

—Y conocer a otras mujeres, ¿no es cierto? —intervine yo con impotencia sorprendiendo a Berta y a Bernard.

Él me miró y sonrió.

—Eso no depende de mí.

Llena de rabia por su actitud apreté los puños con fuerza luchando contra mí misma para contenerme.

—Estas pastas son deliciosas, ¿de dónde son? —preguntó Rolf intentado cambiar de tema.

Sin soportar aquella situación ni un segundo más me incorporé del sillón y, mirándole con dureza, le advertí:

—Si a Peter le pasa algo, tenga por seguro que usted será para mí el único culpable de lo sucedido.

—Lo mismo digo. —repuso él desafiante.

Aquella fue la última vez que vi a Rolf Schneider pero sus palabras me hicieron mucho daño. No podía soportar una muerte más sobre mi conciencia y aunque yo no tenía la culpa de que Peter estuviese enfermo sabía que aquello podría no haber pasado de no estar yo allí, porque de ese modo Rolf jamás habría enviado a su sobrino tan lejos.

Me encerré en el baño y grité en silencio; por nada del mundo le daría el gusto a ese hombre de verme perder los nervios.

Más tranquila regresé a la habitación con Peter y Helen quien, convencida por su hija y después de que Rolf se marchase, se fue a descansar unas horas.

A solas, Berta se interesó por mí y me preguntó si quería hablar de lo sucedido horas antes con su tío; sin embargo, me negué rotundamente.

Al cabo de un rato noté como Peter me agarraba sutilmente la mano.

—Peter... —susurré yo esperanzada.

Berta se acercó rápidamente y ambas nos miramos.

—Elisabeth. —dijo con voz muy débil y sin abrir los ojos.

—Estoy aquí, Peter —respondí yo con un nudo en la garganta.

—Tenía miedo de morir sin haberos visto una última vez. Los médicos dijeron que mi

neumonía era seria...

—No vas a morir, Peter, no dejaremos que lo hagas. —le animó su hermana.

—Además, Ian y yo te necesitamos. —concluí yo apretándole con fuerza la mano.

Permaneció en silencio unos segundos mientras buscaba las fuerzas para decir algo.

—Te quiero. —balbuceó.

Sentí un pellizco en el estómago al oírle decir eso y noté cómo Berta me miraba fijamente pendiente de mi respuesta pero yo no supe cómo reaccionar.

—Está delirando. —dije finalmente mientras me incorporaba del filo de la cama donde estaba sentada.

—¿Por decirle a su prometida que la ama? —repuso en tono molesto. —Deja de comportarte como una cría de dieciséis años, Elisabeth. Deberías probar a abrir algún día ese corazón que tienes y dejar entrar a todos los que te quieren de verdad. No puedes ser feliz encerrándote en un búnker de sentimientos toda tu vida.

Agradecí que Peter no hubiese escuchado nada de eso pues volvió a cerrar los ojos tras decir aquello. Berta no volvió a dirigirme la palabra y minutos después se marchó; parecía bastante molesta con mi comentario y nuestra relación se enfrió un poco en los siguientes días.

A pesar de convencerme a mí misma día y noche de que aquello había sido fruto de los delirios de un hombre que veía cómo su vida podría esfumarse a causa de aquella neumonía, el desasosiego se instaló en mi cuerpo desde aquel momento y no dejaba de preguntarme si se podía querer a la persona que había roto mi confianza de la forma más dura que pudiese existir. En todo caso, aquellos pensamientos solo significaban una cosa, problemas, y estaba dispuesta a acabar con todo con tal de evitarlo.

Una tarde en la que Helen entró a asear a su hijo, él despertó. Les oí hablar cuando caminaba por el pasillo y no pude evitar abrir la puerta para comprobar lo que mis oídos escuchaban.

—Gracias a Dios, Peter, gracias a Dios. —repetía la mujer emocionada. —No sabes lo preocupados que nos has tenido a todos, hijo.

Peter sonrió antes de volver con aquella tos persistente.

El ruido de la puerta les hizo mirar hacia donde yo me encontraba y Helen, con los nervios propios de la dicha que le ocasionaba ver mejorar a su hijo, me pidió insistentemente que me acercara pero yo no me moví.

—Pasa, cariño, no te quedes ahí plantada. —me dijo.

—¿Cariño? —reiteró Peter con voz ronca. —Creo que voy a tener que irme más a menudo de esta casa para que reine la paz entre vosotras.

Yo emití una leve sonrisa mientras Helen le regañaba cariñosamente antes de seguir poniéndole al corriente de lo acontecido en los últimos días.

—Tu hermana ha venido todos los días a verte y Elisabeth no se ha separado de tu lado desde que regresaste.

Peter clavó sus ojos en mí y aquella vez fui incapaz de apartarle la mirada.

—Gracias. —me dijo.

—Tú me salvaste una vez, ahora me tocaba a mí hacerlo.

## CAPÍTULO 26

—¿Cómo está Ian? —me preguntó tratando de romper el hielo.

—Está bien. —me limité a decir.

Helen, sin ser consciente de la tensión que se respiraba entre nosotros siguió hablando varios minutos más y luego se marchó a prepararle un caldo para que comiera algo.

El silencio se interpuso momentáneamente entre nosotros antes de que Peter volviera a atacar a mis sentimientos.

—Lo siento, Elisabeth.

—Cállate. —respondí con un hilo de voz.

—Elisabeth, por favor... —insistió.

—Llevo semanas luchando contra mí misma, Peter. Una parte de mí me dice que olvide, pero soy incapaz de perdonarte por lo que has hecho. Me traicionaste a mí al entregar a los hermanos Meyer.

—Déjame que...

—Quiero volver a casa. —le interrumpí.

Él me miró apenado al saber que definitivamente había destrozado la amistad que una vez tuvimos; pero haciendo gala de su caballerosidad recobró la compostura y aceptó mi deseo.

—¿Has contactado con la persona que te dije?

—Quedamos en llamarnos mañana por la mañana para concretarlo todo.

No hablamos mucho más puesto que Bernard entró en la habitación para ver a su hijo; sin embargo, al día siguiente a primera hora de la mañana, cuando terminé de vestirme y salí de la habitación de invitados donde había estado durmiendo el tiempo en que Peter había estado enfermo, pude comprobar que él también había abandonado la habitación y me esperaba en el salón.

—¿Qué haces levantado? —pregunté sorprendida.

—Acompañarte a recibir esa llamada.

—Peter, por favor, has estado a punto de morir por esa neumonía, necesitas descansar y reponer fuerzas.

—Voy a acompañarte, Elisabeth, y no hay más que hablar. —terminó diciendo mientras abría la puerta y me cedía el paso.

Enfadada por su cabezonería salí de la casa. Durante todo el camino ninguno de los dos hablamos hasta llegar a la cabina telefónica desde la que había llamado la última vez. Antes de marcar el número le pregunté el por qué había elegido Suiza en lugar de cualquier otro país fronterizo más cercano a Lübeck. Al parecer, Suiza estaba acogiendo en su país a refugiados de guerra que huiesen por motivos políticos o por sus ideales y ambos sabíamos que mis ideas no tenían nada que ver con las de Hitler.

Satisfecha con su contestación él aprovechó para lanzarme otra pregunta.

—¿A qué persona has elegido para ayudarnos?

Medité bien mi respuesta consciente de lo que aquello podía suponer en función de las palabras que empleara y finalmente le dije:

—El que podía haber sido mi prometido a día de hoy.

## CAPÍTULO 27

Aquella noche Frank cogería un vuelo con destino a Suiza y ya podía sentir cómo mis días en aquella ciudad llegaban a su fin.

Fue en esa idea en la que me centré los dos días siguientes para mantener la cabeza ocupada con alguna motivación. Por otra parte, Ian había vuelto a casa conmigo y desde que regresó apenas me había separado de él. Mi sobrino era lo único que me seguía atando a esa familia, pero cuando estuviera a salvo toda aquella farsa terminaría. O eso creía yo.

Cuando regresamos a la cabina para hablar con Frank la relación entre Peter y yo no había cambiado muchos desde la última llamada. Él estaba visiblemente recuperado y había decidido volver al trabajo ese mismo día a pesar de los intentos de su madre por evitarlo, así que nos encontramos allí mismo.

Las noticias de Frank eran alentadoras. Se había instalado en un hotel en la capital a la espera de recibir el lugar exacto al que tendría que acudir para ayudarme a salir de Alemania.

El plan era que él advirtiera a la embajada británica del país de que Ian y yo íbamos a salir de Alemania por los motivos que él ya conocía, para que cuando yo llegara hasta allí pudiesen ayudarme a lograrlo.

—Elisabeth, dile al señor Hoffman que le agradezco lo que está haciendo por ti y que toda tu familia está en deuda con él.

Miré a Peter sin saber muy bien qué hacer y finalmente le traduje sus palabras.

—He hecho lo que debía. —se limitó a decir Peter.

Cuando colgó él me miró pero yo le aparté la vista.

—Nos vemos luego. —le dije mientras me daba la vuelta.

Entonces Peter me agarró del brazo con delicadeza para frenarme.

—¿Puedo invitarte a un café? —me preguntó en tono suplicante.

Lo pensé un instante y sin estar muy segura acepté su propuesta. Fuimos a una cafetería próxima a la puerta de Holsten y nos sentamos en una mesa.

—Pensé que te negarías. —me confesó mientras nos servían las dos tazas.

—Si te soy sincera, yo también.

Dio un sorbo mientras miraba hacia otro lado intentado encontrar las palabras para decir algo.

—¿Qué pasó con mi tío? —preguntó directamente.

Yo le miré sintiendo que los nervios volvían a apoderarse de mí.

—Supongo que ya lo sabes, ¿acaso no ha sido Berta quien te ha puesto al tanto? —repuse molesta.

—Quiero que me lo digas tú.

Suspiré y bebí un poco de café.

—Tu tío me dejó muy claro que no quería que formara parte de esta familia y me advirtió de que tarde o temprano te cansarías de mí y me apartarías de tu vida. Por si acaso eso no pasaba, él solito decidió mandarte a París para que conocieses a otras mujeres.

Él negó con la cabeza lleno de rabia.

—Te juro que mi estancia allí ha sido únicamente profesional. No he estado con nadie que no fuesen mis compañeros. —me aclaró.

—Peter. —le corté. —No tienes que darme explicaciones de lo que haces con tu vida. Tú tío tiene razón, aunque él no lo sepa nosotros no somos nada, jamás te reprocharía algo así, no podría

hacerlo.

Él asintió y cuando estaba a punto de levantarme para marcharme de allí él volvió a insistir sobre aquello que tanto temía.

—Tenemos que hablar, Elisabeth. No puedo dejar que te vayas así.

A pesar de todo decidí escucharle. Lo necesitaba.

—Me he comportado como un imbécil desde aquella maldita fiesta y te pido disculpas. Necesito que sepas que no me siento orgulloso de lo que hice; me conoces, sabes que jamás habría condenado a morir a alguien sin motivo; pero desde que tú e Ian entrasteis en mi vida he hecho lo imposible para que nadie os descubriese.

—No nos metas a Ian y a mí en esto. Ninguno de los dos te pedimos que entregases a nadie.

—Lo sé, lo sé; pero si entregué a los hermanos Meyer fue porque de esa forma nadie tendría dudas sobre nuestra lealtad al régimen. Sé que no son excusas suficientes para defender lo que hice, tampoco pretendo hacerlo porque yo mismo me he sentido una persona despreciable desde el día en que te vi llorar frente a mí por ellos. Sin embargo, cuando la culpa volvía a mí aparecíais Ian o tú con una de vuestras sonrisas y lograbais calmar la ansiedad que sentía.

Debí haberme sincerado contigo en aquella fiesta pero la idea de perderte me asustaba. Me dejé llevar por los nervios, te dije cosas que no merecías y pagué contigo lo que le sucedió a mi hermana en el bombardeo; pero necesito que sepas que no te culpo de nada de lo que ha pasado.

Sus palabras volvieron a tambalear mi búnker de sentimientos, el mismo del que Berta me había advertido; no obstante, sabía que si aquello se venía abajo no habría vuelta atrás, todo cambiaría.

—No sabes lo difíciles que han sido para mí estas semanas, Peter. —dije con un hilo de voz. —Insistir en odiarte cuando todo parecía indicar que me estaba enamorando de ti.

Peter me miró sorprendido mientras yo me cubría la cara con las manos y suspiraba de alivio por haber soltado lo que llevaba semanas callando.

—Perdóname, Peter, quizás no es un buen momento para hablar.

Me levanté de la silla y me dirigí hacia la puerta. Peter ni siquiera me siguió porque se había quedado inmóvil ante lo que acaba de confesarle. Por una vez en la vida no me planteé si decir aquello había sido buena idea o no. Lo único que pasaba por mi mente eran las palabras que Bernard me dijo en el coche el día que llegamos al astillero; por supuesto que no quería hacerle daño, a él no, jamás me lo perdonaría.

## CAPÍTULO 28

Finalmente sí que le perdoné. Es tan difícil empezar a confiar en alguien y tan fácil romper esa misma confianza que a veces no te da tiempo a reaccionar. Reflexioné mucho acerca de lo que me dijo aquella mañana en la cafetería. Conocía a Peter bien; sabía que tenía un gran corazón, había hecho demasiadas cosas buenas por Ian y por mí, y no era justo que olvidara todo eso por lo sucedido. Me había dolido, y mucho, pero tenía que perdonar.

Aquel día no volví a hablar con Peter hasta la noche. Me fui con mi sobrino a cenar a casa de Berta para evitar encontrarme con él en una situación que sería de lo más embarazosa para todos.

Pasé un rato agradable en compañía de ella y su marido. Hablamos justo de aquello que necesitaba. De nada. De todo. De cosas sin importancia. Así pasamos las horas, entre risas y cervezas, sin más preocupaciones.

Cuando comenzó a hacerse más tarde de lo previsto decidí regresar a casa.

Berta abrazó a Ian con mucho cariño y lo tumbó con delicadeza en el carricoche.

—Gracias por venir, Elisabeth. Echaba de menos estos momentos.

—Yo también. —sonreí.

—Te acompaño a casa. —se ofreció Hans.

—No hace falta, Hans, prefiero ir sola.

—Elisabeth, es tarde, no hay nadie por las calles.

—Estaré bien. —les tranquilicé.

Cuando salí de aquel edificio y empecé a caminar de regreso a la casa solo podía pensar en cuánto deseaba que Peter estuviera dormido cuando llegásemos; sin embargo, algo me decía que aquello no iba a ser posible.

Cuando apenas llevaba unos metros recorridos, alguien me llamó en la oscuridad de la noche. Me giré sobresaltada y vi a Peter acercarse a mí mientras se frotaba las manos para calentárselas al tiempo que tosía.

—Peter, ¿qué estás haciendo aquí? Vas a coger frío y no te conviene.

—Mi madre me dijo que habías ido a ver a Berta. No quería que regresaras sola a casa.

—Puedo arreglármelas bien, no necesito a nadie a mi lado a cada hora del día. —repuse yo mientras me daba media vuelta y seguía caminando aún con el corazón en un puño ante su inesperada aparición.

—Lo sé. —admitió él.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí?

—No mucho.

Mentía. Sabía que había estado ahí esperando un buen rato; solo había que fijarse en cómo temblaba para darse cuenta de que llevaba horas a la intemperie.

—¿Por qué no has subido?

—Supuse que mi presencia te incomodaría. Quería dejarte disfrutar de esa velada.

Tras decir aquello no pude evitar frenar en seco y él, que caminaba detrás mía hizo lo mismo.

—¿Qué quieres, Peter? —susurré mientras sentía cómo todo mi mundo se desmoronaba.

—Una oportunidad.

—¿Para qué? —pregunté sin girarme.

Él no respondió y en su lugar me puso la mano en el hombro para hacer que le mirara a los ojos.



—Para nosotros.

—No puedo. —dije con un hilo de voz. —No puedo hacerte esto.

—En casa de tu hermana me dijiste que querías ser feliz. Intenta dejarte llevar por una vez en la vida, puede que te sorprendas.

—Si lo hago no podré volver atrás. —confesé dándome cuenta de que mi fuerza de voluntad se rompía en pedazos.

—Bien; porque no quiero que vuelvas a ningún lado.

Tras decir esto, Peter me agarró de la cintura y me atrajo hasta él para besarme con ternura.

—Te quiero, Elisabeth Connor. —me susurró mientras me apartaba un mechón de pelo y volvía a besarme.

## CAPÍTULO 29

Cerró la puerta tras de sí y me besó mientras nos desnudábamos. Me tumbó con delicadeza y se separó de mis labios para llevar los suyos hasta mi cuello bajando por la clavícula hasta llegar a mi torso desnudo. Noté como mi piel se erizaba al sentirlo tan cerca de mí y antes de dejar que siguiera recorriendo mi cuerpo con sus manos y su boca le llamé:

—Peter... —susurré con la respiración entrecortada.

Él me miró como solo una persona llena de amor y de deseo puede mirarte y sin poder resistirme más le besé apasionadamente atrayéndolo hacia mí.

Aquella noche, Peter y yo volvimos a hacer el amor, pero esta vez con la seguridad de saber que al día siguiente despertaríamos el uno al lado del otro.

A la mañana siguiente, cuando abrí los ojos, vi a Peter observarme mientras me acariciaba el pelo.

—Podría pasarme el día viéndote dormir tan plácidamente. —susurró.

Sonreí ante su comentario y él me besó con delicadeza en el cuello hundiendo sus dedos en mi cabello.

—¿Qué vamos a hacer ahora, Peter? —susurré sin dejar que se apartara de mí.

Odiaba romper aquel momento de esa forma pero aquella idea no se alejaba de mi mente desde que ambos nos habíamos sincerado la mañana anterior.

—¿A qué te refieres?

—A ti y a mí.

Peter se incorporó y yo hice lo mismo cubriendo mi torso desnudo con la sábana.

—Regresarás a Inglaterra con Ian, tal y como lo habíamos planeado.

—No quiero separarme de ti. —confesé.

—Yo tampoco. —dijo apoyando su frente en la mía. —Pero aquí no estáis a salvo, tú mejor que nadie lo sabes.

—Ven conmigo. —propuse.

Él entrelazó mi mano con la suya y mirándome con ternura contestó:

—Sabes que no puedo. Me convertiría en un fugitivo en mi propio país y en una amenaza para el tuyo, por no hablar de lo que podría pasarle a mi familia.

Sabía que tenía razón pero me costaba aceptarlo. Después de todo lo sucedido el destino volvía a separarnos. Peter acarició el anillo que él mismo me había regalado y a continuación añadió:

—Cuando esta maldita guerra acabe, juro que cruzaré todos los mares que hagan falta para llegar hasta ti y no volver a alejarme nunca.

—Cuando esta guerra acabe, pienso despertarme todos los días abrazada a ti y no soltarte jamás, Peter Hoffman.

## CAPÍTULO 30

Walt Whitman decía que estar con los que uno quiere es suficiente. Qué razón tenía.

Siempre había sabido valorar las cosas simples de la vida, pero en aquel momento había aprendido también a disfrutarlas.

Cuando Peter enfermó decidí quedarme con él hasta que se recuperara y Bernard tuvo que encontrar un sustituto, o mejor dicho sustituta, para mi puesto. Me alegró saber que Bernard había cambiado su forma de pensar acerca de las mujeres y su papel en aquel tipo de trabajos.

Desde que la contrató, Bernard insistió mucho en que aquel era mi trabajo y que siempre que quisiera podría regresar a él, y aquello me causaba una inmensa dicha; sin embargo, cuando acudí al astillero para explicarle a la nueva empleada sus funciones, Derek me habló de ella y de su buena disposición para hacer cualquier tarea que le mandaran y sentí que aquella buena mujer necesitaba mucho más ese trabajo que yo. Aún así, sé que si algún día deseara volver a trabajar Bernard sería capaz de inventar cualquier nuevo puesto en sus oficinas para tenerme allí trabajando junto a él.

Con total seguridad puedo decir que aquella semana fue de las más bonitas que he vivido nunca. Después de tres meses sentí que por fin pertenecía a aquella familia y que todos mis sentimientos y acciones eran reales y no una farsa para mantener a Ian con vida.

Cuando le conté a Derek las buenas nuevas acerca de la bonita relación que Peter y yo habíamos forjado en cuestión de días no se sorprendió. En las últimas semanas, Berta y él habían insistido en lo ciega que estaba por no ver lo que de verdad sentía; pero yo no quise reconocerlo.

Se alegró por mí e incluso bromeó presuponiendo que mis ojeras se debían a que había dedicado mis noches a otro tipo de cosas que no eran precisamente dormir; y era cierto, aunque no el único motivo.

Después de eso me confesó algo que me conmovió:

—Te voy a echar de menos en este astillero, princesa.

—Yo también, Derek, los días se pasaban más rápido cuando charlaba contigo.

—¡Eso! ¡tú no digas trabajando! Si tu suegro se entera de que era eso lo que hacíamos nos echa a los dos de aquí en este instante.

Yo me reí y él hizo lo mismo. Mi querido Derek, cuánto lo extrañaría.

Aquella tarde Peter salió antes de trabajar y regresó a casa para pasar algo de tiempo con Ian y conmigo.

Nos tumbamos en la cama y jugueteamos con el pequeñín durante horas. Su risa habría sido capaz de contagiar al mismísimo Hitler de no ser porque había sido él mismo quien había ordenado su muerte.

En uno de los momentos en que Ian se relajó acabó quedándose dormido entre nosotros. Le di un beso en la mejilla y le vi hacer el mismo gesto que mi hermana Grace cuando de pequeña arrugaba la nariz al acariciarle sus siempre sonrojados mofletes.

—Ian tiene suerte de tenerte. —me dijo Peter sacándome de mis pensamientos.

—La siento tan cerca cuando estoy con él. —le confesé.

Peter le acarició con delicadeza la mejilla y luego alzó la mirada para hablarme.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Tú dirás. —pregunté extrañada.

—¿Que pasó entre Frank y tú?

Aquella pregunta me pilló por sorpresa y durante unos segundos me dediqué a pensar en qué había dicho o hecho para que Peter hubiese cambiado a semejante tema tan repentinamente.

—¿Estás celoso? —bromeé.

Él sonrió.

—No tengo motivos para estarlo. Soy yo quien duermo contigo cada noche, ¿no?

Reí ante su pretencioso comentario y entonces decidí sincerarme como él lo había hecho semanas atrás.

—Frank lleva detrás de mí desde la adolescencia pero yo jamás le he visto como algo más que un buen amigo. Mi madre le adora y siempre ha deseado vernos casados y con cinco hijos alrededor pero yo siempre me negué a ello. Sin embargo, cuando mi hermana se fue de casa mi madre entró en depresión y mi padre, aunque siempre había respetado mi decisión, me rogó que le diera una oportunidad a Frank para tratar de contentar a mi madre. —hice una pausa. —Nunca llego a hacerlo pero sé que Frank iba a pedirme matrimonio cuando recibí la carta de mi hermana.

—¿Y qué habrías contestado?

Dudé unos segundos porque aquella pregunta, aunque parezca mentira, jamás llegué a planteármela con calma.

—No lo sé. —admití.

Ambos, tumbados en la cama con la mirada perdida en el techo permanecimos en silencio un instante, pensativos.

—¿No te parece como si tu hermana hubiese movido las fichas de un juego para que acabaras aquí conmigo?

Nunca se me había ocurrido pero era cierto que mi vida había cambiado por completo desde que recibí aquella carta. Me imaginé un instante en mi casa de Bradford, con Frank pidiéndome que me casara con él junto a la chimenea en la que tantas horas pasé charlando de diversos temas con mi padre. Sin noticias de Grace, sin conocer a Peter Hoffman.

¿Verdaderamente somos nosotros los únicos que podemos forjar nuestro propio destino? En mi caso, la experiencia me decía que no todo está siempre en nuestras manos.

## CAPÍTULO 31

Recogí a Berta y a sus dos pequeños y fuimos de compras a la plaza del ayuntamiento como semanas atrás solíamos hacer.

Antes de regresar a casa decidimos parar en unos jardines para que Daniel y Adam pudieran jugar un rato. Además, a Ian le estaban empezando a salir sus primeros dientes y llevaba un par de días más irritado de lo normal así que pensamos que un poco de sol y aire fresco le vendría bien.

Mientras Berta y yo charlábamos vimos a Peter caminar hacia nosotras con su uniforme militar. Tras saludar a sus sobrinos con un cariñoso gesto cogió en volandas a Ian, que se encontraba sentado en el suelo arrancando los pétalos de una flor, y lo hizo reír a carcajadas antes de darle un tierno beso en sus sonrojados mofletes.

—Te veo bastante recuperado, hermano. —le hizo saber Berta mientras Peter volvía a dejar a Ian sentado sobre la hierba.

—No me ha faltado gente que me cuide. —repuso él guiñándome un ojo.

A continuación se acercó a mí y sin importarle las miradas indiscretas que pudiera haber a su alrededor me besó en los labios.

A pesar de sus intentos, Berta fue incapaz de ocultar su sorpresa; jamás nos había visto mostrar ni un ápice de cariño entre nosotros y aquel gesto fue del todo inesperado para ella. A pesar de todo, Peter y yo decidimos llevar la situación con naturalidad y no hicimos ningún comentario al respecto.

—Tengo una sorpresa para ti. —me dijo mientras sacaba de su chaqueta un sobre. —Iba a dártela esta noche pero os he visto a lo lejos y no he podido resistirme.

Me lo tendió y lo abrí impaciente al tiempo que trataba de averiguar qué podía ser. Enseguida extraje de él una fotografía en la que aparecíamos Peter y yo en los salones del ayuntamiento de Hamburgo la noche de la fiesta. A pesar de no recordar que alguien nos hiciese fotografía alguna, me pareció una imagen realmente bonita. Recordaba aquel momento perfectamente puesto que fue al principio de la velada, después de que la señora Geisler se acercara a nosotros con gran vanidad.

La persona que hizo aquella fotografía captó el momento exacto en el que Peter y yo nos miramos con una sonrisa cómplice.

—¡Me encanta! —confesó Berta que la observaba junto a mí entusiasmada.

—El fotógrafo es el primo de Alicia. Ha sido ella quien me la ha hecho llegar a través de Kurt.

La admiré varios segundos más antes de que los llantos de Ian nos hiciesen girarnos rápidamente hacia él. Mientras andábamos distraídos no nos habíamos dado cuenta de que Ian, en un intento de ponerse en situación de gateo, se había caído dándose en la frente con un bordillo.

—¡Ian! —exclamé preocupada al ver el surco de sangre que caía de su frente.

Peter lo cogió enseguida mientras Berta, con la templanza de la que yo carecía, le examinó la herida.

—Está bien, Elisabeth. Sólo tiene un corte, nos acercaremos al consultorio y Hans le echará un vistazo. —intentó tranquilizarme.

Asentí con la cabeza mientras lo cogía en brazos para tratar de calmarlo mientras nos dirigíamos hacia allí.

Al llegar, Hans se acercó a nosotros extrañado por vernos a todos entrar.

—¿Qué ha pasado?

—Se ha hecho una pequeña brecha en la frente. —le explicó su mujer.

Hans lo tumbó sobre una camilla y en apenas unos minutos le curó la herida. Apenas hizo falta coserle un par de puntos y desinfectarla. Antes de intentar entregarme a mi sobrino, lo meció en sus brazos hasta que logró calmarlo. Estaba claro que él tenía más maña y experiencia con los niños que yo.

—No ha sido para tanto. —anunció Hans mientras miraba a Ian. —Eres un chico muy fuerte, ¿verdad?

Lo era. Mucho más de lo que yo lo había sido en aquel momento.

—Es madre primeriza, Hans, aún no sabe la de heridas de guerra que va a tener que curar. Los niños no paran quietos ni un segundo. —bromeó Berta intentando normalizar la situación de nuevo.

Sin embargo, apenas fui capaz de escuchar lo que decía porque sin darme tiempo a reaccionar sentí un ligero vahído que me hizo apoyar la mano sobre el hombro de Peter. Él me miró y enseguida se giró hacia mí.

—¿Estás bien, Elisabeth? Te veo pálida.

Apenas tuve tiempo para responder. Mi cuerpo se desplomó en el suelo en cuestión de segundos y lo último que recuerdo antes de perder el conocimiento fue la voz lejana de Berta repitiendo mi nombre mientras Peter me sujetaba con preocupación.

Cuando desperté estaba tumbada en la camilla donde previamente mi sobrino había sido atendido. Peter estaba a mi lado y sonrió al verme abrir los ojos.

—No te hacía tan aprensiva. —bromeó.

—Ser madre cambia hasta tu forma de ser— dijo Hans acercándose a mí y guiñándome un ojo como había hecho con Ian. —¿Cómo te encuentras?

—Mareada. —admití.

—Bébetelo. Te ayudará. —me indicó él mientras me tendía un vaso de agua con sal.

Tras darle un par de sorbos pregunté por Ian.

—Está fuera con Berta. No ha vuelto a quejarse de la herida. —Me tranquilizó Peter.

—Será mejor que vayas a buscarlos. Por experiencia sé que no se quedará tranquila hasta que lo vea ella misma con sus propios ojos.

Peter se rió y finalmente accedió abandonando la habitación.

—¿Qué me ha pasado?

—Te habrás mareado por la sangre y el estrés de lo que le ha pasado.

Yo no respondí inmediatamente y él empezó a leer mis pensamientos.

—¿Te ocurre algo?

—Nunca me ha impresionado la sangre. —reconocí en tono reflexivo.

Él me miró desconcertado sin entender a dónde quería llegar.

—En serio, Elisabeth, está todo bien. Le podría pasar a cualquiera le guste o no la sangre. —siguió diciendo sin apartar la vista de mí.

Viendo que seguía sin decir nada, él se atrevió a preguntar:

—A no ser que haya algo que yo no sepa.

Le miré mientras sentía cómo mi corazón se aceleraba a cada segundo que pasaba. No le había dado importancia, o mejor dicho, no había querido dársela, pero lo que había sucedido aquel día me había hecho pensar seriamente en que había algo más detrás de todo aquello.

—He tenido dos faltas en los últimos dos meses. Jamás me había pasado antes. —confesé.

Hans asintió con la cabeza proporcionando una seguridad y una tranquilidad que dejaba clara su profesionalidad.

—¿Crees que podrías estar embarazada?

## CAPÍTULO 32

Salí a pasear y llegué hasta la casa del señor Raymond. El tiempo había pasado tan rápido que el solo hecho de pensarlo me asfixiaba. Habían pasado tres meses desde que llegué a Alemania, tres que cambiaron mi vida al completo.

Cuando Hans mencionó la palabra «embarazo» hace un par de días mi mundo entero se paralizó.

Segundos antes de que Peter y Berta regresaran a la habitación le había hecho prometer a Hans que no dijese nada sobre aquello y él así me lo garantizó. Me hizo una analítica para confirmarlo pero yo sabía ya cuál era la respuesta.

En aquella situación lo único que se me ocurrió fue ir al astillero. Bernard se sorprendió al verme pero no hizo preguntas. Le dije que venía a visitar a Derek y él, a diferencia de lo que habría hecho hace unos meses, no lo impidió.

Cuando llegué me dijeron que Derek había salido a almorzar y que no tardaría en llegar. Decidí esperarlo en la entrada de las oficinas mientras observaba cómo varios trabajadores eliminaban la pintura vieja de un barco de pesca para posteriormente pintarlo. Echaba de menos aquel ambiente; los ruidos, las voces de los trabajadores y el olor a mar.

En este momento de nostalgia lo vi aparecer a los lejos. Andaba con pasos firmes al tiempo que se desabrochaba el abrigo con una mano mostrando una camisa blanca de cuadros, y se quitaba el sombrero con la otra. La elegancia con la que llevaba aquellas prendas podría hacer creer a cualquier persona que era alguien importante, criado desde pequeño entre dinero y joyas, y no un trabajador más de una oficina de astilleros.

—Ya veo que tu pasión por la moda se empieza a notar en tu estilo, amigo mío.

Él frenó al oír mi voz y se giró desconcertado hacia el lugar desde dónde provenía.

—Esos son los buenos ojos con los que me miras. —sonrió él. —¿Y esta visita? ¿Tanto de menos echas trabajar aquí?

—Te hecho de menos a ti. —confesé.

—Lo mismo digo, princesa. La muchacha nueva que ocupa tu puesto es muy maja, pero apenas me da conversación y sabes cuánto me gusta hablar con la gente.

Me reí ante su comentario pues yo mejor que nadie sabía que era cierto. Derek me miró divertido y aún extrañado por mi presencia allí volvió a preguntarme.

—Necesitaba hablar contigo, Derek. —le dije sin poder ocultar mi tono de desesperación. —¿Crees que podrías concederle a una amiga unos minutos de tu valioso tiempo?

—Por supuesto que sí; pero si el jefe me regaña te echaré las culpas a ti, que para eso eres su nuera. —bromeó.

Sin embargo, aquella vez fui incapaz de disimular sonrisa alguna. Fue entonces cuando se percató de que algo me ocurría y acercándose a mí me inquirió:

—Elisabeth, ¿estás bien?

A pesar de mis intentos por evitarlo las lágrimas cayeron por mis mejillas sin freno y allí, en aquel astillero, bajo la mirada de un sorprendido Derek que nunca antes me había visto llorar, me derrumbé.

—Dios mío, Elisabeth, ¿qué ocurre? —dijo tirando de mí hacia un lugar, lejos de miradas indiscretas. —¿Es Peter? ¿Acaso ha recaído?

—Peter está perfectamente, Derek.



—¿Ian? —insistió.

Yo negué con la cabeza y él sin entender nada, decidió callar para darme un abrazo que agradecí más que nada en el mundo.

—¿Te apetece dar un paseo por el muelle?

Asentí con la cabeza mientras me secaba las lágrimas y ambos caminamos hacia allí en silencio. Cuando estaba más tranquila y tras hablar de temas insignificantes con los que Derek pretendía mantener mi mente ocupada, me sinceré con él.

—Estoy embarazada, Derek

Jamás olvidaré su cara de sorpresa; una mezcla de duda y alegría se reflejaba en ella.

—Joder, princesa, empiezo a pensar que te gusta meterte en líos. —dijo finalmente.

Derek entendía a qué se debía mi preocupación. Era una inglesa sin papeles que estaba a punto de atravesar una frontera en plena Segunda Guerra Mundial con un niño judío a su cargo. Si las cosas ya eran complicadas de por sí, aquello solo podía aumentar más mi desasosiego.

—¿Qué voy a hacer, Derek? —pregunté en tono reflexivo.

—Estás pensando en...

—No pienso abortar si es lo que ibas a decir. —le corté. —Quiero a este niño.

—Elisabeth, yo no entiendo mucho de estos temas pero por lo que sé sólo hace unos días que habéis empezado a estar juntos de verdad, ya me entiendes, ¿no es pronto para saber que...?

Yo negué con la cabeza provocando que Derek no terminara la frase.

—Yací con él la noche antes de la fiesta.

El asintió asimilando todo lo que le estaba contando y luego me preguntó:

—Y Peter, ¿qué opina de esto?

—No lo sabe aún, solo hace dos días que me enteré. Tampoco sé si decírselo.

—¿Estarás de broma? Es el padre.

—Lo sé, pero temo lo que pueda pasar cuando lo sepa.

—Te diré yo lo que va a pasar, princesa. Querrá criar a ese niño junto a ti el resto de su vida en cuanto se entere de que va a ser padre, y esta vez de verdad.

—A eso me refería, Derek. Dentro de poco regresaré a Inglaterra. Temo que Peter cambie de opinión al saber que no podrá criar a su hijo hasta que esta guerra acabe y yo no puedo arrestarle a la vida que le espera si decide venir conmigo. No puedo hacerlo.

Ambos permanecemos en silencio un instante con la mirada fija en el agua donde se reflejaban nuestros rostros.

—Pase lo que pase, Elisabeth, quiero que sepas que me hace muy feliz la noticia y aunque tú y yo no seamos familia, deseo que me dejes malcriar a ese niño. Quiero ser el tío genial que le da todo lo que sus padres le niegan.

Le miré emocionada y reí ante aquella última frase.

—Sabes que sí, Derek.

Tras visitar a Derek, cuyas palabras lograron transmitirme confianza y serenidad, me dirigí al consultorio y esperé a que Hans terminara de atender a un paciente. Mientras esperaba, me crucé con Alicia, quien, al verme, se acercó a mí con una sonrisa radiante.

—¡Elisabeth! ¿Cómo está Peter? Kurt me dijo que ya estaba totalmente recuperado. Quise acercarme a verle pero yo también llevo unos días más débil de lo normal.

—¿Y eso? ¿Estás enferma? —pregunté yo.

Ella sonrió.

—Estoy embarazada. —me confesó emocionada.

Al decir aquello el mundo se me volvió a venir encima y sentí un pellizco en el estómago. ¡Qué

extraño y caprichoso era el destino en ocasiones!

—Me alegro muchísimo, Alicia. —logré decir al fin.

Ella me siguió contando cómo había reaccionado Kurt ante la noticia y lo feliz que se habían puesto sus padres al saber que iban a ser abuelos. Finalmente se interesó por mí y por el motivo que me había llevado hasta aquel consultorio.

Sin saber qué decir y casi instintivamente posé mi mano sobre mi vientre mientras agachaba la cabeza meditando mi respuesta.

—Yo... —balbuceé.

—Tú también estás...— me cortó ella sorprendida.

No pude evitar sonreír al observar la expresión de su cara y ella dio por confirmada con eso mi respuesta.

—Dios mío, Elisabeth.

Me abrazó con fuerza visiblemente feliz por la noticia y después me confesó cuánta ilusión le hacía que su hijo y el de su mejor amigo fuesen a crecer juntos como ellos lo habían hecho antaño.

—¿Qué ha dicho Peter? —quiso saber emocionada.

—El aún no lo sabe. Ni siquiera sé cómo decírselo. —admití preocupada.

—Elisabeth, conozco a Peter desde que éramos unos críos. Estoy segura de que vas a hacerle el hombre más feliz del mundo con esta noticia.

Yo asentí y ambas volvimos la vista hacia Hans quien acababa de llegar hasta nosotras.

—Por lo que veo no necesitabas nada para confirmar tu estado. —me dijo Hans divertido mientras nos miraba. —Enhorabuena, Elisabeth. —dijo corroborando nuestras sospechas.

Cerré los ojos mientras asimilaba todo aquello.

Enamorarme no había estado nunca en mis planes cuando decidí viajar a Lübeck en busca de mi hermana; pero lo que jamás habría imaginado es que regresaría con una criatura en mi vientre.

Alicia me acompañó hasta la casa pues había quedado con Kurt y con Peter allí para dar la buena nueva a su amigo.

Al llegar, ambos nos recibieron con una de sus encantadoras sonrisas y Alicia, llena de felicidad, no pudo evitar coger a Ian en brazos al verlo sobre el regazo de Peter.

—Tenía tantas ganas de conocer a este pequeñín. —reconoció mientras lo abrazaba con fuerza. —Se parece a su madre, ¿verdad?

Peter y yo nos miramos apenados.

—Seguro que es tan guapo como ella. —dijo él finalmente con una leve sonrisa cómplice.

Yo asentí mientras me sentaba a su lado y dejaba que él me agarrara la mano.

—¿Y bien? —dijo a continuación. —¿Vais a decirme de una vez eso que lleváis todo el día ocultando? Me tenéis en ascuas.

Alicia me miró con una radiante sonrisa y luego miró a su marido.

—Alicia y yo vamos a ser padres. —le contó su amigo

Peter me miró sorprendido intentado comprobar si lo que había oído era cierto.

—Teníamos tantas ganas de decírtelo. —siguió diciendo Alicia.

—¡Dios mío! ¡Enhorabuena! Es una noticia maravillosa. —dijo Peter emocionado mientras se levantaba para abrazar a sus dos amigos.

## CAPÍTULO 33

Hablar con Alicia me ayudó mucho. Conseguí aliviar la carga que llevaba días arrastrando y ver las cosas de otra forma mucho más positiva.

Una noche, mientras limpiaba la herida de Ian, Peter entró en la habitación con una caja envuelta con un papel blanco y un lazo azul marino.

—¿Y esto? —pregunté sorprendida mientras lo abría con cuidado.

En el interior encontré un precioso vestido de satén de color granate. Era pegado, con las mangas bajas dejando al descubierto los hombros y estaba anudado a la espalda dejando visible parte de la misma.

—Es precioso, Peter. No tenías que haberte molestado.

—Quiero invitarte a cenar esta noche. —me dijo repentinamente sentándose junto a mí.

Le miré extrañada y él sonrió.

—¿No puedo invitar a mi prometida a cenar? —exclamó él divertido.

—Puedes. —asentí yo. —Aunque creo que no hace falta recordar cómo acabamos la última vez que lo hiciste.

Peter se rio.

—En la mejor noche de mi vida, te lo aseguro. —respondió dándome un besó fugaz en los labios.

Yo sonreí; me aliviaba saber que guardaba un buen recuerdo de aquella noche.

—Me cambio y salimos. —acepté.

Me puse el vestido que me había regalado y me maquillé tratando de ocultar las ojeras que tenía a causa de las noches que llevaba sin dormir. Dejé mi pelo ondulado suelto y cogí algo de abrigo pues a pesar de estar en mayo aún seguía refrescando por las noches.

Cenamos en el mismo sitio que la última vez y disfruté aun más si cabe. En cuestión de semanas nuestras vidas habían dado un giro al completo y todo aquello parecía verdaderamente increíble.

Peter apartó aquellos pensamientos de mi mente durante un instante para recordar que el próximo martes era la llamada definitiva de Frank, donde concretaríamos fecha y hora para abandonar el país ; aquello me asustó y mientras él continuaba hablando yo no podía dejar de darle vueltas a una cosa. De nuevo, el miedo volvía a mí.

—Peter, ¿qué ocurrirá contigo cuando Ian y yo nos vayamos?

Él me miró desconcertado, como si no entendiera a qué se debía aquella pregunta.

—Nada. —respondió. —Seguiré trabajando hasta que esta guerra acabe y pueda ir a buscarte. Puede que tenga que regresar a París, al puesto que dejé cuando enfermé.

—¿Y si tu tío tiene razón? ¿Y si encuentras allí a una mujer que te haga feliz?

Peter frunció el ceño.

—No sería raro. —continué diciendo con un tono inquietantemente sereno. —Tampoco podría reprocharte nada.

—Ya te dije que no tengo intención de buscar a ninguna mujer; olvida todo lo que mi tío Rolf te dijo, por favor.

—Peter, no quiero irme. No puedo irme. —confesé notando como la desesperación se apoderaba de mí.

—Ya lo hemos hablado y...

—Te dije que no sabría volver atrás si te dejaba entrar completamente en mi vida. Te lo advertí. —le corté. —¿Y sabes qué? Me encantaría odiarte en este momento y culparte de todo; pero no puedo. No puedo porque, a pesar de todo, no cambiaría por nada ni un solo minuto que he vivido contigo y porque soy igual de responsable que tú en todo lo que nos ha pasado.

Solté aquellas palabras de sopetón, casi a modo de reflexión y me arrepentí enseguida de haberlas pronunciado. Él me miró sorprendido, sin comprender por qué, de repente, la angustia se había apoderado de mí.

—Elisabeth, ¿qué ocurre?

Noté cómo una arcada subía por mi esófago pero logré detenerla a tiempo.

—Necesito salir de aquí. —Me apresuré a decir mientras me levantaba y me dirigía hacia la puerta.

Peter dejó un billete en la mesa y salió corriendo detrás de mí hasta llegar junto al río.

—Me estás asustando, Elisabeth, ¿qué pasa?

Respiré profundamente para tratar de serenarme y cuando sentí que podía hablar sin que me temblara la voz me giré hacia a él.

—Nada. Volvamos a casa.

Peter me frenó obligándome a sentarme en el banco que teníamos al lado.

—Hemos confiado el uno en el otro siempre. No voy a permitir que eso cambie ahora.

—No puedo, Peter. —murmuré con un nudo en el pecho.

—No irás a decirme que has cambiado de opinión y que quieres casarte con Frank. —bromeó tratando de quitar tensión al momento.

Yo sonreí levemente mientras negaba con la cabeza y la agachaba. Frank. ¿Qué pensaría él de todo aquello?

—Me dijiste que tu sobrino era judío sin saber cómo reaccionaría. No creo que haya nada para decir más difícil que eso. —me dijo mientras me apartaba un mechón de pelo de la cara.

Yo le miré conmovida y armándome de valor finalmente lo solté:

—Estoy embarazada, Peter.

Él separó su cara de la mía para contemplarme mejor y asegurarse de que lo que le decía era totalmente cierto. Estaba serio y su rostro reflejaba asombro. No sé lo que le pasó por la cabeza en aquel instante.

—Tenía mis sospechas desde hace unos días pero todo se hizo real en la consulta de Hans, cuando fuimos a curar a Ian.

Peter se cubrió la cara con las manos apoyando los codos en sus rodillas. El corazón me latía con fuerza y otra vez sentía ganas de vomitar.

—No sabía si contártelo o no; pero al oírte hablar de mi marcha a Inglaterra me he asustado. No quiero irme.

—Seguir aquí es peligroso para todos. Si alguien se entera de que no eres alemana estaremos perdidos. Rolf no parará hasta descubrir la verdad de nuestra historia.

—Pero...

—Me iré contigo a Inglaterra. —me cortó.

—Ni hablar; ya hablamos de las consecuencias que eso podría traer. Si Alemania gana esta guerra serás un traidor, a saber lo que pueden hacerte si te encuentran.

—No pienso dejar que pases por todo esto tú sola. Ni quiero ni puedo.

—Y yo no pienso arrástrate a este futuro incierto por algo que ni siquiera habías buscado.

—¿Arrastrarme? —repetió alzando un poco la voz— Elisabeth, ese niño es mi hijo. Lo buscare o no, ¿qué otra vida podría preferir a la de poder criarlo junto a ti?

Sus palabras se clavaron en lo más hondo de mi alma y un escalofrío sacudió todo mi cuerpo.

—¿Acaso dudas de lo nuestro? ¿De verdad pensabas que me iba a enfadar, que no me iba a ilusionar al saber que estabas esperando un bebé?

—¡No! —exclamé antes de hacer una pausa para reordenar mis ideas.— Tengo miedo. —susurré al fin con un hilo de voz. —Desde que puse un pie en Alemania nunca temí arriesgar mi vida por lo que hiciera falta. No me importaba morir por salvar a Ian o a cualquiera de vosotros, pero ahora que llevo a esta criatura dentro mí... Tengo miedo de que pueda pasarle algo, Peter.

Cerré los ojos con suavidad y noté cómo Peter cogía la mano que reposaba sobre mi rodilla.

—Todo va a salir bien, Elisabeth. Te prometo que tanto tú como ese niño estaréis a salvo. Confía en mí. —me tranquilizó.

Me acercó a él y apoyé mi cabeza en su pecho mientras me daba un beso en la cabeza que logró frenar un poco mis miedos.

—Dios mío, vamos a ser padres. —declaró con la voz temblorosa.

Alcé la mirada para verle y observé cómo se secaba una lágrima que corría por su mejilla. Jamás le había visto emocionarse con algo hasta aquel momento. Yo sonreí y él hizo lo mismo apoyando su frente en la mía.

—Te quiero. —susurró.

Nos fundimos en un tierno beso. De las mil maneras que imaginé aquel momento ninguno se parecía al que acabábamos de vivir, pero quizás fue eso lo que lo convirtió en uno de los momentos más especiales y felices de mi vida.

Volvimos a casa en silencio, asimilando juntos lo que estábamos viviendo.

Por primera vez en la vida comprendí de verdad lo que Grace sentía cuando me pidió que cuidara de Ian si a ella le pasaba algo. Aquel bebé se había convertido en mi mayor prioridad y en mi mayor preocupación.

Al día siguiente, cuando todos vinieron a comer a casa como cada domingo él apenas pudo esperar a que se sentaran en la mesa para darles a todos la noticia.

Me miró y con una dulce sonrisa sujetó mi mano con fuerza.

—¿Bendecimos la mesa? —dijo Helen mientras colocaba la servilleta sobre su regazo.

—Esperad. Hay algo que me gustaría deciros.

Todo el mundo calló y clavó la vista en Peter quien me miraba nervioso por lo que estaba a punto de decir.

—Por Dios, que sea la fecha para la boda. —suplicó Helen intuyendo por donde iban los tiros.

—Madre... —le reprendió Berta cariñosamente.

—Lamento decirle que lo que su hijo va a contarle no le va a gustar tanto. —repuse yo divertida.

Hans, el único que sabía lo que estaba pasando comenzó a soltar unas sonoras carcajadas.

—Elisabeth está embarazada. —anunció Peter finalmente.

Ví a Berta llevarse las manos a la boca sin poder creer lo que acababa de oír y a Bernard mirarme con sorpresa.

—¡Válgame el cielo! ¿Os habéis propuesto matarme de un disgusto los dos? —exclamó Helen asimilando la noticia.

—Enhorabuena, hermano. No sabes cuánto me alegra esto. —dijo Berta sorprendida levantándose para abrazarlo.

Helen hizo lo mismo que su hija y Bernard y yo nos miramos sin levantarnos de la mesa.

—El amor también puede doler. —le susurré recordando lo que días antes me había dicho al descubrir mi verdadera identidad.

—Pero merece la pena. —respondió.

Aquella noche, alejados de los oídos de mis suegros y de Hans, Peter y Berta me confesaron algo que supuso un gran asombro para mí. Al parecer, ella conocía nuestra verdadera historia desde el día en que nos conocimos. Entre ellos dos nunca ha habido ningún secreto y desde un principio Peter le puso al tanto de mi situación y de la necesidad de que todos pensaran que Ian era nuestro hijo. Pude entonces comprender muchas de las palabras y los gestos de Berta en determinadas situaciones. Recordé sus palabras cuando Peter marchó a Francia y ella me insistió para que arregláramos lo nuestro. Había sido nuestra celestina particular sin que nos diésemos cuenta.

—¿Por qué me contáis todo esto ahora? —le dije confundida por lo que me habían relatado.

—Porque intuyo cómo debes sentirte en este instante. A ojos de todos es tu segundo embarazo; pero no es verdad. Supongo que tendrás dudas, miedos y quería que supieras que puedes contar con Berta para lo que necesites. Ella tiene más experiencia que nosotros en esto.

—Os mataría aquí mismo de no ser porque os quiero demasiado a los dos. —confesé con una seriedad que hizo que los dos hermanos se rieran.

—Lo siento, amiga mía, no quise decirte nada para que no bajaras la guardia.

Saber que no tenía que seguir fingiendo con ella me aliviaba enormemente así que pudimos hablar con total tranquilidad acerca de lo que pasaría a partir de aquel momento.

—¿No creéis que es demasiado arriesgado lo que tenéis planeado hacer estando tú en cinta? —advirtió Berta.

—¿Y qué propones? —pregunté yo

—Podrías casaros.

Peter y yo nos miramos.

—Ni siquiera tengo un documento de identidad que poder presentar.

—Pero ahora mismo no eres la única en esa situación. —intervino Peter pensativo mientras se acariciaba la barbilla. —Los bombardeos dejaron muchos lugares reducidos a cenizas. La gente lo ha perdido todo.

—¿Insinúas que diga que perdí todos mis documentos en el bombardeo? —pregunté yo.

—Aquella noche discutimos, mucha gente lo sabe. Podemos decir que cuando intentabas regresar a tu ciudad natal el bombardeo te sorprendió y lo perdiste todo.

—A mí me parece una buena idea. —afirmó Berta ilusionada con la idea. —Nadie hará preguntas al respecto.

—Permíteme que lo dude. —repuse. —Os recuerdo que vuestro tío no me quiere en esta familia. Me dejó bien claro que quería que me alejara de vosotros.

—De mi tío me encargo yo llegado el momento. —se apresuró a decir Peter.

## CAPÍTULO 34

Pensé mucho sobre aquello durante toda la noche y al final la idea dejó de parecerme tan mala. La guerra era la mejor excusa para esconder algo tan grande como nuestra identidad. Sólo quedaba contactar con Frank para avisarle del cambio de planes y conseguir una nueva documentación que me permitiera seguir allí legalmente.

Había quedado en llamar a Frank el próximo martes. Hasta entonces debíamos seguir fingiendo como lo habíamos hecho hasta ahora.

El lunes, Peter vino a buscarme a la casa porque tenía algo preparado para mí.

Durante todo el camino le llené de preguntas cuya única respuesta era su encantadora sonrisa. Llegados a un punto me pidió que cerrara los ojos y por si acaso él también me los cubrió con su mano. Me guió divertido al interior de lo que parecía ser un edificio y cuando estábamos dentro me dejó abrir los ojos.

Me sorprendió al ver que aquella casa estaba desnuda. Apenas había muebles y el frío que se percibía me hacía intuir que hacía mucho tiempo que la chimenea no se encendía.

—Hace años que llevo fijándome en esta casa. Siempre había querido envejecer aquí, en la casita blanca junto al río. —me susurró Peter rodeándome con sus brazos hasta posar su mano sobre mi vientre —Y ahora que sé que os vais a quedar aquí, conmigo, he pensado que podría ser un buen momento para comprarla.

—Peter... —respondí con un hilo de voz, visiblemente emocionada.

—Ahora mismo parece un poco fría, pero confío en tu buen gusto para decorarla. Si quieres, claro.

Me aparté de él y caminé por la estancia mientras asimilaba aquello que Peter me proponía. Pues claro que quería. Habría aceptado vivir con él hasta en el lugar más desagradable que existiera porque nada podía empañar la inmensa felicidad que sentía.

—Te amo, Peter Hoffman. —dije finalmente.

Él sonrió y yo le besé con ternura.

—Aún no es oficialmente nuestra pero podríamos estrenarla ahora mismo si te apetece. —me susurró insinuante.

Sonreí divertida y lo arrastré hasta la que sería nuestra futura habitación. Me tumbó con delicadeza en la cama y nos quitamos la ropa hasta quedar de nuevo desnudos uno frente al otro y así, como queriendo detener aquel instante para siempre hicimos de aquel momento algo único e inolvidable.

—No le pasará nada al bebé por hacer esto, ¿verdad? —preguntó inocentemente.

—No... —sonreí yo.

Tras hacer el amor permanecemos abrazados un buen rato sin decir nada. Él me acariciaba el vientre con las yemas de sus dedos dando vueltas en círculos.

—Gracias. —le dije yo.

—¿Por qué?

—Por compartir tus sueños conmigo, por haber intentado hacerme feliz desde el día que me acogiste en tu casa y por haberme dejado que forme parte de tu vida. —respondí posando mi mano sobre la suya.

—Yo soy el que te estará eternamente agradecido. Ningún regalo puede compararse con el saber que voy a ser padre con la mujer a la que más he deseado y a la que más he amado en toda

mi vida.

Volvíamos a besarnos mientras yo me tumbaba sobre él.

—¿Sabes cuándo me fijé en ti de verdad por primera vez? —me preguntó apartándose un mechón de pelo de la cara.

—¿Cuándo? —pregunté intrigada.

—En la puerta de Holsten, la primera vez que te vi, cuando me dijiste que tus únicos enemigos eran aquellos que se interpusieran en tu camino.

Me reí recordando aquel tenso momento y entonces él añadió:

—Tú forma de ser es capaz de volver loco a cualquiera y yo te dejé entrar en mi vida aun sabiendo que podría acabar perdidamente enamorado de ti.

Puedo decir con total seguridad que aquellos días fueron de los mejores de mi vida. Mi estancia en Alemania se basó en la mentira desde el primer día, construyendo una historia que no era real en la que todos nos convertimos en actores de nuestra propia vida. Sin embargo, puedo decir que amar a Peter fue lo más verdadero que he sentido nunca.



## CAPÍTULO 35

Es increíble lo efímera que puede llegar a ser la felicidad. Siempre fui de la opinión de que se necesitaban días malos para comprender lo felices que son el resto; sin embargo, de haber sabido lo que ocurriría a partir de aquel día no habría permitido que ni Peter ni yo abandonásemos aquella casa nunca.

El martes relucía y las flores de la primavera propias de un precioso día de mayo estaban más bonitas que nunca.

Había quedado con Peter por la tarde para acudir juntos a la esperada llamada con Frank, una llamada que no se produciría hasta horas después de lo previsto.

Apenas me dio tiempo a entrar al cuartel cuando las sirenas llenaron con su desagradable ruido la ciudad de Lübeck, las mismas sirenas que debieron haber sonado la noche del bombardeo para advertir a toda la ciudad de la tragedia que estaba a punto de acontecer pero que permanecieron en silencio.

Las pocas personas que quedaban en la calle a esa hora comenzaron a inquietarse y a correr desconcertadas de un lado para otro siguiendo las instrucciones de los soldados que les indicaban dónde poder refugiarse.

La mirada de Peter y la mía se cruzaron desde la distancia y le oí gritar mi nombre entre la multitud. Con paso decidido me dirigí hasta él quien me guió hasta el sótano junto al resto de militares para que me refugiara; él en cambio volvió a la superficie para ayudar en lo que fuese necesario.

Los minutos pasaban y no se oían ruidos de bombas u otros artefactos y enseguida comenzó a propagarse la idea de que aquello tan solo había sido una falsa alarma. Horas después descubrimos que no había sido Lübeck el objetivo de los británicos sino la ciudad de Colonia donde cientos de personas murieron aquella noche y miles se quedaron sin un hogar donde vivir.

Desgraciadamente aquellas no habían sido las únicas ciudades bombardeadas y se dice que años después, cuando Winston Churchill estaba observando las imágenes devastadas de estas ciudades se preguntó a sí mismo si habían sido unos monstruos.

Habría deseado que estuviese él mismo allí para comprobarlo.

Cuando todo pareció calmarse comenzamos a salir de aquel búnker. No obstante mi sufrimiento no acabó ahí.

Sin saber que durante todo el tiempo que habíamos estado encerrados allí dentro alguien había estado observándome con fijación, comencé a recorrer los pasillos del cuartel buscando a Peter; pero antes de que pudiera encontrarlo un soldado con el uniforme de las SS se interpuso en mi camino.

—Me parece que tú y yo teníamos una conversación pendiente, inglesa.

Se me paró el corazón al verle. Aquel era el soldado del que había tenido que huir la tarde en la que mi hermana murió, cuando las SS se llevaron a los hermanos Meyer y al señor Wolf.

—Aléjese de mí, por su bien se lo digo. —le amenacé sin dejarme amedrentar.

Él respondió a mi osadía agarrándome bruscamente del brazo hasta llevarme al patio interior del cuartel, alejado de todas las miradas.

—¡Suélteme! —le grité.

—Aún tengo la cicatriz de la brecha que me hiciste con aquel endemoniado candelabro. Y déjame decirte algo, pienso hacer contigo aquello que tenía planeado aquel día.

—Como me toques me pondré a gritar. Esto está lleno de soldados que me conocen y no dudarán en separarte de mí.

—Como grites, le diré a todos que eres una puta inglesa. Nadie querrá ayudar a la persona culpable de que el otro día muriese tanta gente en Lübeck, y entonces, no solo tendrás que aguantarme a mí sino a todos esos hombres desesperados que quieren vengarse de una vez por todas.

Tras decir esto, se abalanzó sobre mí cómo un cerdo. Traté de librarme de él pero me tenía arrinconada sin dejarme apenas movilidad para poder defenderme. Su mano sujetaba con fuerza las mías mientras se desabrochaba el pantalón con la otra.

Comencé a gritar desesperada pidiendo auxilio y él me golpeó para que me callara; sin embargo, instantes después un joven soldado abrió la puerta.

—¡Márchate! —vociferó mi agresor.

El joven no supo cómo reaccionar y yo le rogué con la mirada que me ayudase. No tardó en correrse la voz entre los que estaban en aquel pasillo y enseguida una cara amiga apareció por la puerta.

—¡Kurt! —exclamé nerviosa.

—¡Suéltala! —dijo él dándole un empujón para quitármelo de encima.

—Desde cuándo defendemos a los británicos. —se defendió él.

Kurt me miró sorprendido y por un instante temí que me dejara a manos de aquel animal; pero Peter, que estaba buscándome, llegó hasta allí a tiempo y al ver la nefasta escena comprendió lo que estaba sucediendo.

—¡Apártate de ella, cabrón! —gritó furioso propinándole un empujón.

Respiré profundamente intentando controlar los nervios mientras me llevaba instintivamente la mano al vientre en señal de protección.

—¿Estás bien? —me preguntó inmediatamente sujetando con delicadeza mi barbilla para que le mirara a los ojos.

Antes de que pudiera responder el soldado de las SS volvió a hablar.

—El impecable militar, Peter Hoffman, teniendo relaciones con una inglesa. ¿Hay algo más aborrecible que eso?

—Cierra la puta boca si no quieres que te la parta aquí mismo. —Se volvió Peter hacia él verdaderamente enojado.

—Peter, por favor. —le frené asustada.

—Tranquilo, sargento. —siguió hablando de forma provocativa. —Nosotros te guardaremos el secreto pero a cambio tú comparte a esta preciosa ramera con nosotr...

No pudo acabar la frase porque Peter le dio un puñetazo rompiéndole la nariz. Cuando el soldado fue a devolvérselo, Kurt y otros hombres se interpusieron.

—Cálmate, Peter, antes de que se líe una buena. —le pidió Kurt.

—¡Tus superiores se enterarán de esto! —gritó el otro tratando de provocar a Peter.

—Llévate a Elisabeth de aquí. —insistió Kurt.

Peter hizo caso a las palabras de su amigo y cogiéndome de la mano tiró de mí hasta llevarme lejos del cuartel. Traté de seguir su ritmo pero la ansiedad por lo sucedido apenas me dejaban respirar y tuve que detenerme a recobrar el aliento.

—Elisabeth, ¿qué tienes? —me preguntó preocupado.

—Sólo necesito parar un momento. —respondí nerviosa.

Me acompañó hasta un banco y se sentó junto a mí.

—Ha estado a punto de violarme. —logré decir con un hilo de voz.

—No tenía que haberte dejado sola ahí dentro —se lamentó apoyando su frente en la mía. — Perdóname.

—Me ha reconocido, Peter. Él fue quien detuvo a los hermanos Meyer y al señor Wolf, el mismo que me quitó mi documentación. Me ha reconocido. —repetí.

—Tranquila, solucionaremos esto; te lo prometo.

Me besó en la frente y a continuación me abrazó. Estando más tranquila regresamos a casa. Al ver nuestras caras desencajadas, Bernard no pudo evitar preguntar por lo que había sucedido y Peter le contó todo.

Antes de que acabara de narrarle todo tuve que apresurarme para llegar al baño donde vomité repetidas veces. Un embarazo y semejante situación de estrés no era una gran combinación.

—Por dios, muchacha, vas a quedarte en los huesos a este ritmo. —dijo Helen mientras me sujetaba el pelo.

—¿Estás bien? —me preguntó Peter preocupado.

Yo asentí con la cabeza.

—Le pasa a todas las preñadas. Lo sabrías si vuestra relación se hubiese formalizado cuando debía y hubieses seguido junto a ella su anterior embarazo. —le reprochó su madre.

Después de aquello, Helen me preparó una manzanilla para que se me asentara el cuerpo. Cuando Peter se marchó a la ducha, yo me quedé con Ian. Sentirlo en mis brazos me proporcionaba una mayor tranquilidad y con esas logré relajarme un rato en el sofá a la espera de que se quedara dormido.

Una hora después sonó el timbre de la casa. Bernard abrió la puerta y la voz que respondió al otro lado me estremeció.

—Es tarde. —dijo Bernard con calma. —Será mejor que vuelva mañana.

—Sólo será un momento. —insistió abriéndose paso hasta entrar al interior del vestíbulo — Necesito solucionar algo con Peter.

Bernard me miró y el soldado hizo lo mismo.

—Vengo en son de paz. —anunció levantando las manos. —Quiero pedirle perdón a Peter por lo de antes.

—¿A Peter? —dije sorprendida a la vez que molesta. —Es a mí a quien le has faltado el respeto.

Sin embargo, aquella frase no llegó a escucharla porque algo había captado su atención.

—¿De dónde has sacado a ese niño?

Miré a Ian y le abracé con fuerza desconcertada.

—Es mi hijo. —repuse yo.

—Eso no es verdad. Este niño es judío. Estaba en una de las casas judías que visité. Yo mismo le hice la marca que tiene en el cuello y te puedo asegurar que no eras tú la mujer que lo sostenía en sus brazos. —hizo una pausa. A continuación miró a Bernard y luego a mí —¿Estáis protegiendo a judíos? Porque de ser así os advierto de que estáis acabados.

Nunca obtuvo una respuesta porque Bernard le golpeó en la cabeza con una lámpara haciéndole caer al suelo, con la mala fortuna (o buena y que Dios me perdone) de que se desnucó al darse con la mesa de madera del salón.

## CAPÍTULO 36

Bernard y yo nos miramos asustados ante el giro inesperado de los acontecimientos. No tardaron en salir de sus respectivas habitaciones Peter y Helen quien gritó al ver el cadáver del soldado tendido en el suelo.

—Cielo Santo, ¿qué ha pasado? —dijo Peter totalmente descompuesto.

—Conocía a Ian, sabía que era judío y nos amenazó con denunciarnos. —expliqué yo en un estado de nervios que nunca antes había experimentado.

—Mierda, ¡joder! —exclamó Peter sabiendo el problema en el que estábamos metidos.

Enseguida recobró la compostura y llevándome casi arrastrando a la cabina de teléfono me pidió que llamara a Frank.

—Dile que mañana a última hora de la tarde estaremos allí. Que se prepare.

Sus padres desconcertados trataron de interrogar a su hijo pero éste no respondió.

—Apagad todas las luces, ¡ya! Que nadie sepa que estáis despiertos.

Ellos obedecieron mientras Peter se vestía y preparaba lo básico para huir de allí.

—Mamá, Papá. Berta os lo explicará todo, pero ahora necesito que hagáis algo por mí. Esperad a mañana por la mañana y avisad al tío Rolf de lo sucedido.

—¿Cómo? —dijo Bernard asustado.

—Me voy con Elisabeth a Inglaterra, para cuando se den cuentan estaremos cruzando la frontera, así que hazlo. Dile que no sabías nada de esto, invéntate cualquier cosa para que te crean; pero por nada del mundo le digas a nadie que Ian es judío.

Helen comenzó a llorar asustada y Peter le abrazó.

—Lo siento. —le susurró.

Bernard me miró y yo hice lo mismo. Era el momento de despedirse.

—Has sido como un padre para mí todo este tiempo. —le dije consternada. —Gracias por tu apoyo, Bernard.

—Nunca olvides quién eres, Elisabeth. —me dijo él. —Soy yo el que te está agradecido por todo.

La noche de la fiesta me había dicho justo lo contrario; que fingiera ser una alemana para que nadie se percatase de aquella mentira que habíamos montado; sin embargo, aquellas palabras cargadas de amor y sinceridad decían lo contrario.

Nos marchamos apresuradamente de allí e inmediatamente una idea se me vino a la cabeza.

—¿Y si dejamos a Ian con Berta?

—¿Qué? —dijo sorprendido.

—Tu hermana le adora, Peter. El único que sabía que Ian es hijo de judíos era ese soldado y ahora está muerto. Sólo busco lo mejor para él y lo que estamos a punto de hacer es peligroso.

Peter aceptó mi idea tras pensarlo unos segundos, y los tres nos encaminamos a casa de Berta quien acogió nuestra propuesta sin pensarlo tras narrarle lo sucedido en las últimas horas.

—Marchaos. —nos dijo. —Y nos os preocupéis por él. Ahora lo importantes es que huyáis del país.

—Gracias, Berta.

Aunque sabía que era lo mejor para todos, despedirme de ella y de mi sobrino me costó un mundo.

Nuestra última parada fue en casa de Derek. Peter le había llamado para pedirle que nos

llevara hasta Stuttgart en su coche para que nadie pudiera identificarnos. Era un viaje largo, pero él aceptó encantado. El viaje duró unas 10 horas así que llegamos a la ciudad a primera hora de la mañana.

Odiaba las despedidas. Cada minuto que pasaba lo tenía más claro.

Derek me abrazó con fuerza sin dejarme tiempo para decirle nada.

—Ni se te ocurra despedirte de mí, princesa. Pienso hacerte una visita en cuanto esta maldita guerra acabe. Si todas las inglesas son la mitad de elegantes que tú, voy a trasladarme a vivir allí antes de que te des cuenta. —bromeó sin soltarme.

Yo me reí mientras me secaba las lágrimas.

—Gracias, Derek, no sabes lo bien que me ha sentado tu compañía todo este tiempo.

Derek sonrió y se despidió también de Peter.

—Cúdala. No hay muchas como ella. —le dijo.

—Lo sé. —asintió.

Antes de marcharse se acercó a mí y me tendió una nota.

—Es la dirección de mi casa. Escríbeme y podré contaros cómo está vuestra familia y el pequeño Ian. Me aseguraré de que estén bien, os lo prometo.

Guardé aquella nota como oro en paño; por nada del mundo la perdería.

Nos alejamos de allí y buscamos un autobús que pudiera llevarnos hasta Lörrach, el pueblo que Peter había escogido para encontrarnos con Frank, situado cerca de la ciudad suiza de Basilea.

El trayecto duró otras cinco horas y el cansancio se adueño de nosotros en cuanto pusimos un pie en aquel lugar. Había oído hablar en alguna ocasión de aquella localidad, posiblemente en los libros de historia. Allí se había producido la *Batalla de Friedlingen*, en 1702, que enfrentó al ejército francés contra las tropas del Sacro Imperio Romano Germánico, resultando derrotados estos últimos.

Ahora, éramos nosotros los que nos enfrentábamos a una.

Peter insistió en que podíamos ir a algún hotel pero me sentía más cómoda alojándonos en una pensión donde pudiéramos pasar más desapercibidos.

Dormimos varias horas y luego comimos algo. Estaba nerviosa por lo que estaba a punto de acontecer y Peter también parecía sentir lo mismo que yo.

—¿Por qué a tu tío Rolf? —le pregunté en un momento de silencio.

—Porque tengo la estúpida esperanza de que se apiade de su propia familia y nos ayude en esto.

Cerré los ojos consciente del peligro de nuestra situación.

—Lo siento. —le dije finalmente. —Siento que hayas acabado así por mí.

—No vuelvas a decir eso, Elisabeth. Estoy aquí porque nada me importa más que vosotros.

—Sólo deseo llegar a casa y ser por fin feliz contigo. Sin más preocupaciones.

Él asintió y entonces, para intentar que me serenara, sacó algo envuelto en un pañuelo de su chaqueta y me lo entregó.

Cuando lo abrí no daba crédito a lo que mis ojos veían. Era el broche que Peter había arrancado de mi bolso la noche en la que lo conocí. Lo había guardado desde entonces y ahora quería devolvérmelo.

Yo le miré emocionada y poniendo el broche sobre su mano le rogué que se lo quedara.

—Quiero que lo sigas teniendo tú. Este broche me salvó la vida llevándome hacia ti.

Él sonrió y yo le besé. Permanecimos allí, abrazados durante horas hasta que el momento de cruzar la frontera se acercó.

Acudimos al lugar que Peter le había indicado a Frank tras alquilar un coche con el que poder

desplazarnos hasta allí. Lo más rápido era rodear el río Rin y así lo hicimos hasta que un control militar nos hizo parar cuando estábamos a punto de llegar.

—Documentación. —nos dijo.

Miré a Peter pero él no me dirigió la palabra. Se limitó a entregarle lo que le pedía sin mostrar ningún tipo de nerviosismo.

—¿Y la de la señora?

—La señora perdió sus cosas en los bombardeos británicos de anoche. —mintió.

—¿De dónde vienen?

—De Colonia.

El soldado nos miró fijamente y sin decir nada se acercó a decirle algo que no logramos oír a uno de sus superiores. En aquel momento supimos que salir de allí no sería tan fácil.

—Peter... —murmuré.

—Saben quienes somos; nos estaban esperando. —confirmó él.

Contuve la respiración y cuando aquellos militares volvieron a mirarnos, Peter dio un volantazo para salirse de la carretera y bordear el control. Nos siguieron de cerca durante un rato hasta que nos perdieron de vista momentáneamente, el tiempo justo para bajarnos del coche y correr hasta una cabaña abandonada donde nos acorralaron.

—Dios mío, Peter, no lo conseguiremos. —dije asustada.

Peter no respondió.

—¿Qué vamos a hacer? —insistí.

—Escúchame, Elisabeth. —me dijo cogiéndome por los brazos con suavidad. —Necesito que corras. Yo entretendré a esos soldados todo el tiempo que pueda pero no será mucho.

—¿Qué? —musité con un hilo de voz.

—Es la única forma de que llegues sana y salva, Elisabeth.

—No pienso abandonarte, Peter —le advertí desesperada.

—Elisabeth, mírame, nos cogerán a los dos si no te marchas ahora mismo. Recuerda que llevas a nuestro hijo en tu vientre, tienes que salvarle.

La impotencia se apoderó de mí y tuve que soltar un grito de rabia y desesperación.

—No me hagas esto, Peter.

Peter se arrodilló ante mí y me dio un beso en el vientre.

—Dáselo cuando nazca y dile que su padre siempre le quiso más que a su propia vida.

Cerré los ojos y comencé a llorar.

—No puedo hacerlo sola, Peter. —le dije arrodillándome también para mirarle a los ojos de frente.

—Recuerdo los primeros días que estuviste en casa. Tenías miedo porque creías que no podrías ser capaz de cuidar a Ian. Hoy, estoy seguro de que eres la mejor madre que mi hijo puede tener.

Le abracé una última vez con fuerza y él añadió una cosa más:

—No olvides que te amo y que te amaré siempre, Elisabeth Connor.

Me besó con ternura y me ayudó a ponerme en pie. En ese instante los soldados alemanes comenzaron a disparar y para nuestro alivio sentimos cómo los suizos también disparaban desde el otro lado. Eso sólo podía significar una cosa, Frank estaba ahí.

—¡Corre! —me apremió.

Yo le di un último beso fugaz y entre lágrimas le dije una última vez:

—Te quiero...

Entonces comencé a correr sin mirar atrás mientras Peter sacaba su arma y comenzaba a

disparar para cubrirme. Conseguí llegar al otro lado donde Frank me esperaba. Al verme, se acercó a mí y junto a otro soldado me apartaron de allí.

—¡Soltadme! —les grité.

Forcejeé con ellos y finalmente logré que me dejaran. Corrí hacia la valla y me agarré con fuerza a ella para contemplar lo que sucedía al otro lado.

Los alemanes habían llegado hasta Peter. Le vi luchar contra ellos hasta el final y vi cómo el oficial le disparaba una bala en la cabeza matando a la persona a la que más había querido en toda mi vida.

Mi grito desgarrador al pronunciar su nombre debió oírse a leguas de allí y todo el mundo enmudeció ante aquel trágico desenlace. Soldados alemanes, suizos, médicos, ni siquiera Frank fue capaz de decir ni hacer nada en aquel momento.

Aquella fue la última vez que vi a Peter. Aquella fue la única vez que deseé morir.

## EPÍLOGO

*Los infinitos héroes desconocidos valen tanto como los héroes más grandes de la Historia.*

Apenas recuerdo las horas posteriores. Solo sé que un médico trató de sedarme y antes de que pudiera hacer nada le advertí de que estaba embarazada. En aquel momento era lo único que me preocupaba. Fue así como Frank se enteró de aquella noticia; aún recuerdo su triste mirada al oírme pronunciar aquellas palabras, pues enseguida supo que jamás podría ocupar ese vacío que él había dejado en mí.

Me llevaron a Inglaterra, de vuelta a casa, como una marioneta, y durante un mes fui incapaz de hablar de lo sucedido.

Fue una tarde, en el salón de mi casa, cuando mi padre se sentó junto a mí y me abrazó. Entonces lloré y me desahugué. Les hablé de Grace y de Ian. También de Peter. Mis padres también lloraban apenados e impotentes al ser conscientes de que nada podría mesurar ese dolor que sentía. Nadie podría devolverme al amor de mi vida.

En el resto de mi embarazo me dediqué a realizar cursos de enfermería. Cuando Gran Bretaña bombardeó Lübeck me juré a mí misma que en cuanto regresara me dedicaría a ello; por todos aquellos a los que no había podido salvar aquella noche. Se lo debía.

Durante todo ese tiempo mantuve correspondencia con Derek quien me hacía llegar cartas de Bernard y Helen, y de Berta.

En una de ellas, Derek me envió en un pergamino el diseño que él mismo había dibujado de mi vestido para la fiesta, y me confesó que, desde aquel día, yo me había convertido en su musa para los siguientes bocetos que había hecho, a los que llamaba «princesa».

Meses después, en unas de sus cartas me anunció que había tenido noticias de Anna, la mujer de Fabian. El padre de Ian, Joseph, había muerto en el campo de exterminio de Ohrdruf, en Alemania, hacía un par de meses.

Cuando mi embarazo se acercaba a su término, en una de las veces que acudí al hospital para hacer unas prácticas pude contemplar cómo otra mujer daba a luz a una preciosa niña. Vi el dolor reflejado en el rostro de ella y las lágrimas de emoción de un padre que observaba cómo su felicidad crecía con la llegada de aquella dulce criatura.

Con aquella preciosa estampa el mundo se me vino abajo. Peter jamás podría presenciar aquello y me dolía en el alma saberlo, sin embargo, sabía que él, de alguna forma u otra estaría ahí, protegiéndonos a los dos como siempre había hecho.

Dos semanas después, el 27 de diciembre de 1942, rompí aguas. Siempre dije que aquel bebé fue el mejor regalo que Peter pudo hacerme aquellas Navidades.

En el hospital, rogué a mis padres que permanecieran a mi lado y vi a mi padre emocionarse junto a mí. Las lágrimas y el sudor fruto del esfuerzo caían por mis mejillas mientras luchaba para que mi hijo viviera. Estaba asustada. Tenía miedo de que pudiera pasarle algo, miedo a perderle a él también. Y estaba cansada. Pero cuando sentía que no podía más, el rostro de Grace y de Peter llegaban a mi mente y me daban ánimos para seguir adelante.

Cuando el pequeño Peter nació, la comadrona lo puso sobre mi pecho y comencé a llorar desconsoladamente mientras le abrazaba con fuerza. Habría repetido aquel instante toda mi vida. Ver cómo nuestros llantos se compaginaban fue un momento único, y supe en aquel mismo instante



que era la mujer más afortunada del mundo. Enseguida las palabras de Peter volvieron a sonar en mi mente: “Tú también puedes ser feliz, Elisabeth. No he conocido a nadie más valiente que tú para serlo”.

Aquel niño era fruto de la historia de amor más real que había vivido nunca, tenía motivos de sobra para serlo.

La guerra acabó oficialmente el 2 de septiembre de 1945. Recuerdo que estaba jugando con Peter y con Frank, quien no se ha separado de nosotros en todos estos años, cuando lo oímos por la radio. Finalmente, fueron los Aliados quienes ganaron la contienda y sin embargo, no pude alegrarme. Hacía tiempo que mi corazón estaba dividido entre dos naciones enemigas.

Ya han pasado siete años desde que abandoné Alemania y hace una semana recibí la visita de mi buen amigo Derek. Me divierte saber que él está dispuesto a cumplir su promesa de malcriar a mi hijo y desde que llegó Peter y él son uña y carne.

—Es la viva imagen de su padre. —me dijo la primera vez que lo vio.

Hoy viajamos los tres hacia Lübeck pues quiero que Peter conozca a su otra familia; ha pasado ya demasiado tiempo.

Estoy deseando ver a mi sobrino. Berta me ha enviado fotos suyas durante todos estos años. Se le ve feliz y eso me llena de dicha pues es lo único que mi hermana Grace siempre había querido para él.

En el barco, cuando Peter estaba jugando con el avión que Derek le había regalado se acercó a mí, y con la misma sonrisa cautivadora de su padre me dijo:

—De mayor quiero ser soldado. Como papá. Para salvar vidas.

Derek y yo intercambiamos una mirada nostálgica y como tantas veces él había hecho en Alemania cuando yo tenía un mal día me sonrió y me abrazó.

Dicen que mientras el tímido reflexiona, el valiente va, triunfa y vuelve. Con el tiempo aprendí, que no es valiente aquel que realiza actos de osadía ni aquel que cruza el mar para buscar a su propia hermana. Valiente es aquel que lo arriesga todo por alguien que no conoce y le da una nueva familia, valiente es aquel que entrega sus hijos a otra persona para garantizarle una vida en un mundo donde las personas se empeñan en quitarlas. Valiente es aquel que lucha por sus principios; aquel que tiene las agallas de vivir su propia vida, la única que tiene, como quiere y sin miedo; aquel que entrega su vida por alguien que ni siquiera aún ha nacido. Y valiente es aquel que se arriesga a ser feliz a pesar de todos los obstáculos que pone la vida.

Algún día mi pequeño Peter también se marchará para vivir su vida y entonces, como su abuelo me dijo años atrás sólo me quedará decirle que pase lo que pase nunca deje de ser él mismo. Mientras tanto pienso mostrarle en cada sonrisa, en cada gesto, en cada palabra y en cada beso, cuánto le amamos su padre y yo; y cuando el final de mis días se acerque, como una vez mi hermana Grace hizo con Ian, Fabian con su hija Johanna y Peter con nosotros, mi último suspiro será para él.

# EL ÚLTIMO SUSPIRO

## AGRADECIMIENTOS

Antes de nada, me gustaría decir que mientras escribía la novela me asaltó la duda en más de una ocasión de si esta novela era suficientemente buena y estaba a la altura de mis expectativas. A día de hoy tengo que decir que no lo sé; sin embargo, si de algo estoy absolutamente convencida es que haber escrito esta historia ha sido un auténtico sueño hecho realidad y estoy orgullosa de ello.

Durante mucho tiempo he pensado acerca de a quién quería dedicar esta historia. Son muchos los que me han apoyado y a quienes les estaré eternamente agradecidos, porque esta novela es también suya.

Gracias mamá y papá, por vuestro apoyo incondicional siempre y por regalarme momentos como los de Roma, ciudad que inspiró esta historia. Os quiero.

A mi hermana Claudia y a mi tío Jose, mi lector más crítico. A ambos os agradezco vuestro apoyo y vuestra ayuda en todo esto. A ti, Claudia, debo agradecerte tu paciencia todo este tiempo y tu arte para elaborar los vestidos de Elisabeth, Derek Fischer siempre tendrá un trocito de ti.

A mis abuelos; María, Miguel, Glorisa y Enrique; por ayudarme con la documentación de la historia.

A mis primos María y Juan. María, es genial poder compartir contigo aficiones tan bonitas como ésta. Gracias por poner rostro a Elisabeth. A ti, Juan, agradecerte infinitamente tu implicación para que esta novela llegue a más gente.

Finalmente, quiero darte las gracias a ti, Diego, por haber confiado en mí desde el principio. Por estar siempre ahí, dándome el elixir que necesito y apoyándome en cada locura que invento. Sin ti, esta historia ni ninguna otra de las que he escrito habrían salido nunca a la luz.

**GRACIAS.**

*Cristina Coca González.*

---

[1] Las Schutzstaffel (SS) fue una organización militar, policial, política, penitenciaria y de seguridad en la Alemania del Tercer Reich (1933-1945), periodo histórico en el que el Partido Nacionalsocialista Obrero Alemán dirigido por Adolf Hitler gobernó el país.

[2] Traducción al inglés de «Bala perdida»

[3] Periódico semanal de ideología nazi y antisemita.

[4] Postre típico alemán, especialmente del sur, que tiene su origen en el antiguo imperio Austrohúngaro.

[5] La Kriegsmarine fue la marina de guerra durante el III Reich, entre los años 1935 y 1945.

[6] Rama aérea de la Fuerzas Armadas británicas.

[7] Los Mártires de Lübeck fueron tres sacerdotes católicos y el pastor luterano Karl Friedrich Stellbrink que murieron decapitados el 10 de noviembre de 1943 por “traición, infiltración en el ejército, favoritismo hacia el enemigo y escucha de radios enemigas”. Su beatificación se llevó a cabo el 25 de junio de 2011.